UN VERANO SIN FRENOS



LORENA MURIÉN

© 2025 Lorena Murién
SafeCreative © **2508082727238**
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

Epílogo

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

"*Sea lo que sea de lo que estén*
hechas nuestras almas,
la tuya y la mía son las mismas"

—Emily Brontë



1

Aeropuerto del Chicago.
Mediodía. Primer día de ruta.

Olivia

«Cuenta hasta cinco, Olivia. Uno: no estás aquí por placer. Dos: vas a hacer un reportaje que puede salvar tu carrera. Tres: es solo un viaje. Cuatro: estás preparada para esto. Cinco: no puedes perder el control. Otra vez no…». Por más que me repito este mantra, me doy cuenta de inmediato del tic que ya me afecta al ojo, y de que mi paciencia está llegando a su límite. Después de que Chicago me haya recibido con un dolor de cabeza monumental y un café derramado sobre mi impecable blusa blanca, ahora tengo que soportar, literalmente, lo que yo denominaría un huracán con el único propósito de joderme.

Tras semanas de súplica para conseguir este trabajo, hice la maleta deprisa y me convencí de que no solo iba a luchar por hacerme un nombre en la revista, sino que aprovecharía esta oportunidad como si fueran unas vacaciones con el potencial de cambiar mi vida. Sin embargo, aquí estoy: con una fila kilométrica de personas a mi espalda y el corazón a punto de salírseme del pecho a causa de los nervios.

Hay dos cosas que odio con especial intensidad —tantísimo que en el instituto me llamaban «Olivia la sosa»—: los imprevistos y

la incompetencia. Y ya si hablamos de improvisación, directamente entro en pánico. Ahora mismo estoy enfrentando las tres cosas al mismo tiempo y en su forma más extrema.

Me encuentro en el Aeropuerto Internacional O'Hare de Chicago, apoyada en el mostrador de la zona de alquiler de coches. Mi maleta y mi bolsa de viaje están perfectamente organizadas, y llevo conmigo un itinerario milimétricamente planeado para recorrer la emblemática Ruta 66. En mi bolso hay una agenda con horarios, paradas estratégicas y algunos alojamientos reservados con antelación. Todo está dispuesto para que no haya ni un solo contratiempo. Algo que, al parecer, el mundo exterior no está en condiciones de comprender.

Este viaje es un encargo especial para mi jefe —tras el fallo estrepitoso de la estrella de la revista—, y supone una oportunidad única para demostrar que soy capaz de crear contenido de calidad sin depender de eventos sobre emprendedores que venden camisetas con frases motivacionales. Por eso debo convertir este reportaje en algo grande, inolvidable, decisivo para mi carrera.

Pero, claro, mis planes no contemplaban el factor humano. Más bien, al idiota que tengo delante en el mostrador, que me observa como si fuera una alienígena y no comprendiera nada de lo que digo.

Claro que entiendo lo que me dice. Lo que ocurre es que mi cara probablemente ya delate que estoy al borde de estamparle el teléfono en la cara.

—Señorita, se lo repito, su reserva fue cancelada por un error en el sistema. No puedo hacer nada —insiste.

—¿Cómo que no puede hacer nada? —Mi tono podría cortar el cristal. Me inclino sobre el mostrador sin importarme lo más mínimo que la fila detrás de mí siga creciendo más allá de lo visible. Una gota de sudor le resbala por el cuello. «Bien, está nervioso», pienso. Así que me preparo para la ofensiva—. Reservé este coche hace más de un mes. De hecho, aquí está la confirmación. —Pego la pantalla

del móvil contra el cristal—. He pagado por este servicio, ¿y ahora me dice que no voy a disponer del vehículo solicitado?

El tipo, con su sonrisa artificial —temblorosa ante lo que le espera después de mí— y el pelo empapado en gomina, se encoge de hombros.

—Lo sentimos mucho. Lo único que puedo ofrecerle es otro modelo en sustitución.

—Estupendo, pues hágalo —le espeto—. Y hágalo rápido.

—Pero solo nos queda un modelo disponible...

—¿Y cuál es? —pregunto, harta de este maldito teatro.

Gira la pantalla del ordenador, y lo que veo es un coche eléctrico ridículo, una especie de miniatura sacada de un catálogo de juguetes. Estoy convencida de que me provocará un infarto al primer volantazo. ¿De verdad cree que puedo recorrer la Ruta 66 preocupándome de dónde podré recargar la batería?

«Es que lo mato» —me digo, y en mi mente ya visualizo mis manos rodeando su cuello mientras lo estampo contra el cristal.

A cambio, pongo mi mejor sonrisa falsa.

—No puedo aceptarlo —le digo, esforzándome por mantener la calma—. Necesito un coche fiable para hacer un viaje largo por carretera, no estar pendiente de enchufes cada vez que se le agote la batería.

—Lo siento, pero…

—He dicho que no —aclaro con tono seco y definitivo.

Nos miramos fijamente. Esto se ha convertido en un pulso de voluntades, y no tengo intención de perderlo. Aunque, como siempre, al final el sistema se impone.

—Hay una gasolinera a las afueras con servicio de alquiler. A veces tienen vehículos de segunda mano.

«Menos da una piedra», supongo.

No es lo ideal, pero al menos no tendré que recorrer la Ruta 66 en un maldito coche eléctrico. Aprieto con fuerza las asas del equipaje, me doy la vuelta, echando humo, y salgo directa hacia el primer taxi que me lleve a esa bendita gasolinera.

Pero al llegar... me arrepiento de no haber aceptado el coche eléctrico, porque lo que me rodea es, como poco, cuestionable.

«¿Seguro que sigo en Chicago?»

Arrugo la nariz por olor a gasolina. La tienda parece un vertedero: el polvo campa a sus anchas y al encargado le cuelga en la cara una expresión de haber vivido cosas que desearía olvidar. Cualquiera diría que estoy entrando por voluntad propia en la boca del lobo.

Aun así, consigo un coche —y un par de chocolatinas aceptables—. Un Ford Mustang viejo pero decente que, por un instante, me hace creer que quizá mi suerte está empezando a cambiar.

Demasiado bueno para ser verdad.

Nada más incorporarme a la carretera y recorrer unos quinientos metros, el coche se detiene sin previo aviso. Ni luces de emergencia, ni un mísero pitido que me indique qué demonios está ocurriendo. El motor se apaga sin más y me deja tirada en mitad del asfalto.

—¡¿En serio?! —exclamo, golpeando el volante con ambas manos—. ¡Esto no podría ir peor!

Mejor no tentar a la suerte.

Con un bufido, salgo del coche y abro el capó. No porque sepa de mecánica —ni remotamente—, sino porque en las películas siempre hacen esto cuando el coche falla. Quizá contemplar ese lío de cables y metal me revele, por arte de magia, la solución que necesito.

—Por mucho que lo mires, no va a volver a arrancar —dice una voz a mi espalda.

Y ahí cometo mi primer error, aunque aún no lo sepa: mirando en su dirección.

La mujer está recostada contra el marco de la entrada de un taller que no había visto. Lleva los brazos cruzados y su piel, de un tono aceitunado, está adornada con tatuajes visibles en las zonas que deja al descubierto. Sus manos están manchadas de grasa, y su sonrisa irónica añade unos grados más a mi cabreo. El universo, claramente, intenta enviarme un mensaje.

Sin decir palabra, se acerca con paso relajado. Lleva un mono de trabajo atado a la cintura, sobre una camiseta de tirantes ajustada, y el cabello castaño oscuro recogido en una trenza desordenada. Hay algo en la forma en que sostiene mi mirada; una mezcla de burla y superioridad, como si ya supiera el desenlace de esta escena, que me pone de los nervios.

«Nunca debí aceptar este reportaje», me digo.

—¿Estás opinando sin más o sabes arreglarlo? —ataco, cruzándome de brazos.

Que trabaje en el taller deja eso claro, pero mi orgullo se niega a ceder. Ella suelta una risilla entre dientes y avanza con calma, metiendo las manos en los bolsillos. Camina con la soltura de quien parece no tener cuentas pendientes con la vida.

—Déjame adivinar —dice, inclinándose sobre el motor—. ¿Lo alquilaste en la gasolinera de Gus?

—Sí.

—¿Y creíste que te llevaría muy lejos? ¿Acaso no viste el estado lamentable de esa gasolinera?

—¿Puedes arreglarlo o no? —pregunto con sequedad, sin intención de prolongar la conversación.

—Puedo, claro que sí —responde con fingido desgano.

Se endereza y me observa con descaro.

—Pero con esa actitud, dudo que merezca la pena mancharme las manos.

Hace además de marcharse.

Estoy a punto de responder —y tal vez rogarle— cuando rompe a reír y se pone manos a la obra. Se mueve con soltura, segura, manipulando cables y tuercas como si fuese lo más natural del mundo. No tengo ni idea de lo que hace, pero lo hace con agilidad y una confianza envidiable.

—¿Cómo te llamas, princesa? —pregunta sin apartar la vista del motor.

«Encima, condescendiente».

—Olivia —respondo, más por educación que por interés.

—Riley. Encantada.

—No te lo he preguntado —murmuro. Si no arregla el coche pronto, voy a acabar ingresada en un psiquiátrico.

—Igualmente, gracias por la presentación.

La observo en silencio, con los brazos aún cruzados, intentando ignorar lo indecentemente bien que le queda la grasa en las manos. Al cabo de unos segundos, sonríe con visible satisfacción.

—Listo —anuncia, dando un par de toquecitos al capó—. Puedes seguir con tu vida de mujer con un palo metido en el...

—Gracias —interrumpo.

Parpadea exageradamente, como si no esperase ese agradecimiento.

—Vaya, resulta que tienes modales... —se burla con un tono que no me hace la menor gracia.

—Cuando la gente hace bien su trabajo, sí. ¿Te sorprende que sea educada?

—Más bien me sorprende ver a una mujer como tú conduciendo un coche como este.

Ríe y me da una palmada en el hombro antes de alejarse. Me quedo congelada. No por el gesto en sí, que no ha sido íntimo, sino por la naturalidad con que lo ha hecho. Como si me conociera de toda la vida. Como si tocarme fuese algo perfectamente normal.

«Por favor, que no me haya manchado la ropa».

Respiro aliviada al comprobar que sigo impecable, salvo por la mancha de café de esta mañana. Sacudo la cabeza.

—¿Qué te debo? —pregunto, buscando mi tarjeta de crédito.

—El sistema lleva tiempo caído. Solo aceptamos efectivo —responde el dueño del taller, un hombre que parece el gemelo de ese tal Gus.

Cierro los ojos y respiro hondo. No tengo ni un mísero billete encima. ¿Quién lleva dinero en efectivo a estas alturas del siglo XXI?

—Estupendo. ¿Dónde hay un cajero?

—El más cercano está a media hora en coche.

Estoy a punto de gritar cuando escucho de nuevo esa maldita voz.

—Vaya, vaya… Parece que el destino quiere que te quedes un rato más.

Me giro y allí está Riley, apoyada con descaro en el marco de la puerta, con una sonrisa que rezuma suficiencia. En ese momento, comprendo que, con toda probabilidad, voy a quedarme tirada aquí: sin artículo, sin salida, atrapada con una tía insoportable y bajo un sol cada vez más despiadado.

—Tiene que ser una broma... —murmuro, alzando la vista al cielo como si esperase una explicación divina. Ella se ríe. Y yo me contengo para no lanzarle algo a la cabeza.

—Tranquila, princesa. Que yo me encargo de ti.

Y ese maldito comentario, lejos de tranquilizarme, consigue ponerme los pelos de punta.



2

Unos minutos después.

Riley

El universo me conoce por ser una mujer paciente, lo juro. Puedo lidiar con clientes insoportables, con motores que se resisten a rugir y con pedidos tardíos de piezas que parecen atravesar el océano a remo. Pero lo que no soporto es a la gente como Olivia. Esas personas que creen que el mundo debería funcionar exactamente según su planificación, como si el resto de nosotros estuviéramos un peldaño por debajo, relegados a ser figurantes en su historia.

Ahí está, plantada en medio del taller, con cara de querer estrangular a alguien —probablemente a mí— tras enterarse por boca de Richard de que el sistema para pagar con tarjeta no funciona. Para ser sincera, no recuerdo que haya funcionado nunca. Creo que es parte del encanto glorioso de este tipo de talleres.

—Tranquila, princesa. Que yo me encargo de ti —le digo con media sonrisa.

Olivia resopla con tanta intensidad que casi espero ver nubes negras sobre su cabeza. Me lanza una mirada cargada de desprecio, incluyendo el ceño fruncido, los brazos cruzados y la mandíbula apretada como si estuviera a punto de gritar que preferiría caminar descalza sobre brasas antes que aceptar mi ayuda.

Le he soltado la frase con toda la intención del mundo. Y es fascinante observar cómo sus ojos chispean entre la indignación y la resignación. Tiene ese aire de persona que lucha por no admitir que está atrapada, sin salida, en un rincón perdido de Chicago, y que yo soy, le guste o no, su única opción. Es tan divertido verla debatirse entre su orgullo y la cruel realidad que, sinceramente, alargar este momento me resulta un placer.

—No necesito que te ocupes de mí —suelta con los dientes apretados.

Cruzo los brazos, recreándome en su resistencia.

—Claro. Entonces dime… ¿cómo piensas pagar la reparación?

Silencio, y después, la expresión de alguien que odia perder, pero que acaba de ser derrotada sin posibilidad de réplica.

Salgo al exterior y me apoyo con calma en el capó del coche que aún conserva el calor del sol. La observo desde fuera; sigue dentro del taller como si esperara que el universo le enviara una solución de última hora.

—Puedo prestarte el dinero y olvidarnos del asunto —ofrezco con una amabilidad tan teatral que hasta yo me sorprendo—. O… puedo proponerte algo mejor.

—No quiero escuchar ninguna de tus propuestas. Has hecho tu trabajo, y punto. Tengo que continuar el viaje, ya voy con retraso.

—Vas a tener que escucharla igualmente —insisto, completamente indiferente a su negativa. Echo un vistazo al interior del coche y ahí está la excusa perfecta, justo donde la esperaba: en el asiento del conductor hay un mapa de la Ruta 66 y una revista, probablemente del lugar para el que trabaja. Se nota a mil leguas que es periodista—. Déjame acompañarte hasta Santa Mónica.

El silencio que sigue es casi glorioso. Puedo ver cómo su cerebro intenta procesar lo que acabo de decir. Su expresión pasa del asombro al horror, y luego a una mezcla de incredulidad y pánico puro.

—¿Que te deje… qué?

—Tienes un coche. Y yo llevo tiempo queriendo dejar el taller. Siento que ha llegado el momento de dar un giro radical a mi brillante carrera como mecánica —añado con fingida solemnidad—. Además, tengo experiencia en carretera, lo cual, francamente, tú no. Y no me fío ni un poco de que sobrevivas al viaje sin meterte en líos, menos con este Mustang.

—¿Me estás llamando incompetente?

Me encojo de hombros con absoluta tranquilidad.

—Solo digo que necesitas a alguien que sepa moverse por la Ruta 66 —respondo, señalando con la mirada los objetos que delatan sus planes. El mapa, la revista... Está clarísimo.

Olivia entrecierra los ojos y me analiza. Estoy segura de que está buscando con desesperación un argumento que me calle la boca.

—¿Y por qué querrías viajar conmigo? —pregunta al fin, visiblemente desconfiada.

Pero, en lugar de contestarle con la verdad —que tengo razones de peso para marcharme de aquí cuanto antes y que ella es mi única vía de escape ahora mismo—, decido optar por una respuesta más digerible.

—Porque creo que los viajes son más interesantes con compañía. Y porque está claro que nos caemos fatal, lo cual convertirá esta experiencia en algo único e irrepetible.

—Insoportable, dirás.

—¿Tú o el Mustang? —pregunto, con una mueca burlona.

Ella resopla de nuevo, llevándose los dedos a las sienes como si hablar conmigo le provocara una jaqueca instantánea.

—No tiene ningún sentido —protesta—. Debería estar a decenas de kilómetros de aquí, y en cambio, el día no hace más que empeorar. Ya habré perdido la reserva del hotel.

—Yo creo que tiene todo el sentido del mundo. Mira: yo me encargo de los gastos del coche hasta Santa Mónica, y tú me ofreces un asiento libre. Me juego lo que quieras a que no será el último quebradero de cabeza que este trasto te dé, y si tu itinerario es tan estricto como aparentas... —A juzgar por su expresión, acabo de clavarla—. Piénsalo. Ganarás seguridad, tranquilidad y una copiloto increíblemente carismática.

—Carismática... claro —masculla con sorna.

—Además —añado, dejando que una sonrisa ladeada se asome—, si no lo haces, tendrás que quedarte aquí esperando a que alguien acepte el pago con tarjeta. Y conociendo este sitio, podrías envejecer antes de que ocurra.

Ella vuelve a masajearse las sienes y mira a su alrededor, evaluando las opciones. No tiene muchas. En realidad, no tiene ninguna.

—Está bien —accede finalmente, en un murmullo—. Pero lo haremos bajo mis condiciones.

Por supuesto que tiene condiciones. Cómo no.

—Dispara —comento mientras me limpio las manos con una botella de agua.

Me observa con la intensidad de quien ha pasado la vida entera dependiendo de la organización y el control. Es de ese tipo de personas que subrayan los libros con tres colores distintos y planifican con meses de antelación hasta la compra del pan, seguro.

—No permito que se coma en el coche.

—Ajá.

—Ni que suene música estridente.

—Mmm.

—Nada de desvíos innecesarios.

—Define «innecesarios».

No se molesta en responder.

—Y nada de conversaciones personales —añade con la seriedad de un juez.

—Perfecto. Entonces estamos de acuerdo: nada de normas.

La expresión que pone no tiene precio.

. . .

Media hora más tarde.

Tras haber pagado a Richard y pasado por el motel para darme una ducha rápida —que, según Olivia, no ha sido tan rápida—, cambiarme y recoger mis cosas, me encuentro sentada en un coche cuya tensión se puede cortar con un cuchillo. No le he contado que solo estaba de paso. Que, en realidad, llevo de paso varios meses, que mi contrato temporal en el taller acabó la semana pasada y que me han permitido quedarme unos días más porque he hecho todas las reparaciones sin cobrar un céntimo.

Soy de las que no permanece mucho tiempo en el mismo sitio. Trabajo por temporadas, me muevo sin raíces: libertad en estado puro. Lo que no esperaba era que mi vida diese un giro tan drástico en tan poco tiempo.

Hace apenas un par de meses llegué a Chicago con lo justo para intentar arreglar un asunto pendiente con mi hermano mayor, pero la realidad me ha golpeado con fuerza, y al final, acabé atrapada en una situación sin salida... hasta ahora.

Digamos que Olivia es mi única esperanza. Una muy guapa y muy borde esperanza. Una vía de escape improvisada hacia Santa Mónica; cierre simbólico de una etapa que prefiero no analizar demasiado. He compartido trayectos incómodos antes —como aquel con una pareja que se pasó cinco horas discutiendo sobre cómo pintar las paredes del salón—, pero esto... esto no tiene comparación posible.

Olivia conduce con la espalda rígida y las manos aferradas al volante como si se le fuese la vida en ello. Lo cierto es que, en un coche como este Mustang, probablemente sea así. La observo de reojo y reprimo la risa. Solo por diversión, decido ponerla a prueba y enciendo la radio. Ya dejé claro que no me van las reglas.

Empieza a escucharse una versión de *Sweet Home Alabama*, y apenas suenan dos compases cuando me lanza una mirada fulminante.

—No.

Pulsa el botón de apagado sin mirarme siquiera. Yo sonrío y vuelvo a encenderla.

—Te he dicho que no.

Vuelve a apagarla sin pestañear.

—Venga, no seas tan aburrida —me quejo con fingida inocencia.

—Fui muy clara desde el principio.

—¿De verdad quieres que conduzcamos 3.500 kilómetros en completo silencio?

—Pues mira, sí —responde, sin apartar la vista de la carretera —. Da gracias de que te he hecho este favor.

Pongo los ojos en blanco, aunque me divierte ver cómo me espía por el retrovisor.

—¿Sabes lo que pasa por estar en silencio durante mucho tiempo? —empiezo, sin intención alguna de detenerme—. Que las neuronas se mueren. Está científicamente comprobado.

—No digas tonterías.

—No lo digo yo, lo dicen los científicos —insisto mientras me desperezo, aburrida.

Olivia exhala con fuerza por la nariz y tensa aún más la mandíbula. Siempre me ha encantado provocar, y ella me lo está poniendo en bandeja. La dejo en paz unos minutos. Solo unos

pocos. Luego saco una bolsa de Doritos de mi mochila y la abro con una lentitud exagerada.

—¿Es que estás sorda? Te dije que nada de comida en el coche —me reprende.

—Técnicamente, aún no he dado el primer bocado.

—Joder, no empieces.

—Demasiado tarde.

Agarro un Dorito con los dedos y lo mastico con teatralidad, haciendo todo el ruido que puedo.

—Tendría que haberte dejado en el taller —gruñe.

—Mmm, está de muerte —digo con la boca llena—. ¿Segura de que no quieres uno?

—Te juro por todo lo sagrado que, como sigas así…

Le doy otro mordisco, solo para ver cómo le tiembla un ojo. Suelto una carcajada y me concentro de nuevo en la bolsa.

—Si sigues así, te tiro del coche en marcha. A ver si besar el asfalto te parece igual de gracioso.

—Eso sería asesinato en primer grado, y no creo que quieras acabar en la cárcel —respondo, mirándola de arriba abajo—. Dudo mucho que sobrevivieses allí. Seguro que llevas cabreada desde que te has manchado la blusa.

—Podría asumir el riesgo —responde con los dientes apretados.

Me encojo de hombros y ella sacude la cabeza, mascullando algo sobre su mala suerte. Dejo de comer y, justo cuando abro la boca para soltar otra provocación, el Mustang emite un sonido extraño. Un gemido mecánico sutil pero inconfundible. Ambas lo notamos al instante.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Olivia, incorporándose en el asiento, agarrando el volante como si pudiera impedir lo inevitable.

—No lo sé, pero... —Antes de terminar la frase, el coche suelta un nuevo quejido, esta vez más grave. Su rostro cambia al instante, pasando del fastidio al pánico.

—No me jodas... ¿Ahora qué le pasa?

—Tranquila. Solo... para un momento —le sugiero mientras le dejo la bolsa de patatas en el regazo y abro la puerta. Bajo del coche por iniciativa propia, más por curiosidad que por preocupación. Los Mustang siempre han sido temperamentales.

Olivia también se baja. Se cruza de brazos y me lanza una mirada que grita: «como esto sea culpa tuya, estás muerta». Suspiro de forma dramática, levanto el capó y me asomo como si el motor fuese a revelarme sus secretos más oscuros.

—¿Sabes lo que estás mirando? —me pregunta desde el otro lado.

—¿En serio crees que solo soy parte del decorado? —respondo con sorna—. Dame un minuto.

Examinando los cables, las mangueras y los niveles, no detecto olor a quemado ni rastro de humo. El motor sigue caliente. Sin embargo, uno de los conectores de la batería estaba algo suelto. Lo ajusto con la llave inglesa que siempre llevo encima —una de mis decisiones más acertadas— y cierro el capó con un golpe firme.

—Listo —anuncio, limpiándome las manos en el pantalón como si no fuera la primera vez.

—¿Estás segura?

—Tranquila, no va a explotar. Bueno... probablemente.

—No deberías bromear con esas cosas.

Vuelvo a mi asiento, recupero la bolsa de Doritos y meto la mano con la satisfacción de quien acaba de desactivar una bomba. Lo sabe ella y lo sé yo. Me llevo uno a la boca como si me hubiera ganado un premio.

Olivia me observa. Sus ojos se clavan en mi forma de comer, en la tranquilidad con la que me echo hacia atrás y estiro las piernas, como si no acabáramos de rozar la catástrofe en mitad de la nada. Suspira, vuelve al volante y gira la llave de contacto. El motor arranca a la perfección.

—Te odio —masculla.

—Ya nos vamos llevando mejor —respondo, con una sonrisa y la boca llena.



3

Pontiac, Illinois.

Esa misma noche.

Olivia

En el preciso instante en que pongo las manos sobre el volante y comenzamos nuestro trayecto por carretera, me doy cuenta de algo que debería haber sabido desde el minuto uno: he cometido una estupidez monumental. Un error del tamaño del ego de Riley Torres. No comprendo cómo no la he tirado del coche todavía, después de tenerla masticando Doritos durante más de dos horas —aún escucho el crujido insoportable de cada bocado—, ni cómo he soportado sus continuos suspiros y esos movimientos inquietos en el asiento del copiloto con la excusa de que no sabe estarse quieta en ningún sitio durante demasiado tiempo.

«¿Entonces, para qué demonios ha querido venir conmigo?», me pregunto. «¿Y por qué he sido tan imbécil como para desviarme de forma tan flagrante del itinerario que tenía perfectamente marcado?» Ah, sí, claro… porque el universo ha decidido ponerse en mi contra.

Ahora, para colmo, mastica chicle como si estuviera protagonizando un anuncio cutre de los años noventa, y, por si no fuera suficiente tortura, lleva tarareando la misma canción desde

hace media hora. La melodía se me ha instalado en el cerebro como un virus. Esto es surrealista. No apto para el artículo que tengo que escribir, pero sí para uno sobre lo que nunca hay que hacer en un viaje por carretera.

—¿De verdad tienes que hacer tanto ruido? —pregunto, mirando por la ventana como si esperara que un ovni viniera a llevarnos lejos de aquí.

—¿A esto lo llamas ruido? —responde con descaro. Y, como si necesitara demostrar algo, enciende la radio y sube el volumen.

El coche vibra. Literalmente. No exagero: el chasis retumba al ritmo de la música. Y, con él, yo también, aunque solo sea de pura indignación.

—Te recuerdo que acordamos que nada de música estridente —le reprocho, lanzándole una mirada de advertencia—. Me distrae, y tener un accidente no entra en mis planes.

—En realidad, eso lo dijiste tú. Yo me limité a escucharte, sonreír y luego ignorarlo, como hago con todas las normas absurdas —replica, encogiéndose de hombros con una sonrisa de lo más irritante.

Echo la cabeza hacia atrás con desesperación. He tenido relaciones más sanas con la impresora de la oficina. Y eso que aquella tenía alma propia y me odiaba. Pero lo peor llegó veinte minutos después de arrancar, cuando me empezó a doler la cabeza. Y, a las dos horas, caí en la cuenta de que se me había olvidado por completo comprar agua. Ni una triste botella. Tampoco comida decente aparte de las chocolatinas. ¿Por qué iba a necesitar algo tan elemental para un viaje largo por carretera?

Aparentemente, yo no. Porque las bolsas de patatas de Riley no cuentan como alimento. Y menos aún como sustento.

—¿Va todo bien? —pregunta ella sin apartar la vista de la carretera.

—Maravilloso —respondo con frialdad.

—¿Seguro? Porque estás sudando como si llevaras una hora en una sauna portátil. Yo diría que te hace falta un sorbito de agua —añade con un tonillo condescendiente que me crispa aún más.

Aprieto el volante con fuerza. Lo último que quiero es darle la satisfacción de admitir que tiene razón. Que me he olvidado completamente de lo esencial. Que estoy muerta de hambre. Pero cuando mi estómago ruge con tal intensidad que incluso tapa el sonido del motor, sé que he perdido la batalla.

—¿Tienes algo para comer? Algo que no sean Doritos, ni deje el coche perdido de migas, grasa o residuos radiactivos.

Riley gira la cabeza hacia el desastre que es su equipaje en el asiento trasero. Me anticipo mentalmente a su comentario.

«Ni se te ocurra abrir la boca», pienso.

—Claro —dice finalmente, con una sonrisa que me hace sospechar que ha leído mi mente—. Pero vas a tener que pedírmelo bien.

La miro de reojo. Su expresión me confirma que está a punto de ganar una apuesta imaginaria que ni siquiera hemos formulado. Saca una bolsa de patatas fritas, medio aplastada, y una lata de Coca-Cola que probablemente lleva en su mochila desde antes de que se inventase la rueda. Mi cara de asco lo dice todo.

—Esto o beber agua del parabrisas… tú decides.

—¡Dámelo! —mascullo, arrebatándole la bolsa como si fuera un tesoro—. Hay que joderse…

Compruebo que no hay coches cerca ni posibilidad de accidente, abro la lata con cuidado y le doy un trago. No sé si llorar de gratitud o escupir del asco. El caso es que ni siquiera me había dado cuenta del dolor de piernas que arrastro desde esta mañana. Bebo un poco más, con el volante bajo control, y noto cómo me relajo ligeramente. Riley me observa de reojo con aire triunfal.

—De nada —murmura, con ese orgullo tan suyo.

—Qué poco te cuesta pasarte de lista.

—No luches contra mis encantos —replica con fingida indiferencia—. Ya sé que soy irresistible.

—Tú te lo tienes muy creído, ¿verdad?

No le doy más cuerda. Miro el mapa en el móvil —aunque, para ser sincera, sigo fiándome más de los de papel—. Nuestra primera parada está a pocos kilómetros. No es precisamente París, pero he leído que tiene algunos lugares decentes y conexión Wi-Fi. Ahora mismo, eso ya se ajusta bastante bien a mi concepto de paraíso.

—Voy a buscar un hotel —anuncio mientras consulto el móvil sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Un hotel? ¿Sabes lo que cuesta uno en esta época del año? Vamos a quedarnos en el *Sunset Lodge*.

—¿Y eso qué es?

—Un motel con bastante personalidad, toallas sorprendentemente buenas y más historia que tus vaqueros.

Entorno los ojos y, al mirarla, me doy cuenta de que, si no le hago caso, probablemente acabaremos discutiendo durante horas. O, peor aún, se sacará otra excusa para tener la razón. Estoy condenada. Absolutamente.

«¿Por qué demonios acepté viajar con esta mujer...?»

. . .

En cuanto llegamos, no sé si bajarme del coche o escapar directamente rumbo a Canadá. El cartel del motel parpadea como un ojo con un tic nervioso, y desde aquí puedo ver a una cucaracha cruzando la entrada principal como si fuese la recepcionista llegando tarde a su turno. De milagro no me da un infarto.

—No pienso quedarme aquí —suelto, mientras arrastro la maleta tras de mí con evidente desagrado.

—Perfecto. Puedes dormir en el coche si te apetece, mientras yo me echo una siesta en mi suite presidencial. No vas a encontrar otro sitio en kilómetros —responde Riley, con toda la tranquilidad del mundo.

Pongo los ojos en blanco y, finalmente, me resigno. Pago mi parte —con un asco difícil de disimular— y subimos a la única habitación disponible. Doble, por supuesto.

En cuanto abro la puerta, no necesito decir una palabra para que Riley empiece a reírse.

—Dios mío… pero ¿qué es esto? —murmuro, observando la lámpara del techo, que cuelga torcida como si estuviera a punto de desplomarse sobre nuestras cabezas.

—Estilo *vintage*. Muy buscado en *Airbnb* —responde encogiéndose de hombros con una expresión tan seria que casi parece creérselo.

Lanzo mi mochila sobre una silla que cruje como si le doliera la espalda, y me dejo caer en la cama, que chirría al mínimo contacto. El techo, con su mancha de humedad en forma de algo indefinido, parece observarme con lástima. Desde luego, este no es el comienzo de viaje que había imaginado.

—Seguro que voy a contraer una enfermedad —me quejo, al borde de las lágrimas de pura frustración.

—Nah. Las enfermedades vienen incluidas en el precio. Es la oferta especial de la casa —bromea Riley, tan tranquila.

«Qué ganas de estrangularla tengo», pienso. Ella se ríe de nuevo mientras se deja caer en el suelo, con una almohada bajo el brazo.

—¿Qué haces? —pregunto, con el ceño fruncido.

—Antes de pagar, dijiste que no compartirías cama conmigo ni aunque estuviéramos en una situación de vida o muerte —me recuerda con una media sonrisa—. Y técnicamente, esto se le parece bastante.

La miro, desconcertada.

—¿De verdad vas a dormir en el suelo?

—¿Tienes idea de las cosas que puedo soportar? He dormido en la parte trasera de un camión con tres gatos y una iguana. Esto es el Ritz.

La fulmino con la mirada. No sé si por compasión o por simple cabezonería, pero algo dentro de mí empieza a cosquillear. Al mirarla, intuyo otra capa bajo ese tono burlón: una que parece hecha de ausencias, de resistencias aprendidas a base de golpes. Algo en su forma de hablar, de reír, me sugiere que está acostumbrada a la incomodidad, a no tener certezas ni nadie que la espere con una taza de café caliente al despertar. Y, de repente, su sarcasmo deja de resultarme gracioso.

Niego con la cabeza.

—Olvídalo —digo con firmeza—. Solo sé que, si alguien va a dormir en la cama, esa voy a ser yo. No pienso levantarme mañana con la espalda destrozada.

Intento no pensar en la cantidad de gérmenes que probablemente habitan esta cama cuando el teléfono vibra. Miro la pantalla: es David, mi jefe. «Perfecto. Justo lo que necesitaba para terminar el día».

—¿Sí? —respondo en un susurro, rodando hacia el borde del colchón.

—Olivia, ¿cómo va todo? —pregunta con ese tono que siempre parece esconder una buena y una mala noticia a partes iguales.

—Bien. Todo va… de maravilla. Ya estamos en Pontiac.

—¿Estamos?

—Sí… quiero decir, el coche y yo —rectifico rápidamente, antes de que se dé cuenta de que no voy sola—. ¿Todo bien por allí?

—Sí, sí. Solo quería asegurarme de que estás en marcha. Ya sabes, la revista está entusiasmada con la idea del reportaje. No todos los días alguien recorre la Ruta 66 para documentar el impacto de los proyectos culturales a lo largo del país.

—Sí, todo un honor —ironizo, intentando que no se note lo falsa que suena mi voz cuando estoy agotada.

—Y supongo que ya estarás tomando notas. Fotografías, vídeos…

—Por supuesto —miento con absoluta soltura. ¿Notas? ¿Fotos? Si apenas he podido evitar ser devorada por insectos gigantes.

—Perfecto. No te olvides de mencionar los festivales más destacados del recorrido. Ah, y recuerda que tenemos esa videollamada con el equipo editorial el miércoles por la mañana.

—Lo tengo anotado —respondo.

—Muy bien, Olivia. Confío en ti.

—Gracias, David. Buenas noches.

Cuelgo y me quedo mirando el techo. Justo donde la gotera ha formado una mancha que parece tener forma de… «¿es eso un murciélago?» Sacudo la cabeza. Si sigo fijándome en estupideces, no voy a pegar ojo en toda la noche.

—¿Era tu jefe? —murmura Riley desde su rincón en la habitación.

—Sí.

—¿Y qué quiere? ¿Que le mandes *selfies* en cada frontera?

—Más o menos —respondo, dejando el teléfono sobre la mesilla, que cojea al mínimo roce—. Me ha dicho que me relaje y que disfrute, pero también que me concentre en hacer un buen artículo.

—Un hombre sabio. Aunque si quieres relajarte de verdad, deberías dejarme a mí elegir el motel mañana.

—Ni lo sueñes.

Se ríe otra vez. Y, aunque no quiera, yo también sonrío. Porque Riley parece una de esas personas que, con un par de frases, consigue restarle dramatismo a cualquier situación. Y esta noche, eso era justo lo que necesitaba.

—Por cierto —añade, con voz burlona—, mientes fatal. No sé cómo tu jefe no se ha dado cuenta.

—Déjame en paz —refunfuño, dándome la vuelta.

Me meto bajo la sábana con un suspiro exagerado y me cubro hasta la cabeza. Escucho su risa, y poco después, el clic de la luz apagándose.

—Buenas noches, princesa —susurra desde la oscuridad, con sorna.

Mi cuerpo se tensa. Pero decido no contestar.



4

Pontiac, Illinois.

Al día siguiente.

Olivia

La cortina de la ducha no es lo bastante opaca. Ese es el primer pensamiento coherente que se me cruza por la cabeza nada más abrir los ojos, mientras permanezco sentada en la cama intentando no mirar hacia el cuarto de baño. El agua cae con fuerza, y entre el vapor y el plástico semitransparente, puedo distinguir cada una de las curvas del cuerpo de Riley. Sus dedos se deslizan por su melena oscura, empapándola, mientras el champú forma dibujos sobre su piel. La oigo tararear una melodía y arquea levemente la espalda al aclararse el jabón. El vapor difumina la escena, haciéndola indecentemente hipnótica a estas horas de la mañana. ¿No sabe cerrar la maldita puerta?

«Concéntrate en otra cosa. En cualquier otra cosa».

Miro hacia la mesita de noche, no muy limpia que digamos, con un vaso que no me he atrevido a tocar por si acaso no está ni limpio. La esquina del espejo que hay en la otra pared está rota y no me ofrece un reflejo que logre capturar mi atención.

—Genial... —murmuro para mí misma—. Hora de refugiarme en vídeos absurdos de TikTok. Si es que el Wi-Fi de este antro

permite algo.

Entonces Riley entra en la habitación, secándose el pelo con una toalla. Algunos mechones húmedos caen sobre sus hombros, acariciando la clavícula y revelando partes de sus tatuajes, desperdigados como si contaran historias. Mis ojos se deslizan sin permiso y… salto de la cama como si me hubieran dado una descarga eléctrica en el culo.

—Creo que voy a revisar el equipaje. No quiero olvidarme de nada —digo en voz demasiado alta, sin tener la menor idea de qué pretendo encontrar.

—Ventajas de viajar con media casa a cuestas —responde con una sonrisilla divertida.

Trago saliva y salgo disparada de la habitación, como si huyera del más peligroso incendio.

. . .

Minutos después, ya en el coche y con el aire acondicionado ayudándome a sofocar los pensamientos indeseados, me observo en el retrovisor. El maquillaje ha disimulado las ojeras causadas por una noche infernal y mi peinado parece indicar que soy una mujer con todo bajo control, aunque algo me dice que Riley se ha dado cuenta de cómo la he mirado al salir de la ducha. Por suerte, la chaqueta de lino beige —remangada hasta los codos— logra camuflar el leve temblor de mi cuerpo.

—¿De verdad llevas a todas partes una plancha de viaje? —pregunta Riley con tono burlón, claramente escéptica.

Me encojo de hombros. Ella se ríe.

—Eres una princesa, de manual.

—Deja de llamarme así —le espeto, sin girarme.

Sé que sonríe. No necesito verla para saberlo y cinco segundos más tarde, como si mis normas no existieran, se abalanza sobre la radio.

—No. Ni se te ocurra. —La freno con la mirada—. Quiero tranquilidad mientras conduzco.

—Demasiado tarde —responde, canturreando mientras enciende el aparato.

La primera guitarra eléctrica suena como un trueno.

—¿Rock de los noventa a estas horas? ¿Estamos locas?

—No entiendo cómo alguien que conduce como si estuviera haciendo el examen práctico prefiere música de ascensor —replica, aludiendo a mi gusto por el jazz—. Te concentrarías más si escucharas algo con ritmo.

—Y yo no entiendo cómo alguien que ha pasado media vida en carretera tiene el gusto musical de un adolescente frustrado.

—¡Eh! Pearl Jam no es música de instituto. Un poco de respeto.

—Si el adolescente es de los noventa, entonces sí —contraataco, sin inmutarme.

Me lanza una mirada asesina y apoya el codo en la ventanilla. Apaga la radio. Sonrío discretamente. Un punto para mí.

—¿Puedo fumar al menos? —pregunta con ojos de cachorro.

—Mientras no me eches el humo a la cara...

Bajo la ventanilla. Ella enciende el cigarrillo y yo busco una emisora tranquila.

—Como suene otro saxofón más, me lanzo con el motor en marcha.

—Tú misma.

Reconozco las notas de *Take Five* de Dave Brubeck. Riley entrecierra los ojos, como si estuviera atrapada en el ascensor de un

hotel de lujo. Me hace gracia lo distintas que somos. Ella le da una calada al cigarrillo, pulsa el botón de la radio y cambia la emisora.

—Moriremos en un accidente si me obligas a escuchar esa mierda.

—Moriremos si pones Nirvana a todo volumen —protesto justo cuando otra canción grunge irrumpe.

Riley sonríe con malicia y sube el volumen aún más. Grito su nombre y ella estalla en carcajadas, mientras el coche sigue avanzando por la Ruta 66 con el peor remix de *Smells Like Teen Spirit* como banda sonora, acompañado de mis quejas.

Y, sin embargo, no me parece tan terrible. O tal vez ya me he rendido a la evidencia: no voy a tener un viaje tranquilo con esta mujer.

Más adelante, paramos en una gasolinera ruinosa para estirar las piernas y comprar algo de comida. La gasolina está por las nubes, los baños huelen a estiércol y el café tiene aspecto de barro licuado. Pero nada me prepara para lo que veo en el aparcamiento: un grupo de camioneros ha improvisado un karaoke con una bocina gigante y un micrófono rescatado del apocalipsis. Uno de ellos canta con devoción una balada de Bon Jovi. Mal. Muy mal.

—Joder, esto es oro —dice Riley, encantada, mientras se lleva el tercer cigarrillo del día a la boca—. ¿No te avisó tu jefe de que te toparías con estas joyas?

—¿Joyas? Esto es tortura acústica. Y tú deberías dejar de fumar.

Ella me observa con detenimiento, como si analizara algo. Y justo entonces noto el destello en su mirada, esa chispa traviesa que ya le he visto antes. Como si fuera a hacer algo de lo que luego me arrepentiré.

—¿Acaso tienes miedo, princesa? —me suelta con una sonrisa ladina.

Cruzo los brazos con firmeza.

—¿Miedo de qué?

—De subir ahí y demostrar que puedes hacerlo mejor que yo y estos fans con síndrome de estrellas del rock.

Suelto una carcajada que me sacude por dentro, como si llevara siglos sin reír de verdad. Después, meto las manos en los bolsillos de mis vaqueros oscuros de tiro alto y la miro con gesto desafiante.

—¿Por qué haría algo tan rematadamente absurdo? —respondo, sin el más mínimo interés en complacerla—. Te recuerdo que tengo asuntos más importantes entre manos.

Debería haber sabido que a esta mujer le fascinan los retos, especialmente si incluyen provocarme.

—Porque eres demasiado orgullosa y sé perfectamente que no soportarías verme ganar sin más.

—No soy…

—Oh, venga, no intentes colármela. Tú no has venido aquí a escribir un artículo soporífero como si fuera una guía del imserso. Admítelo, necesitas algo más... vibrante.

Me quedo quieta. Ella se lleva el cigarro a los labios con lentitud y exhala el humo sin apartar la mirada de la mía. Hay un brillo en sus ojos, en la curva relajada de sus hombros, en ese leve gesto de superioridad que tanto le gusta ensayar.

Y joder, lo peor es que tiene razón.

—Ahora verás —murmuro, sin darle oportunidad a responder.

Me encamino hacia el improvisado escenario donde los camioneros aplauden y jalean como si estuviéramos en un concierto lleno de gente. Me planto delante de uno de ellos —un tipo enorme con camiseta sin mangas y cara de pocos amigos— y, sin darle tiempo a reaccionar, le arrebato el micrófono de las manos.

Riley alza las cejas, visiblemente sorprendida. No es la única. Ni yo misma me creo lo que estoy haciendo.

Suena el inicio de *Sweet Child O' Mine*. No es jazz —ojalá—, pero al menos es un clásico. Uno que, a mi pesar, reconozco bien. Cierro los ojos, respiro hondo y empiezo a cantar.

Al principio me concentro en no desafinar más de lo necesario. Pero conforme avanza la canción, algo dentro de mí se suelta. Me coloco las gafas de sol *vintage* que cuelgan del escote de mi camiseta y dejo que todo fluya. Olvido a Riley, al motel infame, al artículo, a mi jefe... y solo canto. Canto como si realmente importara.

Cuando termino, los camioneros aplauden con entusiasmo y gritan como si acabara de ganar un concurso. Me bajo del palé que hace de escenario con las pulsaciones resonando en los oídos. Siento las mejillas calientes, la respiración agitada y un cosquilleo extraño bajo la piel.

Riley se acerca despacio.

—No sabía que supieras hacer eso —comenta, sin rastro de burla esta vez.

Y la forma en que lo dice —y en que me mira— hace que, sin poder evitarlo, se me escape una sonrisa. Una sonrisa de verdad.

Bitácora de viaje | Día 2 – En alguna parte de Illinois

Una de las cosas que puedes encontrar en la Ruta 66 es a un grupo de camioneros improvisando un karaoke en una gasolinera que, sin duda, no figura en ninguna guía turística… pero que debería.

No sé si fue la falta de cafeína o la absurda seguridad con la que mi inesperada compañera de viaje me empujó al centro del «escenario» (una lona sucia y un altavoz más grande que mi maleta), pero acabé cantando Sweet Child O' Mine delante de seis camioneros y una niña que llevaba una camiseta de «Mi papá es mi GPS». Y lo peor de todo, es que no lo hice tan mal.

***Nota para futuras viajeras exigentes**: dejarse llevar en medio de un viaje puede ser más efectivo que seguir un itinerario. Aunque eso signifique cantar con desconocidos mientras una mujer muy tatuada y con sonrisa burlona, te graba con el móvil desde el capó del coche.*

Ruta 66, día 2. He perdido el control del plan inicial, pero he ganado aplausos y patatas fritas gratis. ¿Quién necesita orden cuando puedes tener algo mejor?

—O.R.



5

Springfield, Illinois.

Esa misma noche.

Olivia

Cuando llegamos, me doy cuenta de que la fachada del bar parece sacada de una película de los noventa en la que la protagonista siempre termina metida en un lío por culpa de una motorista con sonrisa traviesa. Y esta noche, la protagonista soy yo. La tatuada, en este caso, no tiene moto, pero sí saluda a un par de tipos enormes apoyados en coches clásicos que bien podrían estar expuestos en un museo.

Frunzo el ceño, sin estar nada convencida de pasar la noche con Riley y varios «colegas» que parecen conocerla demasiado bien. Me pregunto cómo es posible que conozca a tanta gente… o quizá solo sea su habilidad natural para caer bien a las personas. A todos menos a mí, por supuesto.

El cartel luminoso del Motorheads Bar & Grill parpadea como si fuera una leyenda del rock and roll venida a menos —aunque muchos lo consideran un templo—. En la entrada, varios fuman, y un par de hombres con sombrero de vaquero tocan la guitarra en sillas plegables. No es, desde luego, la estampa idílica que esperaba al

comenzar este viaje. Sin embargo, Riley sonríe como si estuviéramos entrando en el Four Seasons.

«En cualquier momento la dejo tirada en la carretera».

—¿Vamos? —pregunta, saltando del Mustang con esa mirada que promete caos, como si aún no lo hubiésemos vivido suficiente.

Y por alguna razón —quizás el hambre—, en lugar de negarme, corro tras ella.

Dentro, el ambiente es algo espeso. Huele a cerveza, a beicon y a madera vieja. La música me retumba en el pecho y, al fondo, una mesa de billar iluminada por una lámpara verde parece flotar sobre un altar fantasmal. Todo el mundo me mira como si llevase colgado un cartel que dice: «Turista perdida». Y por mis pintas, no es para menos.

—Relájate, princesa. Por aquí nadie muerde… todavía —dice Riley, guiñándome un ojo mientras se abre paso entre la gente con una soltura que me pone de los nervios.

—¿No te he dicho ya que dejes de llamarme así? —espetó, intentando no perderla entre la multitud.

Varias camareras la saludan con una sonrisa, igual que el joven que atiende la barra. A estas alturas, no recuerdo una sola parada en la que no la hayan reconocido, como si ya hubiese hecho esta ruta mil veces. Y eso me resulta... inquietante.

Pero mis pensamientos se disuelven en cuanto se quita la chaqueta de cuero y se lanza a abrazar a una mujer guapísima.

—¡Riley! —grita ella—. ¡Mira lo que ha traído la marea! ¿Qué haces por aquí?

—Una nueva aventura, supongo —responde, dándome un empujón suave hacia delante—. Ella es mi copiloto. Se llama Olivia. No soporta el desorden, ni la suciedad, ni la música de verdad. Pero sabe divertirse... a su manera —añade, lanzándome un guiño que me eriza la piel.

—Un resumen encantador —mascullo.

Riley sonríe aún más, satisfecha.

La mujer, que lleva una trenza similar a la que Riley lucía en el taller, me ofrece una sonrisa amable junto a un par de cervezas que no he pedido. Acepto una por educación, sujetándola como si fuese material radioactivo. No tengo muy claro si lo que se sirve en este local es apto para la vida humana, pero mi acompañante, cómo no, decide animar aún más el ambiente.

—Quedados con esto, aquí mi amiga puede daros una paliza al billar —anuncia, entre risas, mientras me lanza una mirada que sugiere que sabe lo que hace.

Estoy a punto de atragantarme con la cerveza.

—¿Perdona?

«No. No, no y no. Con lo del karaoke ya tuve bastante».

—Vamos, princesa. ¿No decías que sabías adaptarte a cualquier situación? —me provoca, con esa sonrisa torcida que debería estar penada por ley—. Esto es material de primera para tu artículo.

Yo no recuerdo haber dicho eso. Ni remotamente. Pero con el grupo que nos rodea y la música bajando de volumen justo en ese instante, me veo obligada a aceptar. Aunque si lo hago...

«Será con mis condiciones», me digo, escondiendo una sonrisa tras el borde de la botella.

—Vale. Pero si gano, quiero pasar la noche en un hotel de verdad. De los que no tienen moho en las paredes ni historias dignas de una serie de crímenes.

Varias miradas se clavan en mí. Acabo de confirmar que soy de ciudad, y una turista de primera.

—Hecho —afirma Riley, acercándose tanto que siento su aliento cálido en el oído—. Puedes pedirme lo que quieras.

Por supuesto, el bar estalla en vítores cuando cojo el taco con una torpeza evidente, como si sujetase una lanza en plenos Juegos

del Hambre. Riley se aparta, se cruza de brazos y me observa con esa mezcla tan suya de burla y... ¿orgullo? No. No puede ser. Estoy alucinando.

Mi primer tiro es un desastre monumental. La bola blanca rebota sin ton ni son y no toca ninguna. La segunda, más de lo mismo. Pero luego... no sé cómo —quizás haya sido el orgullo, el afán de demostrar que no soy la mojigata que creen o simplemente un golpe de suerte cósmico—, le doy con fuerza, y una bola entra.

Y otra. Y otra más.

Riley silba, y el bar entero estalla de emoción.

—i¿Quién eres tú y qué has hecho con la estirada que ha entrado por esa puerta?! —grita alguien.

«¿Estirada? ¿Pero qué imagen creen que doy...?»

Termino la partida con un tiro que ni yo misma entiendo, pero la última bola entra limpiamente en el agujero. Todo el mundo aplaude mientras yo me río con tal fuerza que parece que me hayan inyectado tequila en vena. Riley me observa con esa sonrisa burlona que se le dibuja cuando dejo de ser «la Olivia que tenía un plan perfecto que cumplir paso a paso», como me recuerdo constantemente.

—Pues parece que te debo una noche en un hotel decente… —murmura, llevándose una mano al pecho con fingido respeto.

Me bebo lo que queda de mi tercera cerveza y me despido de su vieja amiga y del resto de la panda.

Cuando llegamos al coche, el aire fresco de la noche me despeja un poco. Me miro en el retrovisor: tengo las mejillas encendidas, el pelo un poco revuelto y los labios todavía curvados en una sonrisa ridícula. Me he divertido. De verdad. Y aún no tengo claro cómo ha ocurrido todo esto en apenas un par de días, pero tengo que admitir que esta mujer ha conseguido lo impensable.

—¿Y bien? ¿Dónde está el hotel que me has prometido? —pregunto, cruzando los brazos mientras me apoyo contra la puerta

del coche.

Riley no responde. Se adelanta con paso despreocupado y se lanza al asiento del conductor. Una vez dentro, arranca el motor sin borrar esa expresión de triunfo que le ilumina la cara.

—Ya lo verás.

. . .

El hotel es… celestial. Juro que oigo a los ángeles cantando suavemente por los pasillos. Las paredes están intactas, sin grietas, sin manchas y ni una telaraña. Las luces son tenues, acogedoras. En recepción hay una persona de verdad, no un zombi que lleva quince años atrapado en turno de noche. Las sábanas son blancas, limpias, sin rastro de pelusas, y las toallas no huelen a cenicero. Estoy a punto de soltar una lágrima. ¿Lo mejor? Todo va a cargo de la revista.

—¿Te gusta o también vas a quejarte de los cojines? —bromea Riley desde el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos.

Un tatuaje asoma justo por el borde del cuello de su camiseta, y me distrae más de lo que debería.

—¿Sabes? Por un momento pensé que no ibas a cumplir tu palabra —le confieso, todavía con cierta sorpresa en la voz.

—Bueno, yo pensaba que ibas a pedirme otra cosa —responde con una malicia tan evidente que me sube el color a las mejillas—. Pero ya ves, está claro que necesitas un descanso de verdad si quieres llegar viva al final del viaje.

La temperatura me sube más allá de las mejillas. Me remuevo incómoda y niego con la cabeza, incapaz de replicar.

Cierra la puerta con calma, pero sus palabras se quedan en la habitación como el eco de un secreto sugerente. Me siento en la

cama y suspiro. Es blanda, huele a lavanda y no cruje. Me dejo caer de espaldas con los brazos extendidos, el cuerpo entero se rinde. Miro el techo. Nada de goteras. Ni manchas. Joder… esto es el puto paraíso.

Al otro lado de la habitación, hay otra cama. Y sé que Riley va a dormir ahí. Intento no pensarlo, pero es imposible. Vuelvo a verla en mi mente: su mirada desafiante, cómo no deja de retarme, cómo sus curvas se dibujaban bajo la camiseta mientras se reía con sus amigos… El agua de la ducha resbalando por su cuello esta mañana...

Y ese magnetismo suyo, inexplicable, que me obliga a cerrar con llave la parte de mi cerebro que razona, que calcula, que se pregunta... si, en el fondo, debería haber pedido otra cosa.

«Joder, que solo llevas dos días con ella.»



6

Lichfield, Illinois.

Tercer día de ruta.

Riley

Las horas en la carretera empiezan a pesarme en las piernas. Si no fuera porque no tengo ganas de oír a Olivia quejándose de que vamos tarde, ya habría detenido el coche en el primer sitio medio decente y me habría comido un par de hamburguesas. No es que me considere una experta del clima ni nada parecido, pero hay algo en el aire que me da mala espina desde hace rato. Lo noto en cómo las nubes se acumulan en el espejo retrovisor como si nos persiguieran, en el modo en que el viento sacude los árboles lejanos a ambos lados de la carretera con una energía innecesaria.

Y en cómo Olivia se aferra al reposabrazos como si estuviera a punto de despegar en un avión y no sentada en este maravilloso Mustang. Todavía no entiendo por qué, de vez en cuando, me deja conducir a mí.

—Tranquila, reina del pánico —comento, divertida, mientras reduzco la velocidad y las primeras gotas empiezan a repiquetear contra el parabrisas—. Solo es agua, no un enjambre de abejas asesinas.

—Podría ser un tornado —responde, exageradamente alarmada, con la mirada clavada al frente y el cuerpo tenso como un cable de acero—. O granizo. O… no sé, algún fenómeno paranormal.

—¿Un fenómeno paranormal? ¿Estás insinuando que los alienígenas van a abducirnos? Porque si es así, no pienso perdérmelo —le suelto con ironía.

—Ja, ja. Qué graciosa. —Me lanza una mirada de desprecio—. Solo digo que parece que atraes el caos. Y que, además, no tengo cobertura.

Cada hora que pasa me confirma que no podría haber elegido mejor compañera para este viaje de regreso a Santa Mónica.

«Tampoco es que en Chicago tuviera muchas opciones sin salir con...», pero unas gotas de lluvia más gruesas golpeando el cristal cortan ese pensamiento antes de completarlo. Olivia desbloquea la pantalla del móvil por tercera vez en apenas doscientos metros, como si se tratara de su única línea de defensa y esta la hubiera abandonado en el peor momento. Después, lo mueve por todo el coche. Nada. Ni señal, ni luces, ni gasolineras. Solo un puñado de terrenos anónimos en mitad de la Ruta 66. Y una tormenta que ya ruge con fuerza sobre nuestras cabezas.

—Vale —digo, tanteando un lugar donde detenernos—. No quiero morir contigo despeñadas por un barranco. Aún me debes un par de cervezas por hacer entretenido tu viaje.

Me tira otra de sus miradas asesinas. Pero lo cierto es que se le nota el miedo en la cara.

Paramos en lo que parece el aparcamiento abandonado junto a un edificio medio en ruinas que, en otro tiempo, pudo ser una tienda o una cafetería. Ahora no es más que un espectro de lo que fue. Apago el motor y el silencio se instala entre nosotras, solo interrumpido por los truenos que hacen vibrar las ventanas.

—Genial. —Olivia se cruza de brazos, encogida en su asiento como si quisiera desaparecer—. Esto es justo lo que soñaba cuando

planifiqué este maldito viaje: un escenario romántico, húmedo y lleno de incertidumbre.

—¿Lo romántico lo dices por mí o por el paisaje apocalíptico?

Me lanza una mirada tan afilada que por un instante creo que va a tirarme algo a la cabeza. Pero termina soltando un bufido y deja escapar una sonrisa disimulada.

«Punto para mí».

Rebusco en mi bolsa de viaje y saco otros Doritos —sí, tengo escondites estratégicos, nada de juzgarme—, una barrita energética y una botella de agua.

—¿Ves? Supervivencia nivel experto. Deberías jugar a más videojuegos —bromeo mientras le tiendo las patatas—. Tenemos refugio, víveres y… el coche está más limpio que el motel de la primera noche.

—No sé si eso me consuela o me deprime más.

—Madre mía, eres el espíritu vivo de la alegría —me burlo.

Olivia coge la bolsa con un suspiro resignado, aunque su expresión tiene un atisbo de gratitud. Da un mordisco a un Dorito. Luego otro. Después, deja la bolsa sobre sus piernas y me lanza una de esas miradas que no sé si buscan matarme o seducirme a traición.

Trago saliva y desvío la vista.

—¿Y tú cómo coño lo haces? —me suelta de pronto.

—¿El qué?

—Sobrevivir, sin más. Pareces… cómoda aquí dentro. Como si no te afectara estar en medio de la nada, sin señal, en un coche que es una ruina.

Me encojo de hombros, giro la cabeza hacia la ventanilla y dejo que el tamborileo de la lluvia hable por mí durante unos segundos.

—Supongo que porque he pasado gran parte de mi vida así. En medio de ninguna parte. Aprendes a encontrarle el encanto. O al menos a no volverte loca.

Ella no responde. Solo sigue masticando despacio, como si esperara que continúe.

—Mi familia no era de las que reparten abrazos ni hacen barbacoas los domingos. Mi padre tenía dos aficiones: los coches y las apuestas. Perdió más de lo que ganó, y jamás supo cuándo parar. Mi madre… bueno, ella aguantó todo lo que pudo. Hasta que una noche se largó sin decir una sola palabra. Yo tenía catorce años —recuerdo, sintiendo una punzada familiar en el estómago—. Después de eso, mi hermano intentó hacer de héroe, quedarse, cuidar del viejo… esas cosas. Pero al final, también se marchó.

Me froto la nuca y noto cómo Olivia me observa. Su mirada tiene esa intensidad que, a veces, pesa más que cualquier palabra. Me he dado cuenta de que lo hace a menudo, incluso en este poco tiempo que llevamos viajando juntas.

—E imagino… que tú te quedaste —dice con voz baja, mientras mastica otro Dorito.

—Durante un tiempo, sí. Pero luego comprendí que quedarse en un sitio donde ya no queda nadie que te aprecie no te convierte en fuerte. Solo en una completa gilipollas. Así que empecé a moverme. De un lado a otro. Carreteras, conciertos, bares… Nunca he durado más de tres meses en el mismo lugar.

—¿Y eso no te agota?

—Lo que me agota es fingir que encajo en una vida que no quiero —respondo sin rodeos.

Guarda silencio. El único sonido que nos envuelve es el de la lluvia golpeando el techo del coche, los truenos a lo lejos y nuestras propias respiraciones. Por un instante, temo que me pregunte por qué decidí emprender este viaje. Pero tengo suerte. Olivia gira el rostro hacia la ventanilla, y en su reflejo en el cristal percibo un gesto sereno, pensativo. Incluso diría que... parece que empatiza

con lo que acabo de contar. No somos tan distintas como ella pretende hacerme creer.

—Nunca he hecho nada parecido a esto —musita—. Siempre he seguido un camino claro. Planes, listas, rutas… Todo bajo control, perfectamente calculado. Y, aun así…

—¿Y aun así qué?

Me devuelve la mirada. Sus ojos brillan con una mezcla que no sé si encierra tristeza, sinceridad o un atisbo de valor.

—Y, aun así, nunca me he sentido tan perdida como ahora.

—¿Y nunca has pensado en largarte? En hacer algo completamente absurdo —le propongo, sin apartar los ojos de ella —. Romper esas listas. Desaparecer por un tiempo…

Olivia esboza una sonrisa que no le alcanza del todo a los ojos. De esas que son más una defensa que un gesto de alegría.

—Siempre he pensado que, si dejaba de tener el control, todo se iría a la mierda.

—Pues a lo mejor ya estás ahí —afirmo, con calma.

Parpadea. Y, por un segundo, ya no veo a la mujer seria, meticulosa y perfectamente vestida que me ha estado corrigiendo la ruta durante días. Veo a alguien lleno de grietas, de contradicciones. Como yo.

—Entonces… supongo que no tengo nada que perder —murmura—. Este artículo… puede que, en parte, lo aceptara porque no quería pensar en lo que dejaba en casa.

—¿Y qué hay allí? —pregunto mientras me arreglo la chaqueta sobre los hombros. Hace algo de frío, pero no desvío la mirada de ella.

Se cruza de brazos y respira hondo.

—Una relación tibia que acabó sin escándalos, pero también sin haber comenzado del todo. Un trabajo que adoro, pero que me está devorando. Y una vida… que siento que se me escapa entre los

dedos, aunque siga haciéndolo todo bien. —Hace una pausa breve y contempla la lluvia—. ¿Tú nunca has pensado en quedarte en algún sitio? Asentar la cabeza. Tener algo parecido a estabilidad.

—A veces, sí. Cuando tenía unos veinte, conocí a una chica en Portland. Se llamaba Tasha. Me enseñó a cocinar pasta, tenía un gato adorable y una risa que me hacía sentir en casa —revelo, casi sin querer—. Me ofreció quedarme.

—¿Y?

—No lo hice. Me asusté —admito, a regañadientes. No me gusta compartir estas cosas—. Pensé que, si me quedaba, acabaría fastidiándolo. Que ella descubriría el desastre que soy, todo mi historial. Así que me largué antes de que pudiera hacerlo ella.

—Pues vaya gilipollez —murmura Olivia, sin rastro de burla.

—Lo sé.

No lo dice con dureza. Lo dice con esa ternura resignada que hace que la mire durante más tiempo del prudente. Se abraza a sí misma y trata de refugiarse del frío que se cuela por alguna rendija del Mustang.

—A mí me habría gustado aprender a hacer pasta con alguien —susurra, con los ojos cerrados.

—Nunca es demasiado tarde —respondo, sin pensar.

Me observa. Y durante un instante espeso y denso, el coche entero parece contener la respiración. La veo temblar. Me quito la chaqueta de cuero y la paso por encima del asiento hasta que roza sus hombros. Duda unos segundos, pero al final se la pone. Se arropa con ella como si fuera un escudo. Su cuerpo se relaja un poco. El perfume que aún conserva la tela —una mezcla entre madera, vainilla y ese desodorante barato que me encanta— flota en el aire como una especie de tregua invisible.

—Descansa un poco, princesa —murmuro, con una sonrisa ladeada.

Ella asiente con un leve movimiento de cabeza, pero no estoy segura de que yo también pueda hacerlo.



7

Lichfield, Illinois.

Al mediodía.

Olivia

Todavía huelo a la tormenta que ha caído hace unas horas. El pelo me cae en mechones rebeldes a ambos lados de la cara, y mi camiseta —una blanca que había metido en la maleta con la absurda esperanza de parecer minimalista y chic— luce ahora una colección de arrugas que delatan que he dormido con la mejilla pegada a una bolsa de patatas fritas. Una estampa gloriosa, vaya.

Pero lo peor —o quizá lo mejor, según se mire— es que cada vez que giro la cabeza, me encuentro con los ojos de Riley fijos en mí desde el asiento del copiloto. Como si, en algún momento, hubiéramos cruzado una línea invisible y ya no estuviésemos en la misma dimensión. Como si ella hubiera tomado una salida hacia un lugar donde las miradas duran más de lo conveniente.

—¿Estás segura de que quieres conducir tú? —pregunta con esa media sonrisa que le nace sin esfuerzo y ese tono que anticipa que va a hacerme decir más de lo que debería.

—¿Por qué? ¿Acaso dudas de mis habilidades? —Alzo una ceja mientras me coloco las gafas de sol con toda la actitud de alguien que jamás se ha perdido en una salida—. Me encanta dejarte llevar

el control en la carretera, pero hoy me apetece ser yo quien tome el volante.

—Entonces, estoy a tu merced —bromea, alzando las manos como si se rindiera.

Así que, con el sol colándose por las ventanillas y el asfalto desplegándose ante nosotras después de una noche de tormenta —sí, lo sé, tiendo al drama—, pongo algo de jazz. Riley no protesta, al menos al principio. Pero en cuanto suena el primer saxofón, su expresión se transforma de inmediato. Frunce el ceño y hace una mueca tan exagerada que no puedo evitar reírme.

—¿Otra vez con esto? ¿Quién te hizo tanto daño? —protesta, girando la cabeza hacia mí.

—¿Y tú no te relajas nunca? —respondo con un suspiro teatral —. La música es terapia, Riley. Terapia para no bajarme de este coche y salir corriendo campo a través cuando se avecina el más mínimo contratiempo.

—Qué quieres que te diga… —Ahora es ella quien se encoge de hombros—. Yo prefiero gritar una canción de Alanis Morissette con la ventanilla bajada. Eso sí que es sanador.

Conduzco en silencio durante un rato, observando el paisaje. Me concentro en la carretera, hasta que, sin saber exactamente en qué momento, todo empieza a parecer... bonito.

Bonito de verdad.

Paso junto a un cartel destartalado que promete «La mejor tarta de cereza del condado», y veo a una pareja mayor cogida de la mano en una gasolinera. Una bicicleta está apoyada contra un buzón de madera pintado a mano. Y al entrar en el siguiente pueblo, me encuentro rodeada de pequeños detalles que quiero capturar y guardar en un montón de fotografías. Cosas que me apetece describir con palabras y volcar en mi diario. Piedras preciosas para mi artículo.

—¿Dónde quieres parar? —pregunta Riley, sacándome de mis pensamientos. Su mano descansa en el marco de la ventanilla, y el viento le revuelve el pelo de una forma tan natural que me cuesta recordar por qué, en algún momento, pensé que conducir yo era una buena idea.

—Mmm… —Fuerzo una expresión pensativa al pasar junto a un cartel que anuncia lasaña casera con una pinta espectacular—. Creo que voy a improvisar. Vamos a parar en el primer restaurante de carretera que encontremos.

—¿Tú? ¿Improvisando? ¿En un bar de carretera? —ironiza con una sonrisa torcida.

La carretera se estrecha, flanqueada por árboles altos a ambos lados. Es como si de repente nos tragase un pequeño bosque. El silencio que se crea es tan denso como acogedor. Riley me mira otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunto, sin apartar los ojos del camino.

—Nada.

Pero en ese «nada» hay una mirada que me deja el estómago hecho un ovillo. Es una de esas que se te quedan pegadas bajo la piel, que se cuelan por rendijas que pensabas bien cerradas.

—¿Por qué me miras así?

—No te estoy mirando de ninguna manera.

—Sí que lo haces. Y es... raro. ¿Tengo algo en la cara?

—Solo una pequeña dosis de «vaya, Olivia no solo canta en karaokes improvisados, sino que también sobrevive noches de tormenta y conduce por la Ruta 66 como si lo hubiese hecho toda la vida».

—¿Estás siendo sarcástica?

—No, esto se llama admiración. En mi idioma suena parecido, pero no es lo mismo.

Me muerdo el interior de la mejilla. Si abro la boca ahora, la voz me va a salir descontrolada. Lo último que necesito es que sepa el efecto que empieza a tener en mí.

—¿Sabes? —hablo, para cortar la tensión—. Esto me hace sentir como si estuviera conquistando el mundo. A mi manera. Recorrer un pueblo desconocido, volver a una carretera abierta, buscar el próximo sitio donde parar. No sé… es liberador.

Riley se inclina ligeramente hacia mí. Su sonrisa parece hecha de sol y viento, y por un momento, sus tatuajes me resultan más nítidos, como si también hablasen.

—Bueno… —murmura—. Tal vez no estés conquistando el mundo, pero seguro que estás haciendo tuyo este viaje.

Y por un instante, me lo creo. No hay listas, ni horarios. Solo el volante entre mis manos, la música flotando en el aire, y esa sensación indescriptible de que algo nuevo está brotando dentro de mí. Algo que no sé si debería dejar crecer... pero que no quiero detener.

Me muerdo el labio inferior y recuerdo la noche anterior. Su chaqueta sobre mis hombros. El olor a cuero y perfume. Esa calidez inesperada que me envolvió y que, durante un rato, hizo que el mundo fuese un lugar seguro.

Riley se recuesta en su asiento, cierra los ojos con una expresión plácida, y dice en voz baja:

—Venga, princesa. Llévame a donde quieras.

Bitácora de viaje | Día 3 – En alguna parte de Illinois

Hay cosas que no te cuenta ninguna guía de viaje sobre recorrer la Ruta 66: que vas a terminar durmiendo en un coche con una bolsa de patatas como almohada, que vas a sobrevivir a una noche helada —incluso en verano— y, lo más insólito de todo… ***que vas a disfrutarlo****.*

Hasta ahora, ¡y en solo 3 días!, he sobrevivido a moteles con olor a humedad, a apuestas de billar y a una tormenta que parecía sacada de una película de catástrofes. Pero entre truenos, bares de carretera y playlist de los noventa, hay algo que empieza a cambiar. No solo en el camino, sino en mí.

Hoy he conducido por tramos infinitos de asfalto mientras el viento me desordenaba las ideas y Riley —mi insólita copiloto— me miraba como si acabara de conquistar el mundo. Y lo más raro es que por un momento, le creí. Este viaje prometía paisajes preciosos, insólitos. Nadie me avisó de que también incluiría miradas que te dejan en silencio, conversaciones que te desnudan sin tocarte… y el tipo de aventuras que no caben en una maleta.

Siguiente parada: improvisar.

—O.R.



8

Lichfield, Missouri.

Cuarto día de ruta.

Riley

El aroma a café que nos envuelve huele a historia y a una mañana de tierra mojada, y, por una vez, ninguna de esas cosas me molesta. No me molesta porque ya no estoy en un lugar donde apenas puedo pegar ojo, donde siento las sombras persiguiéndome a cada paso. Aquí, las cosas simplemente suceden, y empiezo a acostumbrarme. Lichfield ha despertado como si aún arrastrara una resaca monumental por culpa de la tormenta de anoche. Las calles siguen húmedas, salpicadas de charcos; el cielo, medio despejado, y el aire trae consigo un frío que, lejos de ser incómodo, te recuerda que estás viva. Propio de esos días frescos de verano. Olivia también parece haberlo notado, aunque disimula bien las ojeras tras unas gafas de sol que gritan «mujer poderosa».

—¿Vamos? —le propongo, señalando el cartel del Ariston Café.

Aunque ha sido ella quien lo ha elegido, soy yo quien da el primer paso. Este es uno de esos sitios que parecen detenidos en el tiempo. Tiene una fachada sencilla, un letrero envejecido y esa aura reconfortante que poseen los lugares que han acogido generaciones

de almas cansadas en busca de algo de calor —o una buena porción de tarta— a lo largo de la Ruta 66.

Entramos, y la campanilla sobre la puerta nos anuncia como si fuésemos un par de forasteras en una película del Oeste. Olivia se quita las gafas y parpadea, sorprendida, como si no esperara que un sitio así existiera fuera de la pantalla.

—Vale, creo que acabo de entrar en el universo de Riverdale, y que Verónica está a punto de aparecer —musita.

—Pues espero que sin ningún asesinato que resolver… —respondo, y por alguna razón, eso la hace reír.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, al lado de un jarrón con flores marchitas y una pared forrada de fotografías enmarcadas. En cada una hay parejas besándose, familias riendo, perros con gafas de sol... Historias que desconocemos, pero que, de pronto, parecen formar parte de este lugar.

El estómago me ruge, pero lo que de verdad exige atención no tiene nada que ver con el hambre. Es Olivia y su forma de frotarse los ojos, agotada, pero con ese destello de terquedad que le aflora cuando intenta convencerse de que todo va según lo previsto. Llevo viéndolo desde que iniciamos la ruta. Y no sé si es cosa mía, pero empiezo a descubrir cosas que me resultan atractivas, interesantes… tan fascinantes como sus…

—Me encanta cómo huele —comenta, interrumpiendo mis pensamientos.

—Dime que vas a pedir tarta para desayunar y que no eres de esas que necesita una tostada integral para sobrevivir —le digo mientras hojeo el menú, intentando apartar la vista de sus labios recién pintados. Aunque ya sé lo que voy a pedir.

Siempre lo pido. Hay una especie de poesía en volver a un lugar años después y encontrar que la carta sigue intacta.

—Estoy dispuesta a dejar que el colesterol me abrace si tú te encargas del funeral —bromea, antes de bostezar—. Pero que sea

con flores bonitas, por favor. Y jazz. Nada de rock a todo volumen en mi entierro.

—¿Lo notas? —Me inclino un poco sobre la mesa y bajo la voz —. Es el espíritu de Louis Armstrong quejándose desde el más allá —añado, a modo de burla.

Ella sonríe y, durante un instante —uno breve, casi insignificante— me pregunto si lo que me oprime el estómago es hambre o algo que prefiero no analizar.

Pido lo típico de un sitio como este: beicon, *hash browns*, dos huevos revueltos y una tarta de crema de plátano. Olivia duda entre moderarse o entregarse a la felicidad verdadera, y termina imitando mi pedido, pero con café solo. Sin azúcar.

«Como era de esperar», pienso.

—Estás empezando a parecerte peligrosamente a mí —le digo cuando el camarero se aleja.

—¿Lo dices como advertencia o como halago?

—Ambas cosas.

Guardamos silencio un rato, observando nuestro alrededor. A la izquierda, una pareja mayor comparte un batido de fresa. Frente a nosotras, una chica con auriculares escribe en una libreta con tal intensidad que parece que le va la vida en ello. Se respira una paz extraña y, por primera vez en mucho tiempo, no siento la necesidad de estar en otro lugar, ni tampoco la urgencia de llegar cuanto antes a mi destino solo para cumplir ninguna expectativa real y evitar la culpa.

No tengo esa prisa por marcharme, por huir antes de que todo se complique. Porque, en mi vida, las cosas siempre se han complicado.

Al menos, hasta ahora.

—¿Has pasado mucho por aquí? —pregunta Olivia, distraída, mientras juega con un sobre de azúcar—. Da la impresión de que has estado en todos los sitios donde paramos.

—Venía con mi padre. Cuando aún pensaba que podríamos tener una relación normal si hablábamos de cosas neutras como… el desayuno, los coches o el tiempo. —Esbozo una sonrisa pequeña, de esas que no alcanzan los ojos—. Pero, como es obvio, no funcionó. Lo único bueno de esto es que era muy conocido por su buena mano con los coches.

Ella asiente, como si me comprendiera perfectamente, igual que aquella otra vez. Y entonces, tras dar un sorbo a su café, murmura:

—El mío quería que fuera arquitecta. Como él. Pero yo solo deseaba escribir, algo que para él era… «poco práctico». Me pasé la universidad intentando ser otra persona. Una versión suya, a la que todos pudieran admirar. Hasta que un día me miré al espejo y no me reconocí —comenta, encogiéndose de hombros—. Me marché, lo dejé todo y le dije que no volvería hasta que pudiera hablar con mi propia voz, y no a través de la suya.

—¿Y volviste?

—No. Murió antes. Desde ese entonces empecé a querer tenerlo todo bajo control.

La cuchara que tengo en la mano se queda suspendida en el aire. Y algo dentro de mí —algo que no tiene nombre ni advertencia previa— abre una pequeña herida que llevaba cerrada en mi interior.

—Lo siento —murmuro.

Ella le quita importancia mirando hacia otro lado, como si no pasara nada, pero la forma en la que sus ojos se pierden más allá de la ventana, me hablan mucho más. Además, se forma un silencio entre nosotras que no es incómodo, sino honesto. Como si de repente estuviéramos hablando en otro idioma, uno que no aprendes en la universidad, sino en la vida, sobreviviendo a las estocadas que esta te pega.

—No parecemos tan diferentes, ¿lo has notado? —añado y sus ojos regresan a mí.

—¿Porque nuestras familias son emocionalmente disfuncionales y nos empujaron a huir?

—En realidad no —le respondo, sin perder el brillo de sus ojos —. Porque seguimos aquí, haciendo lo que sea que sea esto. Conduciendo por la Ruta 66 con más equipaje emocional que maletas. Bueno, al menos en mi caso —bromeo.

Ella se ríe, y esa risa me alivia más que todo el café del mundo. Con la comida ya en la mesa, nos lanzamos a ella como si no hubiéramos visto un plato caliente en años. Comemos sin decir mucho, pero dedicándonos unas cuantas miradas. De esas que dicen «te veo, te enteindo» —y de verdad— sin tener que gritarlo.

—¿Sabes? —digo, cuando ella mete la cuchara en la tarta con expresión de cansancio total—. Me gusta verte así.

—¿Así cómo?

—No sé, un poco más humana. Despeinada. Sin esa armadura con la que estabas el otro día en la gasolinera. Con tu chaqueta impecable y la espalda recta.

No me dice nada. Se queda con la cuchara en la mano y el corazón latiéndole a mil por hora, o eso es lo que creo estar oyendo. Quizá solo es el mío acelerándose un poco, cuando sus ojos azules me miran y parece sonreír, antes de quitarse un mechón de pelo desordenado, mientras en mi cabeza, lo único que puedo repetir, es que me gusta esta versión de Olivia.

Más de lo que debería permitir.



9

Cuba, Missouri.

Por la tarde.

Riley

A veces, el asfalto me parece mucho más seguro que las personas, porque, al menos con la carretera, tienes la certeza de lo que viene —salvo ciertos imprevistos—: curvas, baches y, en el peor de los casos, gasolineras mal iluminadas. Con la gente, en cambio, no hay señales que avisen, ni líneas blancas que te mantengan en tu carril; solo decisiones que debes tomar al vuelo, y con ellas llegan, inevitablemente, las consecuencias.

Cuando decidí emprender este viaje, no imaginé que dolería tanto, por mucho que me empeñe en bromear o en mantener la sonrisa puesta. Volver a Santa Mónica es como acariciar una herida que nunca termina de cerrar, como conducir hacia un lugar que, aunque familiar, se me antoja ajeno y desconocido. A cada kilómetro que nos acercamos, siento que el suelo bajo mis pies tiembla un poco más. Y eso que ni siquiera he puesto un pie en la ciudad. Pero tengo muy claro que, si no llego a tiempo, me voy a arrepentir.

No le he contado a Olivia por qué le pedí acompañarla, por qué, teniendo libertad para ir a cualquier lugar, decidí volver a «casa», a ese sitio que juré que nunca más sería el final de una

ruta. Pero aquí estoy, fingiendo que todo marcha bien, esforzándome por mantener su atención enfocada en cualquier cosa que no sea descifrar mi verdad. Tal vez porque resulta más sencillo hablarle de carreteras secundarias que de pérdidas, a pesar de todo lo ya dicho. O quizá porque me resulta más fácil burlarme de su necesidad de controlar las cosas al milímetro, que enfrentarme a lo que se oculta en mi interior. Ojalá entendiera que hay que dejarse llevar por la Ruta 66 sin puntos marcados en el mapa para conocerla de verdad.

Olivia es una contradicción con piernas largas y preciosas, un cuaderno meticulosamente ordenado y esa obsesión por comprender hasta el último detalle. Aunque a veces me saca de quicio, en sus ojos azules hay una curiosidad que me atrae, que despierta en mí unas ganas difíciles de contener: las de sacudir su mundo y ponerlo patas arriba, de la forma más peligrosa que conozco.

Lo intuí en la vieja gasolinera de Gus, y lo confirmo cada vez que observo su expresión reflejada a través del retrovisor.

Es nuestra cuarta tarde juntas, y empiezo a notar que algo ha cambiado. Tras el desayuno en Lichfield, tuve la sensación de que habíamos roto parte del hielo que aún nos rodea. Durante un momento, me pareció que había bajado la guardia conmigo. Pero entonces su jefe la llamó para reprocharle que no hubiese asistido a una reunión pendiente, y la frialdad del primer día volvió a ella, alzando un muro invisible justo cuando yo empezaba a querer atravesarlo. Si ese hombre hubiera presenciado la tormenta que cayó y por qué no pudo estar en la reunión, se habría mordido la lengua.

Pero aquí estoy, sin poder hacer nada, conduciendo en silencio mientras ella repasa sus notas con la mandíbula tensa. Toma apuntes con rapidez, como si así pudiera frenar el giro del mundo unos instantes antes de nuestra próxima parada en Cuba.

—¿Qué te dijo tu jefe sobre la reunión? —le pregunto, sin apartar la vista de la carretera.

No ha pronunciado palabra en media hora, y ese silencio comienza a crisparme los nervios.

—Querían revisar mi calendario editorial y recordarme que no me desvíe del enfoque del artículo —responde al fin, con un suspiro contenido—. Luego insistió en que no me olvidara de mantener un tono «reflexivo, pero con un toque inspirador». Vamos, que no parezca que estoy viviendo una crisis existencial sobre el asfalto.

—Y que no improvises, por lo que veo —resoplo—. Sinceramente, creo que se equivoca con ese enfoque tan encorsetado. No todo tiene que seguir el mismo patrón.

—¿A qué te refieres?

Siento que me mira, pero decido no buscar lo que hay en sus ojos

—A que habré leído un millón de artículos con itinerarios perfectamente diseñados para recorrer la Ruta 66, y la mayoría suenan vacíos. No pasa nada por salirse un poco del camino marcado.

—Tú no conoces a mi jefe, ni a los editores de la revista. Ese enfoque alternativo no les interesa. Solo quieren algo que se venda. Podrían despedirme por no haber estado en la reunión.

Guardo silencio durante unos segundos, y giro el volante para adentrarme en nuestro siguiente destino.

—Entonces será mejor que vayamos a por esos murales de Cuba —comento, intentando esbozar una sonrisa—. Son insta-famosos, seguro que a tu jefe le chiflan —añado con tono sarcástico.

Olivia no responde, pero asiente. Y eso ya me parece un pequeño milagro, porque la arruga que atravesaba su frente ha desaparecido.

Aparcamos cerca del centro histórico. Las calles están tranquilas, demasiado para una ciudad que presume de ser «la Ruta Mural de América». Pero ahí están: las fachadas pintadas con escenas colosales, llenas de color, como si los tonos quisieran

desbordar los ladrillos. Presidentes, vaqueros, coches antiguos, mujeres en bicicleta… Todo en tamaño gigante, con ese aire de postal que te invita a contemplarlo durante horas.

Olivia saca su cuaderno y el bolígrafo azul que lleva usando desde el inicio del viaje. Camino a su espalda, con las manos en los bolsillos, y la observo mientras el viento le desenreda algunos mechones rebeldes. Se detiene frente a un mural de Amelia Earhart y toma notas como si estuviese entrevistando a la propia Amelia en pleno vuelo.

—¿Sabías que Amelia cruzó el Atlántico sola? —dice, sin mirarme.

—Sí. Podría decirse que tú estás haciendo lo mismo conmigo —respondo, justo al situarme a su lado—. No estáis tan lejos la una de la otra.

—No es ni remotamente lo mismo.

—Tampoco es tan diferente.

Se vuelve hacia mí con el ceño ligeramente fruncido. Sé lo que piensa: que soy un caos con piernas, que vivo de la carretera, sin planes ni estructura, sin un objetivo a cinco años vista. Lo noto en su mirada, como si no terminara de comprender qué hace aquí, conmigo.

Y la entiendo. Porque yo tampoco lo sé.

Mi teléfono vibra. Lo saco, y al leer el mensaje —una única línea—, me quedo pálida.

> **Número desconocido**: Te conviene dar señales de vida, Riley. O iremos a por ti.

Guardo el teléfono sin responder.

—¿Todo bien? —pregunta Olivia, sin levantar el bolígrafo de la libreta.

—Sí. Creo que se han equivocado —miento. Pero es una mentira aceptable. Y, en este momento, necesaria.

Avanzamos por la calle principal. Olivia toma fotografías, conversa con una señora mayor que asegura haber pintado uno de los murales y me lanza una mirada fugaz cada vez que me alejo para buscar otros ángulos con la cámara que ha traído consigo.

La contemplo desde cierta distancia mientras anota algo con rapidez. Frunce el ceño, concentrada, pero hay algo en su postura que me provoca una sonrisa. Esa rigidez suya, elegante y contenida, desentona con el polvo en sus botas y con la fina línea rojiza que el sol ha dibujado sobre el puente de su nariz.

Le hago una foto sin que se dé cuenta. Después otra, justo cuando se agacha para examinar un mural más de cerca, con ese modo tan suyo de mirar el mundo: como si quisiera comprender este fragmento de historia a través de los detalles más insignificantes. Y otra más, cuando se vuelve hacia mí con los ojos chispeantes y una sonrisa abierta en los labios al decir:

—Este sitio es genial. No sabría explicarlo… habría sido una pena perdernos esto solo por improvisar.

A pesar de sus palabras, no suenan a reproche, sino todo lo contrario.

—Te entiendo —admito, porque es verdad.

Disfruto mucho de verla así. Incluso cuando me opongo a todo lo que representa: ese escudo de profesionalidad, esa necesidad de planificar hasta el más mínimo detalle. Pero empiezo a comprender que también hay caminos intermedios, sendas alternativas. Y que, tal vez, lo que yo necesitaba no era lanzarme a lo incierto, sino alejarme un poco de la tormenta constante que llevo dentro.

. . .

El sol comienza a descender cuando regresamos al coche. Las sombras se alargan sobre la acera y el aire huele a una mezcla

curiosa y única que solo un lugar como este podría ofrecer. A gasolina. A cenas preparadas en cocinas ajenas. A esa quietud que llega cuando el día termina en los pueblos pequeños.

Olivia camina a mi lado, en silencio, y siento que alrededor de nosotras flota una tensión sutil. Buena. De la que te obliga a girar la cabeza justo cuando la otra persona hace lo mismo. De la que te retiene sin necesidad de palabras, mientras dejamos las cosas en el maletero. Nuestras miradas se encuentran. Y, por un instante —uno breve, pero tan claro como un latido—, el mundo se detiene. El tráfico desaparece, los murales pierden intensidad, y todo se reduce a sus ojos clavados en los míos.

Un escalofrío me recorre la espalda. Un deseo, leve pero innegable, me cosquillea en los labios. Pero entonces, una moto pasa rugiendo por la calle, y el momento estalla como un cristal astillado.

Olivia carraspea. Yo escondo las manos en los bolsillos.

—¿Qué tal si vamos al motel? —sugiere. Su voz tiene un matiz tembloroso que antes no estaba.

—Claro, vamos —asiento, tragando saliva.

La sigo, con la impresión de que la electricidad que ha surgido entre nosotras sigue ahí, impregnada en los murales. Como si se hubiera quedado anclada en el aire, esperando el lugar adecuado para volver a despertar.



10

Cuba, Missouri.

Por la noche.

Olivia

El agua caliente cae sobre mis hombros como si pudiera borrar el cansancio, las horas de carretera, el silencio que se ha instalado entre Riley y yo desde que salimos de Litchfield, y la tensión absurda que ha ido creciendo con cada kilómetro. Como si cada gota que resbala por mis clavículas pudiera arrastrar las sensaciones y dejarlas escapar por el desagüe.

Las duchas del Wagon Wheel Motel no son precisamente un lujo de ensueño, pero cumplen su cometido con dignidad. Y, tras un día bajo el sol, caminando por aceras que olían a pintura fresca y a verano recién estrenado, lo único que necesito es esto: agua que calme mis músculos, silencio, y una toalla que me envuelva como si pudiera recomponerme.

Riley ha ido a buscar algo de comer. Estábamos demasiado agotadas para plantearnos ir a un restaurante, y ha dicho que era eso o devorar una chocolatina del pleistoceno que ha encontrado en el fondo de su mochila. Y aunque, en ese momento, la idea de quedarme sola unos minutos me parecía perfecta, ahora, mientras me seco el pelo con otra toalla, empiezo a desear que vuelva. Que

no se encierre en su habitación —por algún motivo ha insistido en dormir en otra—.

No sé por qué. O sí.

Pero prefiero no ponerle nombre.

Salgo del baño con el cuerpo aún caliente y el pelo húmedo cayendo por la espalda. La habitación parece una cápsula del tiempo decorada con mimo: lámparas con pantallas bordadas, una colcha que podría contar su propia historia y ese olor inconfundible a madera envejecida y motel americano que ninguna flor puede disimular.

Sonrío, sintiéndome ligeramente en mi elemento. Levanto los brazos y estiro cada músculo, saboreando el silencio como si hubiera llegado sola hasta aquí.

Pero no estoy sola. Y el universo se encarga de recordármelo cuando la puerta se abre de golpe.

—Ya tengo la comida —anuncia Riley, entrando sin mirar.

Me giro deprisa y nuestras miradas se encuentran. Ella me observa, todavía con la toalla bien sujeta sobre el pecho, pero con la piel húmeda. Parece congelarse en el sitio, con una bolsa de papel en cada mano.

Durante un instante —uno largo, espeso, casi peligroso—, no se oye nada.

Luego traga saliva y se gira de forma torpe, como si la hubiera pillado haciendo algo que no debía.

—Eh… Pensé que… Perdona, no quería…

—Tranquila —respondo, y me apresuro a coger algo de ropa del respaldo de la silla.

Pero no me muevo. Hay algo en su expresión que me deja clavada en el sitio, como si mi cuerpo solo pudiera reaccionar a la frecuencia de Riley, de pie en esta habitación, con los labios

entreabiertos y la mirada que, por un segundo, no ha sabido apartar. Sus tatuajes parecen brillar bajo la luz cálida de las lámparas.

—He traído sándwiches —dice finalmente, dejando las bolsas sobre la mesa—. Uno de pollo, que es mi preferido, y otro de ensaladilla de atún. No sabía cuál te gustaría más.

—¿Atún? —frunzo el ceño mientras me pongo los pantalones y dejo caer la toalla—. Soy alérgica al atún.

Riley se vuelve con lentitud, sorprendida.

—¿De verdad?

Asiento, aún de espaldas, mientras termino de vestirme, sin querer pensar en si sigue mirando o no.

—Sí. Tampoco es grave, pero me da urticaria. Y con este calor, después de todo el día en carretera… prefiero evitarlo.

—Joder. Lo siento. Puedo salir ahora mismo y buscar otra cosa.

La veo dirigirse ya hacia la puerta, impulsiva, con esa necesidad suya de arreglarlo todo a base de acción.

—Déjalo. Estoy cansada. Puedo comer algo de lo que compramos cuando salimos de Litchfield.

—Pero...

—En serio. Me bastan un par de barritas que he visto olvidadas en mi bolso. No necesito más.

Ella se queda quieta, en mitad de la habitación, como si le costara aceptar que la noche no será perfecta. Como si, en el fondo, hubiera querido que lo fuera. Me duele un poco verla así. Siento un pellizco extraño en el pecho, aunque no sé del todo por qué. Pero está ahí.

Me desenredo el pelo con los dedos y me aplico crema en los brazos, mientras Riley se deja caer en la silla con un suspiro resignado. Luego me siento en la cama, enciendo el portátil y trato de escribir. Un párrafo. Otro. Pero las palabras no fluyen. La pantalla

solo me devuelve mi reflejo: ojos algo enrojecidos, expresión cansada, la chaqueta de Riley aún doblada sobre la silla. Su presencia llenando los rincones de la habitación, aunque no diga nada. «¿Cuándo va a marcharse a su habitación?»

Y entonces la siento acercarse. No hace ruido. Es como si flotara en lugar de caminar.

—¿Va todo bien? —pregunta, muy cerca, incómoda por el silencio que se ha interpuesto entre nosotras.

Levanto la vista y su rostro está ahí, a escasos centímetros. Me veo reflejada en sus ojos oscuros, perfectamente, como si pudiera leerme en ellos. Su boca está tan próxima que podría contar los lunares que bordean el contorno de sus labios. Su piel huele a noche, a gasolina y a algo que me resulta familiar, aunque nunca lo haya vivido.

El silencio se convierte en electricidad, y la electricidad en algo que no alcanzo a nombrar.

Entonces me besa.

Sin aviso. Sin permiso.

Sus labios se posan sobre los míos con una suavidad decidida, con un calor que me desarma. Me quedo inmóvil. El corazón me golpea la garganta y las manos me tiemblan sobre el teclado. Cuando se separa apenas un centímetro, parece esperar una reacción, una palabra, lo que sea.

Pero no puedo. Solo la miro. Y siento el pulso latirme en la boca.

—Vale —murmura, se levanta de la cama y da un paso, como si no quisiera romper nuestra cercanía—. Descansa mucho, princesa.

Riley sonríe, busca las bolsas de papel y se marcha. Como si no acabara de hacer algo que me ha dejado totalmente descolocada. Impactada y… no tengo idea de qué más. Me quedo con el portátil abierto y el estómago lleno de mariposas hambrientas. Unas mariposas que debería de espantar rápido. «¿Cómo se atreve?», me

digo. Pero entonces, acaricio mis labios y miro hacia la puerta cerrada. A la chaqueta que se ha olvidado sobre la silla. A las luces que parpadean detrás de las cortinas.

Y algo me dice que, a partir de ahora, nada va a volver a ser igual.

Me levanto y camino hasta la ventana. Corro un poco la cortina, y la veo, apoyada contra un árbol mientras le da un bocado a un sándwich, con el móvil en la mano, la cabeza inclinada y una expresión que no sé si es de derrota o incertidumbre.

—No es asunto mío… —suelto, corro la cortina y regreso a la cama.

Lo mejor que puedo hacer es centrarme en el viaje, y en nada más.

Bitácora de viaje | Día 4 – Cuba, Missouri

A veces, el arte no necesita grandes museos. Aparece en las paredes de una ciudad pequeña, en una esquina inesperada de Missouri, bajo el sol que rompe el asfalto y entre la mirada curiosa de un par de vecinos que todavía se asombran al ver turistas detenerse frente a los ladrillos pintados.

Cuba (sí, Cuba, Missouri, no la isla) no archiva su historia: la pinta. Con colores vivos, escenas que parecen salirse del muro y una nostalgia que no se molesta en esconderse. Cada mural es una postal detenida en el tiempo, un recordatorio de lo que fue y de lo que sigue siendo importante. Me detuve más de una vez a escuchar a los vecinos hablar de cómo se crearon, quiénes posaron para algunas de las imágenes, cuál es su favorito y cuál necesita una restauración.

Quizá no esperaba encontrar tanto significado en un lugar tan pequeño, pero algo ocurre cuando estás en carretera, cuando la rutina se diluye entre mapas, gasolineras y destinos improvisados. Empiezas a mirar con otros ojos. A valorar las historias que se esconden donde nadie suele mirar. Y justo cuando pensaba que lo estaba entendiendo todo, me doy cuenta de que hay cosas (algunas personas, algunas emociones, algunas miradas) que todavía no sé cómo descifrar.

Pero estoy tomando nota, creedme. Y puede que este viaje no vaya solo sobre murales y una carretera emblemática. Puede que esté escribiendo otra historia. Una que aún no quiero leer en voz alta.

Por ahora, me basta con mirar. Y continuar.

—O.R.



11

Devil’s Elbow, Missouri.

Quinto día de ruta.

Riley

La carretera se extiende frente a nosotras como si no tuviera fin. Hay algo hipnótico en las líneas blancas que se devoran el asfalto mientras el sol asciende hacia su punto más alto. Aún es temprano, aunque no tanto como para lamentar haber salido de la cama, pero sí lo suficiente como para que el calor no haya empezado a derretir el interior del coche —algo que agradezco muchísimo—. Sin embargo, este silencio no ayuda en absoluto a despejar los pensamientos que se arremolinan en mi cabeza, ansiosos por dar vueltas a lo que ocurrió anoche.

No hemos hablado del beso.

Ni en los mensajes que nos mandamos nada más despertar, ni cuando me crucé con Olivia en recepción y apenas me saludó con un leve asentimiento, cargando con el portátil, el maletín y la maleta, como si estuviese deseando marcharse cuanto antes.

El coche huele a café y a ese perfume suave que siempre lleva en el cuello. Ese aroma que noto cada vez que se inclina hacia mí para cambiar la música o para acomodarse en el asiento del copiloto. Un perfume que me eriza la piel, aunque me empeñe en

negar que Olivia me gusta. Que me encantaría repetir ese beso. Me niego a todo, en general. Porque mi vida ya es lo bastante caótica como para meterme en más complicaciones, sobre todo sentimentales. Y aún más si tengo en cuenta cómo dejé las cosas en Chicago.

«Algo que ni siquiera le he mencionado», me recuerdo.

Tampoco le he dicho que me estoy quedando sin blanca. Que, si no encuentro una solución pronto —o un milagro—, dentro de dos días no voy a poder permitirme ni una bolsa de patatas, ni mucho menos un tabaco que he dejado de fumar —no hay mal que por bien no venga—. Pero, claro, ¿cómo le explicas eso a una mujer que parece tenerlo todo a su alcance y a la que tú misma convenciste para hacer este viaje contigo? Mi situación no es su culpa, pero… joder.

Qué diferentes son nuestras vidas. Qué enorme es la distancia entre su mundo y el mío.

—¿Has dormido bien? —pregunta de pronto, con la voz algo ronca, todavía teñida de sueño.

—Sí —respondo, mintiendo. «Me he pasado desde las cuatro de la mañana mirando el techo y pensando en tu boca y tu piel mojada, pero eso da igual».

Asiente con un leve movimiento de cabeza, sin añadir nada más. Vuelve a girarse hacia la ventana del copiloto, donde el paisaje se transforma: primero árboles, luego campos abiertos y, más adelante, alguna gasolinera desierta. Su perfil está delineado por la luz del sol; cada rayo resalta su mandíbula, cada curva de su rostro. Y no es justo. No es justo que hasta sus silencios me parezcan hermosos, porque este viaje es algo pasajero y, en el fondo, una gran mentira.

Agarro el volante con fuerza y respiro hondo. El silencio se vuelve denso, como si cada segundo albergara una pregunta que ninguna de las dos se atreve a pronunciar.

—¿Te importa si paramos un momento en el mirador del río? —propone Olivia, señalando un cartel desgastado que indica el desvío hacia el Big Piney—. Quiero tomar algunas notas, quizás unas cuantas fotos para incluir en el artículo.

—Claro —acepto sin dudar, agradecida por la pausa. Por cualquier excusa que me saque del coche y permita que el aire haga por nosotras lo que no nos atrevemos a hacer.

Aparcamos junto al sendero y caminamos entre los árboles hasta toparnos con una vista preciosa del río. El agua fluye tranquila, como si no tuviera prisa por llegar a ninguna parte. Nos sentamos en un banco de madera desgastado por el tiempo, y Olivia saca su libreta. Yo enciendo la cámara. Me concentro en enfocar, en capturar cómo la luz se cuela entre las ramas. En fingir que todo entre nosotras sigue igual.

«Nosotras… vaya forma de definirlo».

—¿Sabes? Cuando era niña… —dice de repente, sin apartar la mirada del río—, solía venir a sitios así con mi madre. Le fascinaban los ríos. Decía que eran como la vida: a veces tranquilos, otras veces peligrosos, pero que siempre avanzaban.

Dejo de disparar y bajo la cámara. Su tono ha cambiado. Tiene ese leve temblor que suele anunciar que está a punto de compartir algo importante.

—Murió hace un par de años —añade, en un susurro—. Cáncer. De los agresivos. De esos que no te dan tiempo a prepararte.

No sé qué contestar. Porque no existen palabras suficientes cuando alguien te abre una herida así. Y porque no esperaba que fuese a confiarme algo tan íntimo. Olivia siempre parece rodeada por una coraza de seguridad. De perfección. De control absoluto. Y verla así, algo vulnerable, con la mirada perdida y las manos entrelazadas sobre el regazo, me deja una sensación extraña dentro del pecho.

—Lo siento —musito, porque es lo único que me sale sin sonar forzado.

—Yo también —responde con una sonrisa suave, aunque sus ojos no brillan—. Supongo que por eso acepté este reportaje. Quería hacer algo diferente con mi carrera. Algo más humano. Ella, a diferencia de mi padre, siempre creyó en mí. Me repetía que podía ser más valiente, más auténtica. Que podría alcanzar cualquier cosa si me lo proponía.

La miro sin parpadear.

—¿Y crees que no lo estás siendo? Valiente —le pregunto en voz baja—. Porque yo creo que estás haciendo un trabajo increíble, Olivia. Va a ser un reportaje estupendo, y me da igual lo que diga tu jefe.

Está a punto de reír.

Me observa como si no supiera qué hacer con mis palabras. Como si le costara darles crédito. Vuelve a mirar el río.

—¿Y tú? —pregunta al cabo de unos segundos—. ¿Por qué estás haciendo este viaje, en realidad? No creo que sea solo porque te aburrías.

Ahí está la trampa. Porque si le contesto con sinceridad, tendría que abrir puertas que no estoy preparada para cruzar. Tendría que explicarle por qué tengo la cuenta en números rojos, por qué abandoné una vida a medio construir, una que ya no podía sostener.

Pero no le cuento nada de eso. Solo le regalo una sonrisa que pretende ser sincera, aunque se quede a medio camino entre el sarcasmo y el escudo con el que suelo protegerme.

—En realidad, es un poco por eso. A veces, si no te alejas de un lugar, acabas pudriéndote. Y yo… no sé, necesitaba respirar un aire diferente.

Ella me observa como si no terminara de creerse del todo mis palabras, pero no insiste. Se gira de nuevo hacia el río. El silencio

vuelve a asentarse entre nosotras, como una manta que nadie se atreve a sacudir.

—Supongo que solo soy una mujer con una mochila y muchas ganas de comerse el mundo —añado, colocándome a su lado y dejando que mi mirada se pierda también en el agua—. Antes solía creer que podía con todo, me reía más, no temía enamorarme ni cometer errores. Pero luego… la vida empezó a devorarme a mí.

Me encojo de hombros. No busco dramatismo, simplemente lo expreso como quien comenta el pronóstico del tiempo. Es lo que hay. Una verdad sin adornos.

—Sinceramente, no sé si volveré a encontrar a esa mujer —continúo mientras Olivia garabatea algo en su libreta. Aunque no lo admita, sé que me observa de reojo—. Pero… al menos quería volver a caminar en su dirección. Por si acaso sigue viva en algún rincón, dentro de mí.

La vieja herida que guardo dentro se abre, esa que no sangra, pero escuece cuando le da la luz. Me paso las manos por el pelo y respiro hondo.

—La vas a encontrar —me asegura ella, con una sonrisa apenas esbozada.

—Supongo que sí. Que, con este viaje, ya estoy dando el primer paso. Al final, no podía quedarme quieta. Necesitaba moverme, aunque no tuviera claro hacia dónde.

—Te entiendo perfectamente —susurra.

Y sé que es verdad.

—Aunque ahora tienes un lugar al que llegar. Santa Mónica —me recuerda.

—Sí, por una vez tengo un punto marcado en el mapa —digo, esbozando una sonrisa que me sabe a alivio—. Pero, mientras tanto, sigo siendo ese desastre natural. Ya sabes… esa mujer que adora los tornados, las tormentas vistas desde un coche…

Olivia se ríe por primera vez en toda la mañana. Su risa le ilumina los ojos y, de inmediato, siento que estoy a punto de perder la compostura. Otra vez.

—¿Me estás diciendo que viniste conmigo porque sabías que mi vida iba a correr peligro bajo una tormenta? —pregunta, divertida.

—Más o menos. Sabía que ese Mustang no iba a sobrevivir ni media Ruta 66 sin montar algún numerito. Y sabía también que tú ibas a necesitar a alguien que supiera cambiar una rueda, empujarlo en el barro, conectar los cables del motor, discutir con recepcionistas de motel y, en ocasiones, darte un sándwich de pollo.

—Un sándwich de atún, querrás decir —me corrige, sonriendo con picardía.

—Eh, no me lo recuerdes, no seas cruel. Fue un pequeño fallo. Aún no lo sé todo de ti, Olivia —replico, alzando las manos en gesto de rendición—. Además, me debes una razón para que no nos besemos otra vez.

Sus ojos se clavan en los míos, y por un instante se me olvida cómo se respira. No sé si va a reírse, girarse o decir algo para lo que no estoy preparada. Pero entonces parpadea, baja la vista hacia su cuaderno y escribe una línea más. Como si esa fuera su forma de protegerse. De esconder lo que no puede —o no quiere— expresar.

Ya no me aparto, estiro las piernas y cierro los ojos un instante, dejando que el sol me caliente la cara. Porque, aunque ambas estemos haciendo un máster en evitar el tema, lo que pasó sigue ahí. Como una nota suspendida que aún no se apaga.

Y mientras el río continúa su curso, pienso que, tal vez… solo tal vez… no estoy tan perdida como pensaba.



12

Springfield, Missouri.

Esa misma tarde-noche.

Olivia

El parque tiene poco de parque, para qué engañarnos. El Birthplace of Route 66 Roadside Park es más bien una placita modesta que un homenaje apoteósico al inicio de la ruta más famosa del país. Un tanto decepcionante, sí. Y, sin embargo, aquí estoy, con la cámara colgada del cuello, buscando el mejor ángulo entre una réplica del cartel antiguo y una bicicleta *vintage* encadenada a una farola, intentando capturar una fotografía que esté a la altura del artículo.

Riley se ha quedado unos pasos atrás, recostada contra el Mustang como si fuese su bien más preciado. Cruza los brazos, se pone las gafas de sol —aunque el día ya esté muriendo— y me observa con esa sonrisa pícara que me provoca escalofríos, por mucho que no quiera reconocerlo.

—¿Estás posando para que te saque una foto o simplemente presumes de coche? —le pregunto desde la distancia, enfocándola con la cámara.

—Ambas cosas —admite con descaro—. Quiero que me recuerdes así, como una leyenda del asfalto.

—¿Leyenda o temeraria al volante? —bromeo mientras disparo una foto. El obturador suena justo en el momento en que me saca la lengua.

—Temeraria y peligrosa. Lo pone en mi pasaporte —responde al tiempo que se separa del coche con una lentitud provocadora, como si saliera de un anuncio que vas a recordar toda la vida. Luego se estira y deja al descubierto un centímetro más de piel bajo la camiseta. Nada discreto.

Trago saliva. Maldita sea.

—No creo que eso lo regule ninguna administración pública —le digo, fingiendo profesionalidad mientras reviso las fotos en la pantalla de la cámara.

Se acerca despacio. Tanto, que el calor de su cuerpo me alcanza antes que su sombra. Se coloca justo detrás de mí, a escasos milímetros, y el aire entre nosotras se carga de electricidad.

—Déjame ver —susurra, y apoya la barbilla en mi hombro sin previo aviso.

El peso de su cuerpo contra mi espalda me roba el aliento. Intento disimularlo, como si no estuviera a punto de derretirme por dentro.

—Aquí sales sacándome la lengua como una cría de cinco años —comento, ampliando la imagen.

—Mentira. Cinco y medio, como mínimo.

—Claro, una diferencia abismal —ironizo mientras ruedo los ojos.

Sus labios están tan cerca de mi oído que empiezo a temer que mi cuello se encienda en llamas. Suelta una risa deliciosa, cargada de algo que no sé si es complicidad o un desafío evidente. Tal vez ambas cosas. Algo muy propio de Riley Torres.

—¿Y esta? —pregunta, señalando otra imagen. En ella aparece apoyada de lado, con una pierna flexionada, los brazos

cruzados y esa expresión que grita «cuidado, que puedo romper mil corazones y seguir adelante sin mirar atrás.»

—Tienes pinta de fugitiva —comento sin pensar.

—Perfecto. Justo lo que buscaba —replica con satisfacción—. Ideal para el póster de una película *queer* de vaqueras en apuros.

No puedo evitar reír. Y eso la envalentona.

—¿Y tú? —dice de pronto, dándose la vuelta para quedar frente a mí—. ¿No quieres una foto también? Algo digno para recordar este viaje.

—No soy muy de ponerme delante de la cámara, la verdad.

—Ya… porque eres muy misteriosa, seria y profesional —responde, acercándose un poco más—. Pero a mí esas excusas no me sirven. Es parte de las normas no escritas del viaje: las dos debemos tener pruebas comprometedoras.

—¿Comprometedoras, de qué tipo? ¿Saliendo del coche con la camiseta manchada de patatas?

—O haciendo un puchero porque te costó un mundo cambiar de marcha el primer día.

—¡Ese coche es una trampa total! —protesto, casi indignada.

—Claro, claro, te creo —comenta, sarcástica—. Igual que me creo que no te pusiste esa camisa porque sabes que te resalta los ojos…

Miro hacia abajo. El azul reluce sobre mi piel de una manera escandalosamente favorecedora.

—Estás fatal —respondo, dándole un empujón suave con el codo.

—Y tú, guapísima —espeta, sin rastro de burla en la voz.

La risa se me queda atragantada. «No dejes que eso te afecte. No dejes que eso te afecte», me repito.

Ella me observa un segundo más y, sin previo aviso, me arrebata la cámara.

—Vale, ponte ahí —ordena, señalando el cartel de madera—. Te voy a hacer una foto, y no acepto negativas.

—¿Por qué?

—Porque dentro de unos días vas a querer acordarte de este momento. Y yo también.

Me quedo quieta. Por dentro, los nervios me recorren entera. Pero asiento. Me coloco junto al cartel, cruzo los brazos e intento no parecer una figura de cera.

—¡Vamos, Olivia! Relájate. Haz algo sexi.

—¿Sexi? ¡Estoy al lado de un cartel turístico!

—Imagínate que es la portada de tu reportaje: «La periodista que recorrió la Ruta 66 y sobrevivió a la compañía de una conductora temeraria con adicción al sarcasmo».

—Debería ser al revés: «La periodista secuestrada por una loca del volante que duerme en el coche durante tormentas y que es adicta a los Doritos».

—Eso suena a *best seller.* —Me guiña un ojo y dispara justo en el momento en que estallo en carcajadas.

. . .

Pasamos otro rato entre risas y algún intento mío de sacar una toma artística con una pareja de jubilados de fondo, empeñados en hacerse *selfies* sin descanso. Y cuando ya tengo material de sobra —y los pies empiezan a suplicarme un respiro—, Riley sugiere que sigamos conduciendo un poco más.

—¿Hacia dónde? —pregunto, echando un vistazo a las luces de Springfield que comienzan a encenderse como pequeñas luciérnagas en la distancia.

—Confía en mí —responde, como si eso fuera tan sencillo.

Sin embargo, en cuanto noto hacia dónde me lleva, comprendo que no figura en ninguna guía turística. Se trata de un claro a las afueras, donde algunos coches, una furgoneta antigua y un par de motos se agrupan alrededor de una fogata improvisada. Se escuchan risas, guitarras, y el crepitar de la leña.

—¿Qué es esto? —pregunto en voz baja, casi susurrando.

—Gente. Música. Fuego. Y cerveza de la buena —dice Riley, lanzándome una mirada ladeada—. Además, alojamiento gratuito para esta noche, si te convence.

Dudo. No por la hoguera o la gente —que, desde aquí, parecen incluso agradables—, sino por esa inquietud que me atenaza siempre que me alejo de mi zona de confort. De esa Olivia metódica, con reservas confirmadas y una plancha portátil en la maleta.

Pero hay algo en el ambiente que me ablanda. Quizás el olor a madera quemada, quizá las risas contagiosas, o simplemente que Riley aparca, me tiende la mano, me saca del coche sin pedir permiso y, al llegar al grupo, me coloca una cerveza en la mano sin decir nada más. Este sí parece uno de esos puntos en el mapa que cualquier estadounidense debería explorar al menos una vez en la vida.

—Gracias —murmuro, sentándome con ella en un tronco seco junto al fuego.

Aquí, a nadie le importa que no nos conozcamos. Con una mirada basta para sentir que compartimos algo, que podemos ser colegas improvisadas por una noche. El calor de las llamas me sube por los brazos. Riley se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros, como si fuese lo más natural del mundo, mientras yo me aferro a la botella, fingiendo indiferencia mientras el corazón me martillea el pecho.

En algún momento, alguien enciende un altavoz y empieza a sonar una canción suave, con una voz femenina que habla de amor

y riesgo. Una pareja baila descalza sobre la hierba, y el cuadro es tan hermoso que casi duele.

—Vamos —dice Riley de pronto, incorporándose—. Tenemos que bailar.

—¿Qué? No. No, no. Yo no bailo. Soy un peligro público. Tengo la coordinación de un gato borracho.

—Perfecto. Ya sabes que me encantan los desafíos —responde, con diversión.

Antes de que pueda oponer más resistencia, me agarra de la mano. Su contacto es cálido, firme. Y aunque en mi cabeza se agolpan argumentos para negarme, mis pies ya se han rendido. La sigo hasta una zona donde la hierba está más compacta, a un lado del fuego. Riley coloca sus manos en mi cintura, y yo no sé muy bien qué hacer con las mías. Al final, las apoyo en sus hombros, sintiéndome ridícula, como una adolescente en su primer baile escolar.

—¿Lo haces a propósito o qué? —le susurro, avergonzada.

—Tal vez —responde con la voz ronca, cargada de humo, cerveza y algo más—. Tal vez no pueda evitarlo.

Entonces empieza a guiarme con una suavidad que me desconcierta. Cada paso mío, por torpe que sea, lo compensa con elegancia. Cada traspié es contenido por sus manos. Me sostiene. Como si el mundo entero pudiera derrumbarse y no pasara nada mientras estemos bailando.

—No estoy hecha para esto —musito, con una sonrisa apagada.

—¿Para qué? ¿Para dejarte llevar?

—Para que me sostengan.

Silencio. Música. Y Riley. Con sus ojos oscuros fijos en los míos.

—Por esta noche, puedo hacerlo yo —responde. Tan bajito, que casi dudo si lo ha dicho o lo he imaginado.

Y cuando la canción termina, permanecemos quietas, con su frente rozando la mía, al borde de algo que no me atrevo a nombrar. Al borde del abismo. Del deseo. De una sensación tan intensa que me deja sin aire.

Cuando la fiesta llega a su fin, acabamos durmiendo en el coche. Bueno… «dormir» es un decir.

Riley se tumba en el asiento del conductor, con los pies apoyados en el mío, los brazos cruzados detrás de la cabeza, el pelo revuelto y una expresión de paz que me resulta casi ofensiva. Yo me acomodo en la parte trasera, envuelta aún en su chaqueta, observando cómo la luz de la luna se cuela por el parabrisas. No consigo cerrar los ojos. No sé si es por el calor que me sigue ardiendo en la piel, o por el recuerdo de sus manos en mi cintura. La miro en silencio, mientras su respiración se vuelve cada vez más tranquila.

Y, en ese mutismo compartido, lo único que se repite en mi mente como un eco incansable es que ojalá… ojalá me besara de nuevo.



13

Tulsa, Oklahoma.

Sexto día de ruta.

Olivia

No he conseguido dejar de pensar en Riley ni un solo maldito segundo. Y no me refiero a ese tipo de ensoñación obsesiva que tienes cuando eres adolescente —aunque se le parece bastante, teniendo en cuenta que apenas llevamos seis días juntas—. No. Me refiero a cómo su olor se ha quedado grabado en mi piel, a la manera en que su pecho subía y bajaba mientras bailábamos bajo las estrellas, a cómo me sostenía entre sus manos como si quisiera descubrir qué hay más allá de mis ojos y fuera lo más valioso del mundo.

Llevamos casi una hora en silencio. Ella conduce el Mustang con su aire habitual de seguridad, y yo repaso el itinerario mientras los kilómetros se van acumulando bajo las ruedas. O eso creo. Porque en realidad tengo la sensación de que no es el coche lo que avanza, sino mis pensamientos, devorándome por dentro. Sobre todo, cuando observo cómo se le frunce el ceño al concentrarse o la forma en que sonríe cada vez que pasamos por algún paisaje que le gusta.

«Tienes que dejar de pensar en ella. Solo es el resultado de estar juntas todo el día.»

Ella no ha dicho ni una palabra, y yo tampoco he reunido el valor para romper este silencio que empieza a pesar como una losa.

—Voy a hacer una llamada —anuncio, sacando el móvil del bolso.

Riley asiente sin mirarme, y baja un poco el volumen de la música. Una canción de rock sureño, que no reconozco, llena el coche mientras marco el número de David.

—¿Olivia? ¿Dónde demonios estás? —responde con esa falta de tacto que lo caracteriza.

«Ya estamos con sus idioteces.»

—Camino de Tulsa. Todo va según lo previsto, no te preocupes —respondo, aunque la afirmación es una media verdad, porque en realidad nos hemos desviado más veces que una brújula rota.

—Necesito que te ciñas más a la ruta. Te estás tomando demasiadas licencias y esto no es tu diario personal, te lo recuerdo —espeta con su tono habitual—. Ya sabes que a los editores no les interesan las cursilerías.

—¿No era eso precisamente lo que me pediste? —le reprocho —. Si no recuerdo mal, me encargaste una historia viva, con alma, real. No una réplica de lo que ya circula por otras guías o revistas.

—Sí, te pedí eso. Pero sin que perdieras el norte. A partir de ahora, quiero paradas más controladas. Nada de desviarte por capricho ni visitas románticas de último minuto —remata, y siento un nudo apretándose en la garganta. Miro de reojo a Riley—. Tulsa, Oklahoma, Albuquerque… y sigues con el recorrido que te mandé. Y no olvides hablar de arquitectura, contexto histórico y referencias culturales. ¿Queda claro?

Lo detesto un poco más con cada frase. Me enerva que me trate como si necesitara una niñera profesional. Y todavía más que

cuestione mi trabajo con esa superioridad tan suya. Pero al final, asiento como si pudiera verme a través del teléfono.

—Entendido.

Cuando cuelgo y Riley me lanza una mirada fugaz.

—¿Todo bien?

—Sí —respondo, pero el tono de mi voz suena tan tenso como un cable a punto de romperse.

Agarro el móvil con fuerza, hasta que noto el dolor en los dedos. Quiero lanzarlo por la ventanilla. Quiero gritar. Quiero que David entienda que una ruta no se puede contar solo con cifras ni frases bonitas para redes sociales. Que, si eliminas la espontaneidad, las emociones, ¿qué queda? ¿Dónde está la verdad si todo debe ajustarse a un maldito cronograma?

Respiro por la nariz. Una, dos, tres veces. Pero no sirve de nada.

Miro el paisaje. Las colinas nos rodean, la carretera se dibuja perfecta, el cielo está despejado, abierto, inmenso. Todo debería parecerme hermoso, casi cinematográfico. Y, sin embargo, tengo la mente hecha un avispero.

Paso una mano por el cuello, tratando de aflojar la tensión. Pero es inútil. La frustración se me ha instalado en el cuerpo como una segunda piel.

Vuelvo a sentir que me sucede lo de siempre: te prometen libertad, pero enseguida te atan con una correa invisible. Te ofrecen la posibilidad de crear algo único, y en cuanto te sales de lo previsto, llegan los avisos, los tirones de oreja, las llamadas paternalistas.

—¿Quieres que ponga algo de jazz? —pregunta Riley, con ese tono tranquilo que hoy solo consigue alterarme más.

—Pon lo que te dé la gana —mascullo.

Me escucho y no me reconozco. Sueno fría, distante. Nada que ver con la Olivia que bailaba anoche junto al fuego, con el

corazón latiendo en la garganta. Estoy enfadada. Conmigo, sobre todo. Porque, si soy sincera, lo único que deseo es volver a ese instante. Regresar a su abrazo, a sus manos, a su risa en mitad de la noche. Pero ahora, esa versión de mí misma parece lejana. Irrecuperable.

Riley no dice nada más. Cambia la música por algo más suave, y el coche vuelve a llenarse de ese tipo de silencio tan particular que compartimos: cargado de cosas que ninguna se atreve a decir.

Yo me muerdo la lengua. Porque si la dejo libre, va a explotar. Y no quiero arruinar esto. No ahora. No cuando, a pesar de todo, este viaje sigue siendo lo más extraordinario que he vivido en mucho tiempo. Así que me callo. Respiro. Y pienso en lo que toca hacer.

—Vamos a visitar el Woody Guthrie Center —comento finalmente, como si David siguiera susurrándome órdenes al oído.

—Perfecto. Me desvío en la próxima salida —responde Riley, sin girar la cabeza.

—Y también vamos a explorar la arquitectura Art Déco de Tulsa. Así que prepárate para escucharme hablar sin parar y verme hacer fotos durante horas.

—A mí me parece de lo más excitante —responde sin rastro de ironía.

Y, por un momento, todo el aire que tenía atascado en el pecho parece encontrar una salida.

Poco después, Tulsa nos da la bienvenida con su mezcla de clasicismo y nostalgia. La ciudad conserva ese aire de haber sido importante en otro tiempo, como si luchara por no desvanecerse entre el polvo de su propio pasado. Las fachadas Art Déco relucen bajo el sol del mediodía, y cumplimos con lo previsto: sacamos fotos mientras paseamos entre edificios de líneas limpias y geometrías imposibles. Cuando entramos en el centro Woody Guthrie, el ambiente se vuelve más íntimo. Incluso romántico.

Hay algo en la voz que suena por los altavoces, en las letras proyectadas sobre las paredes, que me atraviesa. Que busca en los rincones más escondidos de mi alma para encontrar algo más profundo que la Olivia que comenzó este viaje. Me quedo un rato detenida frente a una vitrina con una de sus libretas, reflexionando sobre lo que significa escribir algo que importe de verdad. Algo que trascienda más allá de las palabras, del papel, del corazón de quien lo escribe.

—¿Estás bien? —pregunta Riley, que acaba de volver de la exposición de discos.

Asiento con un leve movimiento.

—Es difícil no emocionarse con alguien que luchó contra todo a través de sus letras.

—Sí. Aunque a mí me emocionan más otras cosas, la verdad —responde, clavando en mí esa mirada suya. Esos ojos oscuros, intensos, que parecen arder por dentro.

Pero antes de que pueda contestar, su móvil vibra. Una vez. Dos. Tres.

Riley lo saca del bolsillo con rapidez y lo mira. Durante una fracción de segundo, se queda paralizada. Se le borra el color de la cara como si acabara de leer algo que le hubiera hecho trizas el pecho.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, a punto de acercarme.

—No, no te preocupes —dice enseguida, esbozando una sonrisa forzada, incapaz de disimular la tormenta que le sacude por dentro—. Se han equivocado, nada más.

Frunzo el ceño. Miente. Y lo hace mal. Lo delata el gesto con el que se guarda el teléfono, la manera nerviosa con que se aparta un mechón de pelo de la cara. Es una mentira tan evidente que me deja llena de preguntas. Aun así, decido no insistir.

Terminamos la visita con más fotos de las que esperaba y unas cuantas historias que anotar en mi bitácora. Riley sigue

distante, cansada, y decido que lo mejor será parar a comer antes de buscar un motel. Las luces de neón parpadean sobre la carretera, y las camareras del local parecen llevar en ese turno desde hace décadas. Riley pide una hamburguesa, sin bebida ni batido. Yo opto por una ensalada que no me entusiasma, pero el estómago no me permitiría nada más. Nos sentamos junto a una ventana desde la que puede verse cómo la ciudad empieza a apagarse. Hay música suave, olor a café y a frituras. Y, pese a todo, el ambiente me resulta acogedor.

Hasta que noto que tiembla.

—Riley —susurro, al ver que aprieta el tenedor con tanta fuerza que sus nudillos se tornan blancos.

Ella respira hondo, busca la nada más allá del cristal y murmura:

—Voy al baño.

Se levanta con tal brusquedad que tropieza con la silla. La sigo. No porque quiera invadir su espacio, sino porque lo que acabo de ver en su rostro no es normal. La encuentro en el pasillo, encorvada, apoyada contra la pared, respirando rápido, con las manos en las rodillas.

—Eh. Mírame —le pido, acercando mis manos a su rostro. Está fría. Más pálida aún que cuando miró el teléfono.

—Estoy bien —musita, pero su voz es un susurro trémulo.

—No lo estás —replico, con firmeza.

Ella traga saliva. Sus ojos me buscan. Y por primera vez desde que la conozco, no veo a esa mujer arrolladora que siempre parece tenerlo todo bajo control. No veo a la Riley fuerte y decidida. La que tengo delante está asustada.

—No tienes que preocuparte por mí, ¿vale? —susurra, tan cerca de mis labios que podría robarme el aliento.

—Pues yo creo que sí —respondo, sin apartarme.

La contemplo, con detenimiento, tratando de leer cada grieta de su expresión. Tiene los labios entreabiertos, los ojos aún más oscuros que de costumbre, brillando en medio de la penumbra. Me acerco un poco más, porque verla así, al borde de algo que no sé cómo nombrar, despierta en mí un impulso incontrolable de abrazarla. De sostenerla hasta que vuelva a respirar con calma.

—Esto... aquí... —recuerdo, en voz baja.

Ella parpadea con fuerza. Como si mis palabras la hubieran traído de vuelta desde algún lugar oscuro. Como si las hubiera oído por primera vez.

—No es nada. Solo un mal recuerdo. Algo que me ha golpeado sin avisar —susurra.

—No me mientas. Lo he visto. —Le tomo la mano. Está helada.

Y no la aparta.

Ese pequeño gesto me desarma. Es como si me hubiera permitido cuidarla, aunque sea un poco. Como si, de repente, me hubiera concedido el privilegio de acompañarla. Riley se deja cuidar, y eso, en ella, roza lo milagroso. Conozco a ese tipo de mujeres: las que se levantan solas, que no piden ayuda porque aprendieron a no esperarla. Las que se guardan el dolor hasta que un día... simplemente revientan. Y algo me dice que ella está muy cerca de ese punto. Porque yo también lo estuve, y lo recuerdo perfectamente.

—¿Quieres salir un momento a tomar el aire?

Nuestras manos se sueltan con desgana, y salimos del local sin chaquetas, dejando la comida atrás. El aire de Tulsa tiene ese olor metálico que anuncia tormenta. El cielo está cubierto, pero la brisa es más llevadera que el ambiente asfixiante del restaurante.

Nos apoyamos en la pared, a unos pasos de la entrada. Riley cierra los ojos, como si necesitara olvidarse de una pesadilla. Y yo permanezco a su lado. Por si acaso.

—¿Mejor?

—Un poco —dice—. Aunque ahora me siento como una idiota.

—¿Por qué?

—Porque me conoces desde hace menos de una semana y ya me estás viendo desmoronarme. No es muy sexi que digamos, ¿no? —bromea.

La miro de reojo, intentando no sonreír, aunque me está costando horrores. No sé cómo lo hace para sacarse de la manga estas frases tan oportunas.

—¿Quién dijo que la vulnerabilidad no es sexi?

Ella gira la cara, incrédula, y me mira con los ojos bien abiertos.

—¿Vas en serio?

—Por supuesto. Me gustas cuando te ríes. Me gustas cuando conduces como si fueras una estrella del rock venida a menos. Pero también me gustas cuando se nota que eres… humana —confieso, y las mariposas revolotean por mi estómago a modo de advertencia—. Cuando mostramos las debilidades, significa que sentimos de verdad.

Ella me observa, y el viento le mueve algunos mechones sueltos que le caen sobre los ojos.

—No sé cómo lo haces tú —murmura—. Verte siempre tan… firme y segura.

—Créeme, la mayoría de veces parezco una lavadora centrifugando por dentro.

Riley se ríe, y ese sonido me sacude entera.

—Gracias —dice, ahora más seria—. Por no largarte y haberme dejado tirada en el taller cuando te lo pedí.

Frunzo el ceño. Me gustaría que confesara qué le pasa, pero he aprendido a adivinar que Riley tiene sus tiempos.

—No sé si te has dado cuenta —le digo, acercándome a ella—, pero no se me da nada bien huir y meterme de lleno en el peligro.

Ella baja la mirada a mis labios por un segundo. Solo uno. Pero suficiente para que mi estómago se convierta en una revolución.

—¿No?

—No.

El silencio que se forma a nuestro alrededor, es distinto, late con una corriente invisible que nos recorre la piel. Y entonces, Riley da un paso hacia mí. Minúsculo. Pero yo lo noto como si me empujara hacia el borde de un precipicio en el que no me importaría caer.

—¿Y si yo sí lo soy?

—¿Buena huyendo?

—Peligrosa —murmura, tan bajo que casi no la oigo—. Soy un desastre con piernas, Olivia, y no me gustaría arrastrarte conmigo.

«Ya es tarde para eso», pienso. Porque lo hizo cuando me beso en la habitación del motel. Pero en lugar de eso, alzo la mano y le aparto un mechón de la frente.

—Entonces, déjame ser el mapa cuando te pierdas. Al menos, durante este viaje.

Riley cierra los ojos. Y cuando los abre, sé que ya no estamos en el mismo sitio que antes.

—Me lo vas a poner muy difícil para seguir fingiendo que no me importas.

—Perfecto —respondo—. Porque yo tampoco pienso fingir nada.



14

Tulsa, Oklahoma.

Esa misma noche.

Riley

La puerta del motel se cierra a nuestras espaldas con un golpe seco. Olivia está pegada a mí. Literalmente. Me tira de la camiseta con los dedos, y sus labios buscan los míos como si le fuera la vida en ello. Y yo, que siempre he sido una experta en levantar muros para evitar complicaciones —en apostar solo por lo efímero—, me descubro sin defensa alguna. No hay ni una sola barrera que me impulse a detenerme, a retroceder o a dar media vuelta.

Estoy completamente abierta. Expuesta.

Nos reímos entre beso y beso cuando tropiezo con la esquina de la cama, pero ninguna de las dos se detiene. Nada podría frenarnos ahora.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —murmuro junto a su oído, jadeando, mientras recorro su cuello con la boca.

—No. Pero tampoco me importa —responde, y me muerde el labio con esa dulzura letal que me desarma por completo.

La habitación es de lo más cutre. Muy lejos de los gustos de Olivia, desde luego. Pero parece no importarle lo más mínimo. Ni la

alfombra gastada, ni las cortinas con flores marchitas, ni el frío impersonal de unas paredes desnudas. Incluso la lámpara parpadea, como si se rindiera también ante lo que está a punto de suceder. Pero yo no veo nada de eso. No me importa nada que no sea ella. Su piel. El aroma de su perfume. La forma en que tiembla cuando le desabrocho el vaquero y sus caderas buscan las mías.

No hay espacio para palabras. Solo para el calor de nuestros cuerpos y la urgencia acumulada durante días —quizá vidas enteras —.

Olivia me empuja sobre la cama y se sube a horcajadas, tan decidida que se me escapa un gemido ronco al ver ese fuego que normalmente esconde tras su fachada de autocontrol. Ese fuego que solo deja salir cuando cree que no la estoy mirando.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —murmuro sobre sus labios, antes de besarla con tanta hambre que respirar deja de ser una necesidad.

Sus manos me desnudan como si ya conocieran cada centímetro de mi cuerpo. Como si supieran exactamente dónde tocar, cómo hacerlo, cómo abrir en mí lugares que nadie ha logrado alcanzar, sin hacerme daño. Y yo me dejo. Porque si alguien puede tocarme sin romperme, es ella.

Cuando se me escapa su nombre en voz alta, Olivia se queda quieta un instante. Como si no esperara oírlo dicho así, con esa mezcla de deseo y entrega. Después me besa con tanta intensidad que olvido todas las veces que he dicho que esto —esto en concreto — no debía pasar.

«Joder, Olivia.»

Su nombre se me queda pegado al paladar. El colchón cruje bajo nuestros cuerpos, testigo de esta necesidad que arde entre las dos. Sus labios descienden por mi cuello, lentos y húmedos, y mi espalda se arquea antes siquiera de entender lo que está ocurriendo.

No quiero protección.

La quiero a ella.

A esta mujer que me saborea como si cada rincón de mi cuerpo fuera una historia que quisiera leer a bocados. Y cuando su lengua rodea uno de mis pezones y lo succiona con una delicadeza obscena, me arranca un gemido que deja claro que no hay marcha atrás.

Enredo una mano en su pelo, sin pensar, mientras mi cuerpo se mueve con el suyo. Sabe hacia dónde vamos, aunque mi mente ya haya perdido la capacidad de razonar. Olivia se incorpora un poco, con una sonrisa traviesa dibujada en los labios, apoyada sobre mi vientre. Sus ojos brillan de deseo… y de algo más. Algo que me hace tragar saliva sin darme cuenta.

Me acaricia los muslos, despacio, como si pidiera permiso. Pero ya lo tiene. Me tiene entera. Desnuda. Abierta para ella.

—Riley… —susurra, como si no pudiera creerse que estoy aquí. Que soy real.

Y me muero un poco al escuchar mi nombre pronunciado de esa forma.

Cuando su boca roza justo donde más la necesito, desaparece cualquier pensamiento coherente. Solo quedan gemidos. Instinto. Calor. Placer.

Se mueve con lentitud al principio, con una precisión devastadora. Me acaricia el clítoris con la lengua, y luego me penetra con los dedos, haciendo que todo mi cuerpo se tense hasta el límite. Me aferro a las sábanas, alzo las caderas y me dejo llevar, totalmente a su merced.

Porque ella es así. Como una tormenta: arrebatadora, y dulce y mortal como el mejor de los venenos.

Y yo, la imbécil que lleva días deseando ser consumida por ella.

El orgasmo me atraviesa desde lo más hondo, como una ola que lo arrasa todo. Me deja sin aire, temblando bajo su cuerpo. Me

arqueo, gritando su nombre. Olivia no se aparta. Me regala una última caricia que me deja sin fuerzas, y luego se arrastra por mi piel hasta besarme. El sabor de mi sexo en sus labios me abrasa por dentro.

—Ahora te toca disfrutar a ti —comento, aún jadeante, y la giro con más fuerza de la que pensaba que tenía. Se ríe, sorprendida, pero no se resiste.

Me coloco sobre sus caderas y la observo. Olivia, con el pelo enredado, los labios entreabiertos y las mejillas encendidas. Hay algo feroz y tierno en su entrega. Algo que me enciende… y me asusta. Porque cuando este viaje acabe, tendré que dejarla atrás. Y algo dentro de mí ya empieza a gritar que no va a ser fácil. Que apenas nos conocemos. Que ella no tiene ni idea de quién soy realmente.

Ni de lo que arrastro.

Me inclino y empiezo a explorarla como ella me ha explorado a mí. Beso su pecho, acaricio un pezón, luego el otro. Dejo que mis dientes rocen su piel hasta que oigo cómo se le escapa un gemido.

La toco con firmeza, con suavidad después, con reverencia.

Y mientras mi boca desciende poco a poco, la miro a los ojos. Porque esta vez, quiero que me vea. Que sepa que esto no es solo deseo. Que tal vez… sea algo más.

Cuando Olivia se corre, es una sinfonía que querría guardar para siempre en mi memoria. No encuentro otra forma de describirlo. Un temblor que le nace en el vientre, una mano que se aferra a mi hombro, una pierna que me rodea la espalda como si no pudiera dejarme escapar jamás. Y su voz, entrecortada, ronca, pronunciando mi nombre entre jadeos.

Después se deja caer, rendida. Se cubre los ojos con las manos y respira como si hubiera corrido kilómetros solo para llegar hasta aquí. Yo me tumbo a su lado, con el pecho aún agitado, la piel perlada de sudor y el alma hecha trizas.

Gira la cabeza y me regala una sonrisa. Casi tímida.

—¿Estás bien?

No. No lo estoy. Pero le miento con la mejor sonrisa que soy capaz de fingir.

—Sí.

Me besa la mejilla y se acurruca contra mí, con la cabeza sobre mi pecho. Sus dedos, cálidos, acarician mi piel, y sin decir una palabra más, se queda dormida en cuestión de segundos. Dios, hasta sus ronquidos suaves me parecen adorables. Yo me quedo despierta, mirando el techo, escuchando el ritmo pausado de su respiración mientras mi cabeza se convierte en una ruina absoluta.

. . .

La habitación está en silencio. Y es entonces, solo entonces, cuando me doy cuenta de lo que he hecho.

Olivia duerme, medio envuelta en las sábanas, con el pelo desordenado y una mano extendida hacia mí. Respira con calma, todavía tiene los labios enrojecidos y una expresión tan serena que me dan ganas de arrancarme esta sensación de cuajo.

Me siento en el borde de la cama, con la sábana cubriéndome a medias, mirando fijamente un punto muerto en la pared, como si pudiera encontrar allí alguna respuesta. Pero no hay ninguna. Solo esta especie de vértigo constante. Como si estuviera cayendo sin freno, atrapada en mis propios problemas.

Esto no debería haber ocurrido. Joder. No con alguien como ella. No con una mujer tan absolutamente maravillosa.

Con cualquier otra me habría desahogado sin más, para desaparecer después y convencerme de que no había significado nada. Pero desde que discutimos por esa maldita bolsa de Doritos, supe que Olivia no es una mujer cualquiera. Y que lo que ha

pasado… ha significado demasiado para mí. Aunque ahora me gustaría fingir que no.

Porque no soy de promesas, ni de las que duran con alguien mucho tiempo. Aunque ambas sepamos que este viaje tiene fecha de caducidad. No soy de vínculos reales. Soy de las que huyen cuando todo se complica, cuando alguien quiere acercarse más de lo que estoy dispuesta a permitir.

Me inclino hacia atrás y la observo una vez más. Su espalda desnuda. La curva suave de su cintura. Esa tranquilidad que yo nunca he sabido llevar en el cuerpo. Quiero besarla otra vez. Despertarla con caricias y decirle que no me arrepiento. Pero también deseo marcharme antes de que abra los ojos, antes de ver en ellos la pregunta inevitable: «¿Y ahora qué?»

«¿Y tú, Riley, dónde coño piensas ir?»

Me paso una mano por la cara, intentando ordenar el caos que tengo en la cabeza. Pero lo único que consigo es remover la tormenta. Mis pensamientos se agitan como un mar sin orilla, sin calma posible.

El móvil vibra en el suelo. Me inclino para recogerlo, procurando no hacer ruido.

Número desconocido: No vas a poder desaparecer para siempre.

Otro mensaje. Otra amenaza velada, otra advertencia que me hiela la sangre. Leo las palabras una a una, y la garganta se me cierra. Una corriente eléctrica me recorre la espalda.

Bloqueo la pantalla. Me levanto. Entro al baño y cierro la puerta sin encender la luz. Apoyo la espalda contra los azulejos, dejando que el frío se me clave en la piel. El espejo refleja apenas una sombra, pero sé perfectamente quién está ahí. La mujer que arruina todo lo que toca. La que nunca ha sabido mantener intacto nada bueno.

«No puedo permitir que ella caiga en esto.»

Me ducho en silencio. El agua no me limpia lo suficiente.

Cuando salgo, Olivia sigue dormida. Me meto en la cama con cuidado, sin hacer ruido. Cierro los ojos e intento respirar con normalidad. Intento no pensar en el mensaje. En lo que puede ocurrir en los próximos días. Porque, aunque me gustaría engañarme, sé que esto me va a explotar en la cara más pronto que tarde. Solo espero que, cuando suceda, ya hayamos llegado a Santa Mónica, y que ella, ya no esté conmigo.



15

Tulsa, Oklahoma.

Séptimo día de ruta.

Olivia

Me despierto con el cuerpo enredado entre las sábanas revueltas y con la sensación de que el universo ha dejado de empujarme contra un muro sin salida. Durante unos segundos —largos, deliciosos y, a la vez, engañosos—, no pienso en absolutamente nada. Simplemente respiro en calma, acompañada por la luz que se cuela por las rendijas de la persiana del motel, donde un murmullo lejano de coches circulando me hace compañía. Siento una calidez en el cuerpo que no es solo física, y que se desvanece por completo cuando estiro la mano y noto que el colchón está… vacío.

La paz momentánea que me invadía se esfuma, dejándome helada y con las dudas empezando a asaltarme.

Me incorporo de golpe. La habitación permanece en silencio, y veo mi camiseta tirada en el suelo, junto a la mochila apoyada contra la silla. Todo sigue aquí —incluso su perfume flotando en el aire—, excepto ella.

Durante un instante me siento como una idiota al darme cuenta de que esto no ha sido más que un simple viaje en el que conocí a una mujer misteriosa —aunque altamente atrayente—, con

una inclinación evidente por desaparecer. Estaba claro que, en algún punto del camino, se esfumaría con la misma facilidad con la que irrumpió en mi vida: sin permiso, sin previo aviso. Y más aun teniendo en cuenta que apenas sé nada sobre ella.

—No creo que haya hecho esto… —murmuro, por mucho que mi corazón insista en lo contrario.

Aunque, siendo sincera, no sé por qué debería sentirme mal. «Solo hemos sido dos compañeras de viaje».

Me levanto y me enrollo la sábana alrededor del cuerpo mientras me acerco a la puerta. Justo cuando apoyo la mano en el pomo, este gira desde el otro lado. Riley entra con una bolsa de papel en una mano, el pelo alborotado, una sonrisa encantadora y dos cafés en vasos de cartón que huelen a gloria bendita.

—¿Pensabas salir así, tal cual? —pregunta, alzando una ceja y mirándome como si me conociera de toda la vida, o como si no supiera que tengo el corazón al borde del colapso.

—¿Y tú pensabas avisarme en algún momento de que habías salido a por el desayuno? Lo de ser enigmática te lo estás ganando a pulso…

—Lo justo para mantenerte en vilo. —Me tiende uno de los cafés—. Y porque temía que te despertaras con hambre y decidieras devorarme a mí —bromea.

Se me eriza la piel al instante.

—Pues ahora ya llegas tarde —le contesto, dándole un sorbo al café mientras la observo. Lleva una camiseta negra ajustada que deja al descubierto su ombligo, y un pantalón vaquero con el que bien podría escapar del país si fuera necesario.

Pero lo que más me atrae es ver uno de sus tatuajes en el costado —como si no lo hubiese recorrido con los labios hace apenas unas horas— y esa sonrisa capaz de convertir esta habitación en un horno. Nos sentamos en la cama con el desayuno entre nosotras. Hay donuts, algo que parece un cruasán aplastado, un par de

tostadas… Y aunque sea barato y caótico, he de admitir que me sabe como el mejor manjar.

—¿Eres de ese tipo de chicas? —pregunto, sin meditarlo demasiado. Al hablarle, levanta la vista y se guarda un mechón de pelo detrás de la oreja—. De las que pasan noches como esta.

—Como escribirías tú, echemos la culpa a la magia del viaje.

Alzo una ceja y Riley me observa como si acabara de leerle el pensamiento.

—¿Por qué pones palabras en mi boca?

—Porque estoy convencida de que lo has pensado, y que ya lo has escrito en tu diario de viaje —replica, encogiéndose de hombros —. Así que, para responder a tu pregunta: sí. A veces me dejo llevar por esa clase de… magia.

Abro la boca, pero no consigo articular palabra. No porque me haya dejado sin argumentos —aunque también—, sino porque no me esperaba una respuesta tan natural. Como si lo de anoche hubiera sido tan trivial como compartir una cerveza o cruzar una calle.

Siento cómo se enciende en mí una chispa de ganas de contradecirla. Pero se me pasa rápido, porque entonces ella me lanza un trozo de cruasán y sonríe como si el mundo entero fuera suyo.

—¿Vas a comer algo o no?

—¿Hablamos del desayuno o de ti? —replico, arqueando una ceja.

Riley suelta una carcajada que debería estar prohibida a estas horas de la mañana, sobre todo después de la manera en la que anoche sonrió sobre mí. Su pelo despeinado tiene un aire ridículamente sexi y vuelve a centrarse en la comida como si alguien pudiera arrebatársela. Mientras tanto, yo me aferro al café con un suspiro. «La vida no me da ni un respiro».

—Pareces más tranquila —comento, intentando disipar la tensión que flota en el ambiente.

—Culpa del azúcar. Me ablanda el carácter —responde, mordiendo el cruasán con una lentitud que juraría hace a propósito.

—¿Y qué más consigue ese efecto? —quiero saber sin detenerme a pensar.

Me mira con intensidad, como si estuviera decidiendo entre besarme otra vez o subirse al Mustang y desaparecer, dejándome sin respuestas. La tensión entre nosotras es absurda. Como una cuerda tensa que nadie se atreve a cortar, pero que está a punto de romperse sola.

—¿De verdad quieres saberlo?

Asiento, aunque sé que estoy jugando a un juego que me supera. Ella deja el café en la mesilla, se inclina hacia mí con la calma felina de una pantera que ha detectado su presa, y me aparta una miga del labio inferior con el pulgar. Luego, con voz apenas audible, susurra:

—Una ducha caliente. Un polvo decente. Y las mujeres que me dan guerra.

Mi garganta emite un sonido extraño y, por un instante, creo haberme quedado sin oxígeno, víctima de un colapso generalizado de todas mis funciones vitales.

—¿En ese orden?

—En realidad, soy bastante generosa. Podría adaptarme según la situación —responde con una sonrisa—. Tú pareces de las que necesitan discutir primero y luego… todo lo demás.

—Y tú pareces de las que desaparecen antes de comprobar si merece la pena discutir.

—Exacto. Por eso nos llevamos tan bien.

Rompemos a reír, pero en el aire sigue flotando esa tensión latente, esa electricidad sutil que podría disiparse con mis labios

sobre los suyos, sus manos recorriéndome… Una energía estática que anticipa, sin decirlo, la posibilidad de repetir lo de anoche, sin necesidad de palabras ni planificación.

—¿Tienes planes para hoy, además de dejarme emocionalmente descolocada? —pregunto, dejando el vaso de café sobre la mesilla.

—Sí, volver a la carretera, después de conseguir que vuelvas a vestirte —aclara mientras se acerca y roza mis labios con los suyos —. Me cuesta un mundo concentrarme cuando estás envuelta en una sábana.

—La culpa es tuya. No me dejaste la ropa en condiciones, y la maleta sigue en el coche. En la mochila no llevo ropa limpia.

—Supongo que tendré que ir a por ella.

La miro de reojo, fascinada por ese aire despreocupado que la hace terriblemente atractiva, aunque siempre detecto algo más detrás. Una especie de incertidumbre constante que intenta disimular cada vez que sonríe.

—¿Vamos a seguir hablando con rodeos o vas a decirme lo que realmente piensas?

Riley se vuelve hacia mí, apoya la cabeza contra la pared y me observa con esa media sonrisa con la que siempre consigue salirse con la suya sin necesidad de moverse.

—Lo que pienso… —musita, acercándose de nuevo— es que anoche fue divertido. Podría haber regresado al coche después, pero me apetecía quedarme un poco más contigo.

Trago saliva. «Buena jugada, Riley».

—Así que… —añade mientras se pone en pie y se estira de una forma tan deliberadamente sensual que resulta escandalosa—. ¿Vamos a la ducha o directas al Mustang?

—¿Y si elijo las dos? —respondo con malicia.

—Justo lo que tenía en mente.

Me dedica un guiño y se da la vuelta camino del baño. La escucho tararear mientras abre el grifo y el sonido del agua llenando la ducha me hace dudar entre reír o seguir conteniendo la respiración. Esta mujer tiene la habilidad de hacerme sentir como si todo fuera un juego… incluso cuando sé que yo acabaré siendo la que pierda.

Recojo los restos del desayuno con los nervios cosquilleándome el estómago. Me siento ridícula por notarme tan ligera, tan… bien. Como si lo de anoche no hubiera sido un error ni fruto del calor, el cansancio o las ganas acumuladas. Y eso es lo que me asusta de verdad.

Pero no pienso darle poder a mi cabeza. No todavía.

—¡Olivia! —me llama desde el otro lado de la puerta—. ¿Vas a venir o ya te has echado atrás?

Empujo la puerta con dos dedos. El vapor se escapa como una invitación descarada. La silueta de Riley tras la cortina es pura poesía. Un poema de curvas imposibles.

—Ya voy —respondo. Dejo caer la sábana al suelo y entro con ella en la ducha.

—Pensaba que te habías acobardado —dice con voz suave.

—Aún no he visto nada que me dé miedo.

—Dame tiempo.

Ese comentario me arranca una sonrisa, como tantos otros que me ha lanzado desde que nos conocimos. El agua resbala por su espalda y se me escapa un suspiro —poco digno, lo reconozco—, antes de que me asalte una idea. Si esto sigue así, este viaje va a convertirse en un problema. Y Riley, en la tentación constante que no podré quitarme de la cabeza.



16

Sapulpa, Oklahoma.

Un rato después.

Olivia

Hemos hecho una parada improvisada, una que probablemente lamentaré cuando David se entere y decida fastidiarme el artículo, pero el entusiasmo de Riley fue tal que no pude negarme. Especialmente porque sus ojos brillaron de una forma que no le había visto en todo el viaje. Brillaron como si, de repente, su corazón hubiese encontrado un nuevo latido, como si algo —por pequeño que fuera— la atase por fin al mundo. Y eso bastó para que le dijera que sí.

Ahora camina unos pasos por delante de mí, cruzando el aparcamiento del Heart of Route 66 Auto Museum —un lugar imprescindible para cualquier amante de los coches—, con esa forma de andar segura, algo altiva, como si hiciese suyo cada espacio que la rodea. Lleva las gafas de sol colgadas del escote de la camiseta negra, el pelo revuelto por el viento, y cuanto más la observo, más consciente soy de que su cuerpo me grita cosas que no debería estar escuchando.

Se apoya en el marco de la puerta de entrada y espera, sin prisa, como si disfrutar de mi mirada fuese parte del plan. «O tal vez

simplemente le gusta que no le quite los ojos de encima». Me acerco y ella sonríe, ladeando ligeramente la cabeza.

—¿Preparada para empaparte de historia americana de la buena?

—¿Eso es lo que estamos haciendo? ¿Una clase magistral?

—Tú tomas notas, yo conduzco —responde con un guiño mientras se muerde el labio inferior.

Si continúa así, voy a acabar muriéndome del calentón.

Entramos y el aire acondicionado del museo nos da de lleno. Me froto los brazos por instinto, mientras Riley ya se ha plantado delante de un Ford del 56 con la expresión de una niña que acaba de abrir su regalo de Navidad.

—¿Tienes algún favorito? —pregunto al ponerme a su lado.

—Ese de ahí. El Chevrolet Bel Air del 57. Míralo, arte en estado puro. Jazz a cuatro ruedas, en tu idioma. Es… —Se muerde el labio de nuevo, conteniéndose para no decir alguna barbaridad—… lo más parecido a una buena noche de sexo.

Se me escapa una carcajada, espontánea, imposible de reprimir. Dios, cómo me hace reír. Y al mismo tiempo, cómo consigue desarmarme.

Nos acercamos al coche y la veo pasar la mano por la línea del capó con delicadeza, casi con veneración, como si estuviese saludando a un viejo amigo. Hay una intensidad distinta en su gesto, en la manera en que recorre el metal frío.

—¿Sabes? Los coches han sido mi pasión desde que era una cría —declara sin mirarme directamente—. Aprendí todo sobre ellos y sobre mecánica junto a mi hermano.

Su frase me pilla por sorpresa. Es la primera vez que lo menciona en todo el viaje.

—¿Ah, sí?

Asiente en silencio, sin apartar la vista del vehículo.

—Él era de los que desmontaban las cosas solo para ver si luego podían volver a montarlas. Y yo, con nueve años, ya era su sombra —añade encogiéndose de hombros. Ojalá pudiera verle bien el rostro ahora mismo—. Como mi padre no me dejaba, me colaba en el taller cuando él estaba, le alcanzaba las herramientas, me manchaba de grasa sin saber muy bien lo que hacía. Hasta que comencé a entender cómo funcionaban los motores. Qué piezas encajaban. Cuáles no.

—Parece que te gustaba de verdad.

—Era el único lugar donde sentía que valía para algo —responde, y su voz suena tan cruda que se me encoge el alma—. Donde me sentía… libre.

La miro durante unos segundos, sin decir nada. Tiene la mandíbula apretada, y sé que algo se ha roto dentro de ella al contarme esto. Una herida que, por lo visto, aún no ha cicatrizado del todo.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—¿Mantienes el contacto con tu hermano?

—Nunca estuve destinada a formar parte de una familia feliz.

Pienso en todas las veces que yo misma permití que las distancias se convirtieran en muros. En mi madre, en mi padre. En esa sensación punzante de querer retroceder en el tiempo y remendar todas esas cosas que nunca llegamos a decirnos.

Le cojo la mano y la acaricio con la mía. Es un gesto sencillo, incluso torpe, pero Riley se queda quieta. Sus dedos tiemblan levemente, como si ese calor la pillase por sorpresa.

—Siento que tu vida haya sido tan difícil —musito.

—No soy amiga del papel de mártir —replica, aunque esta vez su tono carece del sarcasmo habitual. Tal vez esté cansada de fingir que nada le afecta.

Permanecemos así unos instantes. Ella con la mirada clavada en el coche; yo, acariciándole la piel con el pulgar. Hasta que Riley se aparta como si el poco espacio que había entre las dos empezara a quemarle.

—Vamos, antes de que empieces a soltarme frases románticas —bromea con un guiño. Y aunque su sonrisa vuelve, percibo que aún está algo forzada.

El resto de la visita lo paso entre los reflejos metálicos que me ciegan a ratos. Hay algo casi mágico en contemplar tantos coches antiguos juntos, tan distintos entre sí, todos con tanta personalidad. No es que entienda gran cosa de mecánica —en realidad, apenas nada—, pero es fácil dejarse arrastrar por la sensación de estar rodeada de algo importante.

Riley se mueve por delante de mí, con las manos en los bolsillos, los ojos iluminándose cada vez que reconoce un modelo. Camina entre los vehículos como si fuesen viejos conocidos, tocando algunos con cuidado, incluso con ternura. Se detiene ante un Pontiac y lo inspecciona por dentro; murmura algo frente a un Mustang Fastback del 66. Y me doy cuenta de que no puedo evitarlo; observarla más a ella que a los propios coches.

Y es que me resulta… fascinante. No solo por cómo se le sube la camiseta cuando se agacha, o por cómo le cae el pelo cuando gira la cabeza. Es su pasión. La forma en que habla de motores, como si recordara tardes enteras con las manos llenas de grasa, con música antigua de fondo y algún recuerdo familiar flotando en el ambiente. Y aunque no lo diga en voz alta, sé que este lugar significa algo para ella. Lo percibo en sus gestos, en la tensión que se le dibuja en los hombros cada vez que se detiene ante ciertos modelos.

Puede que no entienda de motores, pero sí de silencios y de esa expresión brillante en los ojos.

Me pregunto cuántas vidas habrán pasado por ellos, cuántas promesas incumplidas —y cumplidas— habrán en su interior, cuántos besos dados en asientos traseros, cuántas huidas a media noche. Me

dejo envolver por ese mundo con olor a cuero viejo y gasolina, y por primera vez me dan ganas de entenderlo mejor.

Solo por conocerla un poco más.

. . .

Salimos del museo al cabo de un rato y el calor de Oklahoma nos da la bienvenida como una bofetada cargada de humedad. Riley se quita la chaqueta y la lanza en el asiento trasero del Mustang. Yo me subo y me dejo caer, todavía procesando todo lo que acaba de pasar.

En la carretera, ella va conduciendo con un brazo apoyado en la ventanilla. El sol le acaricia la piel tostada y deja al descubierto un tatuaje que no había notado con tanto detalle hasta ahora: es una rosa mecánica, de líneas finas y elegantes, tatuada en el interior del bíceps. Los pétalos son rojo burdeos, casi del color del vino, y están entrelazados con pequeñas piezas de engranaje en tonos cobrizos y dorados, como si el corazón de la flor estuviera hecho de acero. Fuerte y bello. Suave por fuera, indestructible por dentro.

—¿Ese tatuaje tiene alguna historia? —pregunto, sin poder evitarlo.

—Como todos lo que me he hecho —responde sin apartar la vista de la carretera y después, asiente—. Es una rosa que no se marchita. Me la hice cuando decidí que no iba a romperme nunca más.

Siento un escalofrío, uno de esos que recorren la columna vertebral y se instalan en lugares que no debería. Y mientras avanzamos por la autopista, el silencio entre nosotras se llena de algo nuevo. No solo de atracción, o de tensión. Es algo más. Algo que no sé cómo poner en palabras, pero que empieza a tomar forma dentro de mí.

Miro de reojo a Riley.

Ella gira un segundo la cara y me lanza una sonrisa pícara.

—¿En qué piensas?

—En ti, probablemente más de lo que debería.

Ahí está. Ese brillo en sus ojos. Esa forma en la que su mano roza la mía, fugaz, mientras cambia de marcha. Y el mundo, se vuelve distinto delante de mí.

Bitácora de viaje | Día 7 – Sapulpa, donde los coches cuentan historias

Hoy, siguiendo un impulso —y una mirada imposible de rechazar—, acabé en el Heart of Route 66 Auto Museum, rodeada de motores antiguos y recuerdos que huelen a asientos de cuero y libertad.

No es solo un museo para los amantes del motor; es un refugio de historia americana con ruedas, donde cada coche parece guardar secretos de una época donde las carreteras eran el camino más directo hacia los sueños. Entre esos gigantes de acero, encontré algo que no esperaba: una historia que no era mía, pero que me atravesó como si lo fuera.

Porque, a veces, hay personas que no necesitan hablar para decirlo todo. Basta una mirada al interior de un Chevrolet del 57 o el roce de una mano sobre el capó para entender que ese lugar fue, alguna vez, un hogar. Un hogar hecho de motores rugiendo, de hermanos compartiendo herramientas y de corazones que se niegan a oxidarse. Vi una rosa mecánica tatuada en el brazo de alguien que no se deja marchitar. Roja, hermosa, imparable. Y pensé que, si alguna vez escribo sobre la fuerza real, será con forma de flor.

Dicen que la ruta te cambia. Pero lo que no dicen es que, a veces, no es la carretera… sino la personas que te encuentras en el camino.

—O.R.



17

Amarillo, Texas.

Esa misma noche.

Riley

Esta parada formaba parte del plan. La teníamos marcada en el mapa con rotulador rojo y una estrella al lado, como si ese símbolo pudiera convertirla en algo memorable. Pero nadie nos advirtió de que esta noche iba a ser diferente. Que el estómago me dolería por razones que nada tienen que ver con las horas de carretera que hemos dejado atrás, ni con la cena que nos espera cuando por fin terminemos en algún restaurante.

Llegamos justo cuando el cielo empieza a teñirse de un naranja apagado, y el calor no afloja ni siquiera con la caída del sol. La ciudad nos recibe con entusiasmo a pesar del cansancio que arrastramos. A nuestro alrededor parpadean las luces y se respira ese aire de «te reconozco, aunque nunca te haya visto» que tienen ciertos lugares. Es el tipo de sitio que no te pregunta de dónde vienes; solo si vas a quedarte un rato entre sus calles.

—Joder, me muero de hambre —mascullo, estirando el cuello hasta oír cómo mis músculos protestan.

—Siento haberme terminado la última bolsa de Doritos.

—Sabía que acabarías enganchándote —confieso, con una sonrisa socarrona.

—Sí, ya puedes declararte más que culpable —replica, encogiéndose de hombros.

Olivia también se estira y luego se abanica con una guía turística doblada por la mitad. Lleva un buen rato más callada, seguramente perdida en los siguientes pasos del itinerario.

—Ahí, para ahí —dice de repente, señalando con el dedo una fachada iluminada con neones rojos. Big Tex's Grill & Bar.

No puede ser más cliché, y aun así me arranca una sonrisa.

—Tú eligiendo un sitio típico de Texas… me gustas cada vez un poco más, princesa.

Olivia da un manotazo en el brazo y después niega, sin perder esa bonita sonrisa que la ha acompañado durante las últimas horas.

Aparcamos y salimos del coche como si nuestras piernas hubiesen olvidado cómo sostenernos. El calor sigue pegado a mi piel, pero al entrar en el local y sentir el golpe del aire acondicionado, casi me emociono.

—¡Vaya, cuánto tiempo…!

La exclamación me obliga a mirar tras la barra. Me quedo boquiabierta al ver a la mujer que me dedica un guiño. Lleva una coleta alta, labios rojo escarlata y ese andar felino que no ha cambiado ni un milímetro. «¿Qué demonios hace aquí?». Su sonrisa se ensancha como si acabara de encontrar un billete de cien en el fondo de un pantalón olvidado, y no tarda en dejar lo que tenía entre manos.

Lo siguiente que hace es tomarme del brazo, con esa familiaridad que no se borra ni con los años. Sus dedos siguen siendo igual de firmes, igual de eléctricos.

—Cass… —susurro, intentando no sonar tan culpable como me siento. A mi lado, noto cómo Olivia se queda literalmente paralizada.

—Pensé que no volvería a verte —admite Cassie, examinándome con esa lentitud deliberada. Sé que lo hace a propósito. Y en seguida detecto ese interés genuino que mostró desde el primer momento en que nos conocimos.

—¿Qué te trae por aquí?

—Solo estoy de paso. Un viaje improvisado —respondo, tropezando con las palabras.

—Ya veo —murmura, dejando que su mirada se deslice hacia Olivia. Su sonrisa se afila de golpe—. ¿Y tu acompañante?

—Es periodista de…

Olivia da un paso al frente.

—Me llamo Olivia. Estoy escribiendo un artículo sobre la Ruta 66 para la revista de viajes en la que trabajo —explica, tendiéndole la mano con esa educación impecable y algo punzante que usó también el primer día que nos conocimos.

Cassie le estrecha la mano con lentitud. Joder, las chispas que se generan entre las dos podrían incendiar el local.

—Encantada de conocerte, Olivia —dice con una sonrisa forzada—. Nunca imaginé que vería a Riley viajando con alguien tan…

—No todo son tatuajes y rock de los 80 —la interrumpo antes de que remate la frase.

No me gusta nada cómo la examina. Cassie ladea la cabeza y, por un segundo, pienso que va a soltar alguna pulla. No me equivoco.

—No todo son tatuajes y rock de los 80, no —repite con una mueca burlona—. Pero admito que no te imaginaba con alguien que parece sacada de un catálogo de *brunchs* del propio Manhattan.

Su tono no es hiriente, pero sí lo bastante cargado como para que me entren ganas de cerrarle la boca.

—Y yo no esperaba encontrarme con alguien fiel a su uniforme de chica rebelde de los noventa, pero ya ves… la vida está llena de sorpresas —responde Olivia sin perder la sonrisa ni alterar su tono.

«Joder».

Cassie suelta una carcajada. Lejos de incomodarse, parece disfrutar del duelo verbal que se está formando entre nosotras. Se cruza de brazos y nos observa como si acabara de descubrir el mejor culebrón de la tarde.

—Vale, vale. Me rindo. Aunque… —Me mira de nuevo, con las cejas enarcadas—, de verdad, Riley. ¿Tú y ella? No es por ofender, Olivia, pero no os pega ni el horóscopo.

—Bueno, ya sabes lo que dicen —respondo sin pensar demasiado—, los polos opuestos se atraen.

Olivia me lanza una mirada que no logro descifrar del todo. Como si, en su mente, hubiera trazado una línea imaginaria entre Cassie y ella, y encima hubiese colocado un cartel de «ni lo intentes». ¿Acabo de dar a entender que entre nosotras hay algo real?

«Joder, estoy perdida».

—Venid, que os busco una mesa —añade Cassie mientras retrocede un paso, gira sobre sus botas de suela dura y nos guía entre las mesas—. La de la esquina está libre. Tiene buena vista del local… por si queréis despellejarme a gusto.

Mientras ella se aleja en busca de las cervezas, Olivia se sienta frente a mí y apoya los codos sobre la mesa. Sus ojos recorren el lugar con esa mirada crítica que ya conozco bien. Pero esta vez no evalúa la decoración ni busca detalles para su artículo.

—¿Es tu ex? —pregunta con un tono excesivamente casual. Demasiado calculado.

—Más bien un «lo intentamos y casi incendiamos la ciudad en el proceso». No tenía ni idea de que se hubiese mudado a Amarillo.

Ella asiente en silencio, presionando los labios como si contuviera un comentario. Pero no lo suelta. En lugar de eso, baja la mirada hacia el suelo, y ese gesto me inquieta más que cualquier reproche.

Cassie regresa con dos cervezas frías y las deja sobre la mesa.

—Invita la casa —anuncia. Luego se inclina hacia mí, bajando la voz—. Me debes una canción en el karaoke, por cierto.

—Eso fue hace siglos —respondo sin pensar.

—Y aun así sigo esperando que pagues tu apuesta —replica con una sonrisa ladeada, antes de alejarse y desaparecer tras la barra.

Cuando alzo la vista, Olivia me observa. No tiene expresión de juicio, pero hay algo distinto en su mirada. Como si se hubiera enfundado una armadura desde que cruzamos la puerta. Y lo peor es que no sé si se debe a Cassie… o a mí.

«Es verdad, somos demasiado distintas».

—¿Seguro que quieres dormir aquí esta noche? —pregunta mientras le da un sorbo a la cerveza.

—¿Aún no confías en los moteles con neones medio fundidos?

—Confío más en dormir en el coche, con las puertas bien cerradas —responde, sarcástica.

Sonrío, pero no contesto.

No tengo claro si esta noche acabará en este silencio espeso o en otra confesión que me desarme por completo. Lo único que sé es que Olivia no se parece en nada a Cassie. Y que, por algún motivo que aún no sé cómo explicar, eso me gusta. No, me encanta.

. . .

Nos hemos comido dos hamburguesas casi en silencio, como si volviésemos a ser dos desconocidas que se cruzaron hace una semana en un taller olvidado. Por más que he intentado sacar tema de conversación, Olivia ha mantenido los ojos fijos en Cassie. En su forma de sonreír a los clientes, en la soltura con la que se mueve por el local, y también en los guiños que me ha dedicado desde la barra.

Con el estómago lleno y listas para marcharnos, Olivia me permite pagar a medias —y sospecho que ya solo me queda un dólar— y se encamina hacia el coche.

—¿Y qué hacéis por aquí? —pregunta Cassie justo cuando estoy a punto de seguirla.

—Turismo… —miento sin pestañear.

—Así que, al final, vuelves a casa.

«Mierda, no debería haberle contado aquello».

—Te dije que era importante para mí… hacerlo algún día —le recuerdo.

Cassie asiente, pero su expresión cambia por completo. La seducción se transforma en respeto. Tal vez incluso en algo parecido a la compasión. Y eso me remueve por dentro, porque me hace sentir… vulnerable.

—Ten cuidado, Riley. No me gustaría enterarme de que has vuelto a echar por tierra otra posible relación por tus eternos fantasmas.

—Descuida, lo tengo todo bajo control —miento con una sonrisa forzada.

He ignorado durante toda la noche las vibraciones del teléfono en el bolsillo. No sé por qué, pero sé que no me traerán nada bueno.

Sin volver la vista atrás, salgo al calor húmedo de Amarillo y descubro que el silencio entre Olivia y yo sigue pesando, cada vez más. Al llegar al coche, ella lanza un suspiro tan largo que me entran ganas de empotrarla contra la puerta solo para que vuelva a

jadear por las razones correctas. Pero me contengo, y nada más sentarme enciendo el motor.

El maldito teléfono vibra otra vez. Lo saco y, al leer el nuevo mensaje, el corazón se me dispara.

> **Número desconocido:** Por mucho que quieras huir, no vas a poder perdernos la vista. Ándate con ojo.

Me quedo helada. Olivia me mira de reojo.

—¿Va todo bien?

—Sí —respondo, ocultando el móvil sin abrir del todo la conversación.

Porque no. No va bien. Nada va bien. Pero no puedo decirle por qué. Porque si lo hiciera, nunca llegaríamos a Santa Mónica. Y ahora mismo, Olivia es lo único que me queda.

—Vamos al motel —dice al fin.

Piso el acelerador y, mientras nos alejamos, las luces de Big Tex's se van haciendo cada vez más pequeñas en el retrovisor. Y lo sé. Este viaje acaba de cambiar de rumbo.

Otra vez.



18

Amarillo, Texas.

Unos minutos después.

Olivia

Definitivamente, Cassie no me ha gustado nada. Y no, no es por lo guapa que es, ni por esa sonrisa que parece diseñada en un laboratorio para que cualquiera a su alrededor pierda el hilo de la conversación. Tampoco es por ese aire de «yo estuve aquí antes que tú» que se ha notado con solo dos frases. Aunque, para qué engañarme, probablemente también influya. Pero lo que más me ha molestado ha sido la forma en la que me ha mirado. Como si supiera más de lo que debería, como si tuviera clarísimo que yo no encajo aquí. Ni mucho menos con alguien como Riley.

Hemos salido del bar con el estómago lleno y una tensión que todavía no he conseguido digerir. La noche en Amarillo es cálida; el aire huele a asfalto caliente y a esa sensación que me recuerda lo lejos que estoy de casa. Miro hacia el cartel de neón del motel. Parpadea como si estuviera en las últimas, y yo… solo deseo una ducha larga y una cama donde perderme unas cuantas horas.

—¿No había otro sitio mejor? —pregunto en cuanto veo que Riley se dirige sin titubeos hacia la recepción del Cactus Inn, donde

el cartel de «habitaciones disponibles» cuelga torcido, como casi todo aquí.

—¿Qué pasa? Es barato y reina el silencio. Para mí eso equivale a cinco estrellas —responde, sin molestarse en mirarme.

Yo sí la miro. De hecho, me he pasado todo el camino observándola, notando cómo se aferraba al volante con los nudillos blancos. Y aunque su rostro esboza una de esas sonrisas que pretende convencer al mundo de que todo está bien, yo siento que no lo está. Cassie ha dejado un regusto amargo en el ambiente. Y no es por celos —porque no, no estoy celosa—, sino por la incomodidad que ha generado. La incomodidad de saber que hay un capítulo entero en la vida de Riley que desconozco, y que probablemente no va a invitarme a leer. Como tampoco parece dispuesta a contarme por qué se queda helada cada vez que mira su móvil.

Al entrar en el motel, echo un vistazo rápido. Desde luego, este sitio no es mi estilo, pero ahora mismo me pesa más el cansancio que la estética.

—¿Una o dos habitaciones? —pregunta el recepcionista, un hombre mayor con bigote de vaquero y cara de querer estar en cualquier otro sitio.

Abro la boca, a punto de decir «dos», porque esta noche necesito espacio. Aire. Un muro de hormigón entre nosotras. Pero Riley se me adelanta.

—Una doble, por favor. Cárguelo a nombre de Wander Magazine, va todo por cuenta de la empresa —dice con una sonrisa encantadora, mientras yo saco la tarjeta correspondiente. Sé que David no hará preguntas, pero no puedo evitar sentirme incómoda. No es como si no acabáramos de salir de una cena en la que una ex suya me ha diseccionado en cuestión de segundos.

Le lanzo una mirada fulminante, pero ella ni se inmuta. Firmo el recibo y me lanza la llave con una sonrisa insolente.

—Vamos, princesa de las letras. A ver si esta vez no me robas toda la manta.

Me muerdo la lengua y subo tras ella por las escaleras. La habitación está en la segunda planta, justo al lado de una máquina de hielo que parece llevar rota desde 1992. Cuando Riley abre la puerta, un olor a desinfectante barato mezclado con algo que prefiero no identificar nos da la bienvenida.

—Maravilloso —murmuro al dejar mi mochila sobre una de las camas. Porque sí, al menos hay dos.

Riley se tira sobre la otra cama, se estira como si estuviera en un resort de Maldivas y, acto seguido, se sienta en el borde para quitarse las botas sin preocuparse lo más mínimo por manchar las sábanas.

Yo, en cambio, me encierro en el baño sin mediar palabra. Me lavo la cara, me cepillo los dientes con demasiada fuerza y me echo agua fría en la nuca. Necesito centrarme. Respirar. Dejar de imaginarme a Cassie acariciándole el brazo, besándola… y a Riley correspondiéndola con esa sonrisa suya que solo me dedica a veces. No sé ni por qué me estoy torturando con esto.

Cuando salgo, la encuentro tumbada boca arriba, con una camiseta y pantalones cortos, el móvil pegado a la cara.

—¿Ya te has enfadado lo suficiente en silencio? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Perdona?

—Vamos. Tienes la mandíbula tan tensa que pareces un cable de alta tensión. Si me ibas a echar una bronca, ahora es el momento.

La miro, sintiendo una mezcla de rabia y deseo. Esa expresión suya, entre irónica y segura de sí misma, a veces me provoca ganas de besarla, y otras, de darle con la almohada hasta que se le borre de la cara.

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

—¿Con Cassie? —pregunta con indiferencia—. ¿Por qué debería ponerte al día de lo que me rodea?

Esa respuesta me revienta.

—No sé… porque estamos viajando juntas. Porque irrumpiste en mi vida como un huracán, y ahora resulta que tú sí puedes tener secretos. Secretos que, para colmo, también empiezan a cruzarse en mi camino.

—No son secretos, Olivia. Es mi pasado. Igual que tú tienes el tuyo.

Pero no es lo mismo. Siento que me oculta algo. Algo más grande de lo que quiere admitir.

—Ya, pero yo no lo escondo como si fuera una enfermedad contagiosa —replico, y mi voz se eleva más de lo que pretendía.

Riley deja el móvil a un lado y frunce el ceño.

—¿Y desde cuándo haber salido con alguien se considera delito federal?

—Desde que actúas como si yo no tuviera derecho a sentirme incómoda.

—No te lo niego. Pero tampoco puedes lanzarte a la yugular cada vez que algo no encaja. Yo no lo hago contigo.

Su actitud me saca de quicio. Pero más aún esta discusión absurda. Porque, seamos sinceras, ella y yo… no somos nada.

Absolutamente nada.

—Es que tú pareces no sentirte fuera de lugar nunca —escupo, con una mezcla de rabia e impotencia.

Riley baja la mirada, se pasa una mano por el pelo y suelta el aire por la nariz, como si estuviera contando hasta diez para no estallar. Luego, muy despacio, se acerca a mí.

—¿De verdad crees que lo tengo todo controlado?

—Eso es lo que parece —murmuro, incapaz de apartar los ojos de ella.

—Pues no —responde con voz serena—. Estoy tan perdida como cualquiera. La única diferencia es que llevo más tiempo fingiendo que no lo estoy.

Me quedo en silencio. No porque no tenga nada que decir, sino porque sus palabras me golpean con una franqueza tan desnuda que me dejan sin aliento.

—¿Y por qué estás haciendo este viaje de verdad? —pregunto, como si no acabara de creerme del todo sus motivos anteriores.

Ella esboza una sonrisa, pero no es de esas que usa cuando quiere salirse con la suya. Es una sonrisa leve, herida. Una grieta por la que asoma algo mucho más profundo.

—Ya te lo dije. Necesitaba escapar de donde estaba. Me sentía atrapada… Y también hay algo que tengo que hacer en Santa Mónica.

La última frase la pronuncia casi en un susurro, como si le doliera soltarla.

—¿El qué?

Riley se muerde el labio, cierra los ojos un instante y, al abrirlos, me sostiene la mirada.

—No puedo contártelo. Aún no.

—¿Porque no confías en mí?

—Porque no estoy preparada. Y porque no quiero que te metas en algo que no te corresponde —responde con calma, aunque sus ojos revelan un torbellino interno.

—Pero ya estoy dentro, ¿no?

El silencio que sigue me resulta insoportable. Es denso, eléctrico. Como si una tormenta pasara bajo la cama sin hacer ruido.

Y, de repente, algo cambia. No sé si soy yo quien da el primer paso. O si es ella. Solo sé que estamos demasiado cerca.

Y esta vez no hay una Cassie, ni excusas, ni distracciones. Solo esta tensión abrasadora que convierte mis pensamientos en humo.

—Olivia —susurra, con la voz ronca.

—¿Qué?

—No quiero que este viaje se convierta en una condena por tonterías —dice, y me acaricia la mejilla con la yema de los dedos.

Cierro los ojos. Su mano es cálida, firme, y tan familiar que me asusta.

—Entonces no lo arruines —respondo, sin estar segura de si me lo estoy diciendo a mí misma o a ella.

Sus labios se acercan a los míos. Respiramos como si el aire se nos escapara. Y por primera vez desde que esta locura empezó, no tengo ni la más remota idea de hacia dónde nos dirigimos. Pero sé, con una certeza aplastante, que esto no es pasajero.

Estoy metida hasta el fondo. Y eso, ya de por sí, es un problema.

—Será mejor que descansemos —murmura Riley. Me besa suavemente en los labios y se aleja con la misma calma con la que se ha acercado.



19

Amarillo, Texas.

Octavo día de ruta.

Olivia

La habitación se ha sumido en un silencio espeso, como si algo invisible se hubiera colado por las rendijas y flotara ahora entre nosotras, vibrando con la misma intensidad que tiene la rabia cuando no encuentra dónde caer. Me he dado la vuelta en la cama al menos cinco veces. Y en cada una, he estado a punto de hablar. De pedir perdón, quizá. O de preguntarle por qué me afecta tanto lo que no sé de ella. Pero, en lugar de eso, aquí sigo, contemplando el techo como si fuera fascinante de pronto.

No comprendo cómo he permitido que Riley se alejara y acabara durmiendo sola después de ese beso. Supongo que han sido mis dudas, mis preguntas, las que han echado por tierra todo.

«Seguro que la he cagado, y con creces».

Ella está en la otra cama. Tumbada boca arriba, con una mano bajo la nuca y la otra descansando sobre el vientre. No la veo directamente, pero sé que no está dormida. Su respiración no suena como cuando duerme. Incluso eso lo tengo grabado ya en la memoria.

No sé por qué mi cuerpo se ha vuelto tan consciente de su presencia. De su risa, de sus silencios, de esa forma en que me observa cuando cree que no me doy cuenta. Pero la tengo bajo la piel. Como una astilla que, lejos de doler, se ha instalado en mí con una ternura inexplicable.

—¿Estás despierta? —susurro al fin, con la voz rasgada de tanto masticar mis pensamientos.

—No, soy sonámbula y me comunico por telepatía —responde con sarcasmo. No tengo claro si está bromeando o si quiere lanzarme una almohada a la cabeza. Quizá las dos cosas.

Me incorporo y me quedo un momento en la penumbra, observándola. La luz anaranjada de la farola que se cuela por la ventana perfila su silueta. Curvas suaves, firmes. El ceño fruncido que trae de serie. Y ese cuerpo que parece retar al mundo a que se atreva a tocarlo. Joder… se ve tan bien así.

«Maldita sea».

Me levanto, sin pensarlo demasiado, y me acerco a su cama. Ella no dice nada, solo me sigue con la mirada. Me siento al borde del colchón y siento que la tensión me aprieta el pecho, me contiene la respiración.

—No quiero que pasemos el resto de la madrugada cabreadas —murmuro, sin atreverme a mirarla—. Ni tampoco el resto del viaje. Entiendo que tengas tus motivos y que no quieras contarme lo que pasa. Pero necesito que sepas que me importa que estés bien, Riley. Mucho más de lo que imaginas.

Parpadea. Sus ojos se suavizan. Y, por segunda vez desde que cruzamos la puerta de este motel, baja la guardia.

—No tienes por qué preocuparte. Son asuntos míos —responde con voz baja—. Ya te dije que no quiero arrastrarte a nada. Me comprometí a acompañarte por si el Mustang fallaba, y eso es en lo que deberíamos centrarnos. No en lo demás.

Pero yo no puedo quedarme ahí. Necesito hacer algo. Así que me acerco un poco más. Esta vez, soy yo quien la besa. Al principio, es apenas un roce. Un gesto tímido, un «me tienes aquí» sin palabras. Y cuando pienso que va a apartarse, a poner otra barrera más, la oigo suspirar. Noto cómo su mano sube hasta mi cintura, cómo su cuerpo se arquea en busca del mío.

—No deberíamos hacer esto —musita.

—Cállate ya —le pido, pegada a sus labios.

La beso con hambre. Como si la hubiese estado esperando desde siempre. Como si por fin comprendiera que no quiero contenerme más.

Se incorpora y yo me acomodo sobre ella, me coloco entre sus piernas, y mis manos buscan el borde de su camiseta. Me tiembla un poco el pulso, pero no me detengo. En lugar de eso, noto cómo sonríe contra mis labios.

—Vaya, señorita control… —murmura con esa voz grave que me atraviesa de arriba abajo—. ¿Quién te ha dado permiso para…?

Le muerdo el labio inferior.

—Que te calles —repito, sin disimular la urgencia.

Y obedece. Vaya si obedece.

La ropa va desapareciendo entre suspiros y caricias. Torpes a veces, pero intensas. También hay risas ahogadas entre gemidos, tan cargados de electricidad que incluso respirar parece formar parte del ritmo. Siento su piel bajo mis dedos. Está caliente, viva. Es deseo, es vértigo, y también algo más profundo, algo que se me cuela en la sangre sin permiso.

Ella habla sin palabras. Me lo dice todo en cómo me acaricia la nuca, en las marcas que deja en mi espalda, en cómo me empuja suavemente a seguir. Me inclino sobre su cuerpo y le muerdo el cuello, justo donde sé que va a arquear sus caderas. La siento tensarse y luego relajarse, como si le hubiese tocado un resorte

invisible. El sonido que emite, una mezcla de jadeo y súplica, me eriza la piel.

Bajo por su cuerpo con la boca, con los labios y la lengua, y me detengo en sus pechos. Los acaricio con lentitud. Primero uno. Luego el otro. Sus pezones se endurecen al contacto y ella se arquea, en busca de más. De mí. De todo. La beso. La muerdo. La saboreo. Me gusta verla así: rendida, vulnerable, completamente entregada. Tan diferente de la Riley que siempre lo disfraza todo con una sonrisa arrogante.

—Joder, Olivia… —gime con la voz hecha trizas.

Me encanta cómo suena mi nombre en sus labios. Es como una chispa que puede prender el fuego de mi alma.

Sigo descendiendo, mi lengua traza caminos invisibles sobre su abdomen. Hasta que ninguna de las dos puede fingir que queremos algo distinto. Deslizo la mano entre sus muslos, y ella se abre para mí sin decir palabra. Solo con la mirada. El calor que siento al tocarla me deja sin habla. Introduzco los dedos en su humedad y la noto deshacerse, temblar bajo mi piel.

—Mierda… —gime de nuevo, apretando las sábanas—. ¿Desde cuándo eres así?

—¿De verdad pensabas que te iba a enseñar todo de golpe? —le aclaro con la voz rota, ronca, tan cargada de deseo como de ternura.

No detengo mis movimientos. Quiero escuchar cómo pierde el control. Quiero que experimente lo que es no poder pensar, no poder huir, no poder refugiarse tras una broma o una canción de los ochenta. Sus dedos se aferran a las sábanas. Gime mi nombre con una cadencia casi hipnótica, como si fuera un rezo. Sus caderas se alzan en busca de más, rogando sin palabras que no me detenga. Altero el ritmo: primero despacio, después más profundo, con la única intención de volverla loca. Y justo cuando percibo que está a punto de correrse, me aparto unos centímetros y la miro, esbozando una sonrisa que se clava como un secreto entre sus labios.

—Pídemelo —murmuro, rozando apenas su boca.

—Joder, no pares… —suplica, sin ninguna barrera, sin orgullo que la proteja.

Y entonces, se rompe. Tiembla bajo mi cuerpo al alcanzar el orgasmo. La contemplo desde ahí, entre sus piernas, tan cerca de su piel que puedo sentir cómo se le escapa el alma en cada suspiro. Y no hay instante más perfecto que este: verla así, rendida, auténtica, despojada de máscaras. Tan ella.

Poco después, me da la vuelta con un movimiento decidido, y ahora es Riley quien se coloca encima. Lleva esa sonrisa ladina que mezcla venganza con promesas de noches infinitas.

Pero le sujeto las muñecas con firmeza.

—No —le aclaro, dejando escapar una media sonrisa—. Hoy mando yo.

Parpadea. Lo veo claro: no está acostumbrada a ceder el control. Esa chispa en sus ojos lo delata. Pero no la dejo reaccionar. Vuelvo a tomar el mando, me acomodo sobre ella y presiono mi cuerpo contra el suyo, marcando el territorio que ahora es mío.

—Si vuelves a irte de mi cama, estás muerta.

—No pensaba hacerlo —responde en voz baja, casi con solemnidad.

Y entonces, por primera vez en mucho tiempo, dejo de pensar. Me convierto en puro instinto. En deseo desatado. En esa versión de mí que no teme, que no calcula nada de lo que hay a su alrededor, que solo sabe que quiere quedarse a vivir aquí: en esta cama, en esta noche, en esta mujer.

Cuando es mi cuerpo el que se desborda, cuando el placer me atraviesa como una ola imparable, me desplomo a su lado. Jadeo, y una fina capa de sudor me cubre la frente y el corazón martillea dentro de mi pecho con fuerza. Sonrío. Y esa sonrisa es tan amplia que me duelen hasta las mejillas.

Riley se acurruca a mi lado, me rodea con un brazo y apoya la cabeza en mi hombro. Encajamos. De una forma sencilla, natural. Como si estuviésemos hechas para esto. Para este silencio compartido. Para esta calma.

Aunque sé que no es así. Que esto no es nuestro sitio. Que, probablemente, nunca lo será.

—¿Y ahora qué? —musita, con voz apagada.

—Ahora… duérmete —respondo, acariciándole el pelo—. Mañana seguimos conquistando estados.

Ella suelta una risa. Y mientras el sueño empieza a llevarme consigo, arrastrándome a esa niebla tibia y reconfortante, me doy cuenta de algo que me inquieta más que cualquier otra cosa.

Ya no estoy tan segura de querer volver a la vida que tenía antes de este viaje.

No si eso significa llegar, de verdad, al final de nuestro destino.

Bitácora de viaje | Día 8 – El más atrayente Amarillo.

A veces, los lugares son una parada en el mapa que se convierte en algo más por quién te acompaña y por lo que te sacude cuando no estás mirando. Amarillo no ha sido el principio de una parada cualquiera. No por sus luces de neón, ni por sus bares de carretera que huelen a costillas y la deliciosa gasolina a la que ya me estoy acostumbrando. Fue por otra cosa. Algo que no se puede poner en una guía.

A veces, un motel al borde del desierto guarda más historias que una catedral. A veces, una noche puede cambiarte la ruta.

No todas las carreteras están asfaltadas, ni todos los giros están en los mapas.

Y quizás —solo quizás— una ruta mítica como la Ruta 66 no va de llegar al final, sino de descubrir qué versión de ti misma se revela en mitad del polvo, el calor y lo inesperado.

Seguimos rumbo al oeste. Pero ya no soy exactamente la misma.

—O.R.



20

Amarillo, Texas.

Por la mañana.

Riley

Si tuviera que elegir una forma de morir, sería esta. Desnuda, con la piel todavía vibrando por culpa de Olivia, y su sonrisa grabada en mí como una cicatriz hermosa. Tengo las sábanas enredadas en las piernas, el cuerpo flotando en una nube, y la certeza absoluta de que esta mujer está destrozando todos mis planes, mi corazón y cada una de las cosas que juré no volver a sentir.

La escucho en el baño, tarareando algo de Florence + The Machine mientras se cepilla los dientes con la camiseta que llevaba anoche. Como si necesitara un recordatorio más de lo jodidamente atractiva que me parece. Me cubro la cara con la almohada y dejo escapar un gruñido.

—¿Estás viva o has entrado en coma? —pregunta desde la puerta, con una ceja arqueada y ese sarcasmo que, en ella, me resulta casi exótico.

—Dame cinco minutos y vuelvo a por más —respondo sin moverme.

Se ríe, se ríe de verdad, y juro que ese sonido vale más que todas las fotos de la carretera juntas. Pero el mundo real llama a la

puerta, y pronto retomamos el camino, con el Mustang listo para una nueva etapa.

Para mi fortuna —porque, joder, cómo me gustan los coches— conseguimos detenernos en Cadillac Ranch antes de dejar atrás Amarillo. Olivia me deja garabatear sobre los vehículos oxidados con unos botes de spray que un grupo de turistas ha abandonado. Ella toma fotos mientras yo me tiño los dedos de rojo y negro y escribo «un verano sin frenos» sobre el maletero de un coche cubierto de óxido. Después, me observa como si acabara de leerme el alma.

—No quiero olvidarme de este sitio nunca —comento, casi sin pensar.

—Pues deja que te haga otra foto.

Poso apoyada en el capó más antiguo, con el pelo suelto, las botas cubiertas de polvo y una sonrisa —sólo para ella— que no se me borra de la cara.

Después de un rato, entramos en Adrian, Texas, y el Midpoint Café parece salido de un decorado de cine. Este es el tipo de lugar en el que las camareras te llaman «cariño» y el café es tan potente que podría despertar a un oso en plena hibernación. Entramos riendo, con las mejillas coloradas por el viento y las manos rozándose como si fuera sin querer.

—¿Sabías que estamos exactamente en la mitad de la Ruta 66? —dice Olivia con ese tono suyo, tan profesional, que me dan ganas de empujarla contra una pared y besarla hasta dejarla sin aliento.

—¿Eso significa que, si sigo portándome bien, tengo derecho a una recompensa al final del viaje?

—¿Y qué te hace pensar que te estás portando bien? —replica sin mirarme, pero con esa media sonrisa suya que me deja sin respiración.

Nos sentamos junto a la ventana, y por un instante todo parece perfecto. Ella garabatea algo en su libreta de viaje, yo le robo

patatas del plato, y ambas reímos con la camarera cuando nos pregunta si estamos celebrando algo.

—Huimos de la vida —respondo, sin meditarlo demasiado.

Olivia me lanza una mirada que no llego a descifrar. Pero no me da tiempo a preguntar nada, porque en ese momento vibra mi móvil. Al ver la pantalla, el número desconocido me congela la sonrisa. Todo se ralentiza, como si el ruido del local desapareciera de golpe.

—Salgo un segundo —anuncio, levantándome antes de que ella pueda articular palabra.

Cruzo el aparcamiento con las manos húmedas de sudor y descuelgo.

—¿Qué parte de «no quiero saber nada de ti» no has entendido? —escupo, apenas conteniendo la rabia.

La voz al otro lado me revuelve el estómago. Una ráfaga de imágenes me asalta la mente.

—No eres fácil de encontrar, Riley.

—Y tú no eres fácil de olvidar, ¿lo sabías? Especialmente si sigues empeñado en joderme la vida.

—Te queda menos tiempo del que crees. Y estás dejando un rastro. Fotos, sonrisas en bares de carretera, propinas más generosas de lo que puede permitirse tu cuenta vacía…

—¿De verdad crees que soy idiota? Sé perfectamente que no me estás siguiendo —respondo con frialdad.

—No necesito hacerlo. Hay alguien que lo hace por mí.

La sangre se me hiela.

—No pienso volver a eso.

—No es necesario que lo hagas. Solo quiero saber dónde estás. Porque si sigues jugando con fuego… otros también empezarán a buscarte.

Cuelgo. El pecho me retumba como si fuese a reventar. El viento del desierto me araña la cara y me siento incapaz de moverme. Me quedo quieta, móvil en mano, hasta que veo la sombra de Olivia en la puerta del local.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí.

Pero no, nada está bien, y ya no sé cómo seguir engañándola. Regreso a mi asiento, frente a ella. Sus ojos azules están cargados de preguntas que no se atreve a formular, quizás por miedo a que yo vuelva a cerrarme. Inspiro profundamente, me echo hacia atrás y asumo algo: si quiero llegar a Santa Mónica, voy a tener que contarle parte de la verdad. Al menos, lo suficiente para que entienda.

—Te he estado mintiendo.

Frunce el ceño, sin comprender aún a qué me refiero.

—Huyo de alguien. De algo, en realidad. No soy solo una chica que viaja por carretera porque necesita romper con la rutina. Estoy… escapando. Y además… —Me froto las manos con fuerza— estoy sin blanca. No me queda ni un dólar. Estoy tirando de tus gastos de empresa, del coche, de los alojamientos… como si fuera una sanguijuela.

—Riley...

—No. Déjame acabar —le pido, casi suplicando—. No quería que lo supieras así, pensaba conseguir algo de dinero durante el viaje, pero después de lo de Cassie y esto… Joder, te lo mereces. Te mereces la verdad, saberlo. Y no sé qué coño estoy haciendo contigo, pero lo que sí sé es que no he podido evitarlo.

Ella me mira con una seriedad que me parte en dos. Como si necesitara ordenar en su cabeza lo que acabo de decirle para llegar a entenderlo. No dice nada. Y eso me aterra. Porque por primera vez desde que empezó este viaje, no tengo ni idea de si va a mandarme a la mierda de verdad.



21

Amarillo, Texas.

Por la mañana.

Olivia

Una parte de mí esperaba que todo fuera una broma. Una de esas salidas teatrales de Riley, algo del tipo «estoy huyendo de las expectativas de la vida» o cualquier otra frase con carga dramática. Pero no. Cuando me mira, no hay ni rastro de sarcasmo. Tampoco aparece esa sonrisa canalla que suele utilizar para salir airosa de cualquier situación. De hecho, el sentimiento que predomina en su rostro es el miedo. Miedo de verdad. Un temor que no le había visto antes, al menos no de forma tan evidente, mezclado con una vergüenza que la obliga a agachar la mirada. Como si volver a buscar mis ojos fuera demasiado para ella.

No digo nada al principio. Me limito a observarla mientras mi tenedor traza círculos inútiles sobre el plato. El silencio se sienta a compartir mesa con nosotras. Estamos justo en la mitad de la ruta, pero jamás habría imaginado que este punto intermedio nos traería una confesión así.

—¿Desde cuándo estás en esta situación? —pregunto por fin, con un tono sorprendentemente suave para lo que acabo de oír.

Ella se encoge de hombros.

—Desde hace meses. Dejé un trabajo que nunca debí aceptar, estuve un tiempo a la deriva, sobreviviendo gracias a un par de amigos… y luego… —Hay algo en su mirada que me deja claro que está omitiendo más de lo que dice, pero no insisto—. Pensé que, si cruzaba suficientes estados, si no dejaba huellas, podría empezar de cero después de terminar el trabajo en el taller.

«No puede estar utilizándote así, no cuando…», aprieto los labios, intentando alejar los pensamientos que ya llevan voz propia.

—¿Y ahora qué? Esa llamada ha sido…

—Solo quieren saber cómo estoy.

La contemplo. Tiene las manos entrelazadas sobre la mesa, como si se aferrase a un hilo invisible que la mantiene en pie. No sé qué me duele más: si el miedo que intenta esconder o el hecho de que no haya confiado en mí antes. Pero, para mi sorpresa —y la suya también, seguramente—, no estoy enfadada. Aunque una parte de mí quisiera creerlo, no siento que me haya traicionado. No tengo la más mínima intención de dejarla tirada en mitad del desierto, como sí habría hecho con cualquiera que me hubiese soltado una bomba así.

Porque Riley no es cualquiera. Y ese es el maldito problema. En apenas ocho días, se me ha metido tan dentro que ya no soy capaz de reaccionar como lo haría con otra persona.

—¿Y qué piensas hacer?

Me lanza una mirada fugaz, como si no esperase que aún siguiera aquí, frente a ella, intentando beberme un café templado.

—Seguir adelante. Huir es lo único que se me da bien —confiesa. Se acaricia las manos, y después me sostiene la mirada—. Claro, si no te importa. Te prometo que conseguiré algo de dinero.

—¿Y si sí me importa? —pregunto. No lo digo con enfado, sino con sinceridad—. Porque lo otro… es lo de menos.

Me sonríe. Esta vez de verdad. Baja la guardia y se deja ver. «Joder, qué guapa está así», pienso, muy consciente del problema

en el que estoy metida.

—Entonces supongo que tendré que buscar un refugio —responde sin apartar los ojos de los míos—. Porque ahora mismo, Olivia, no quiero alejarme voluntariamente de ti.

Cierro los ojos un segundo. Siento cómo algo se rompe en mi interior… y, al mismo tiempo, se recompone. Riley es tan peligrosa como un incendio. Y yo, que siempre he sido orden, método y líneas rectas, me descubro incendiándome a propósito. Por puro placer.

Mi móvil vibra en el bolso. Como si el universo se encargase de recordarme que no estoy de vacaciones. Que fuera de esta cafetería hay una vida que no se detiene.

> **David**: Necesito un adelanto de cómo va el reportaje. Y espero que no te hayas salido de la línea que habíamos acordado.

Aprieto los labios mientras releo el mensaje. «¿Qué línea, David? ¿La línea editorial? ¿La línea entre lo profesional y lo personal? Porque si es esa… llego tarde. Muy tarde». Estoy metida hasta el cuello.

—Dame un momento, es mi jefe —le digo a Riley.

Ella asiente sin poner objeción alguna.

Me levanto sin decir nada más, sintiendo que no soy tan valiente como aparento. Que esto me afecta mucho más de lo que debería. Necesito aire. Camino hasta el coche, aparcado bajo el sol despiadado de Texas, y me apoyo en la puerta. Vuelvo a leer el mensaje. Y entonces entra otro.

> **David**: Asegúrate de que no se convierta en un panfleto más. La gente quiere nostalgia, viajes, una historia americana que contar. No dramas personales.

Miro al horizonte, hacia el desierto. Me entran unas ganas tremendas de mandarlo a la mierda. A veces me pregunto por qué no lo he hecho ya. Después regreso la mirada al interior de la cafetería. Riley me está robando un par de patatas del plato. «Además de la razón», pienso con una sonrisa que apenas asoma. Abro el móvil y escribo:

Olivia: La ruta y el reportaje van de maravilla. De hecho, tengo material potente. Será justo lo que estabas buscando.

Es mentira. No tengo ni idea de qué estoy escribiendo, si esto acabará siendo un reportaje o un diario personal que me está cambiando por dentro. Lo único que tengo claro es que todo gira en torno a ella. A Riley.

Cuando regreso al local, me está esperando con dos cafés para llevar y una de esas galletas tamaño Godzilla que tanto le gustan —lo supe en una de nuestras primeras paradas—. Me la tiende sin decir nada, como si con ese gesto intentara darme las gracias por no haberla dejado atrás.

—Tenía que invertir bien mis últimos dólares —dice con tono burlón.

Nos subimos al coche, y durante los primeros minutos reina un silencio cómodo. Yo observo la línea que se extiende por la carretera, la misma que parece dividirlo todo. Mientras ella mordisquea la galleta, me vuelvo hacia ella, y la miro directamente a los ojos.

—Voy a llevarte a Santa Mónica —aclaro con firmeza.

Riley se queda inmóvil. Casi puedo oír cómo contiene la respiración.

—Pero no quiero más mentiras. Si esos supuestos amigos vuelven a molestarte, quiero saberlo. Quiero poder ayudarte. ¿De acuerdo?

—Deberías saber que no se me da bien seguir las normas, princesa —responde con esa chispa traviesa que me hace desear taparle la boca de una vez.

—No te estoy pidiendo que sigas las normas —aclaro, con una seriedad que ni siquiera había previsto—. Solo que confíes en mí.

Tal vez sea la confesión más sincera que he hecho en años. Y aunque no sea una declaración de amor en toda regla… se le parece bastante.

Ella deja la galleta sobre su regazo y posa su mano sobre la mía, justo en la palanca de cambios.

—Vale. No más mentiras.

Me mira. Y esta vez, sus ojos no ocultan nada. Ni sombras, ni reservas, ni fugas. Solo calma. Como si, por fin, se permitiera confiar en mí. Como si este coche anticuado, perdido en mitad de Texas, fuera el único lugar seguro del mundo.

—Gracias —murmuro, aunque no estoy segura de que llegue a oírlo.

—No me des las gracias todavía —dice, con esa sonrisa suya que siempre empieza por una comisura, como si su picardía viniera con instrucciones de uso.

Y antes de que pueda armar una respuesta decente o alzar alguna defensa, se inclina y me besa. Me dice con los labios: «no sé cómo he llegado hasta aquí, pero no quiero estar en ningún otro lugar».

Su boca tiene el sabor del café con azúcar, de galleta compartida. Esa mezcla explosiva que solo ella es capaz de preparar sin que todo salte por los aires. Cuando se aparta, roza mi nariz con la suya y sonríe contra mis labios.

—Tienes la costumbre de meterte debajo de mi piel, ¿lo sabías?

—Y tú tienes el don de descolocarme por completo —respondo, sin poder evitar una risa suave.

—Lo sé. Pero míralo por el lado bueno: te estoy regalando un reportaje inolvidable.

Antes de que pueda replicar, su mano sube despacio por mi muslo, con la precisión de quien sabe exactamente qué botones está tocando.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, entrecerrando los ojos.

—Asegurarme de que no te vas a arrepentir de seguir el resto del viaje conmigo —contesta, con voz aterciopelada.

—Estamos en un coche, Riley… —murmuro, con el corazón en un puño—. En un aparcamiento, a pleno sol.

—¿Y?

—Y no pienso arriesgarme a que nos detengan por escándalo público en el mismísimo ecuador de la Ruta 66.

Se encoge de hombros con total tranquilidad y me guiña un ojo antes de besarme la mejilla, justo en ese punto concreto donde sabe que consigue que me derrita.

—No me digas que no te pone un poco —susurra cerca de mi oído—. Esto de saltarse las reglas…

La empujo con suavidad, conteniendo la risa mientras arranco el motor.

—Cállate y ponte el cinturón. Aún nos queda mucho camino por delante.

Riley se acomoda en su asiento, con esa sonrisa triunfal que no se le borra ni con kilómetros de desierto. Yo meto primera marcha, fijo la mirada en la carretera y siento cómo algo dentro de mí —quizá la incertidumbre, quizá el miedo— empieza, al fin, a asentarse.

Como si, pese a todo, ir con ella fuera exactamente lo que debía estar haciendo.

Y sí. Lo admito.

Puede que me excite un poco.

Bueno… en realidad, muchísimo. Pero ahora, no pienso admitirlo en voz alta.

—Siguiente parada, allá vamos —comento.

Y piso el acelerador.



22

Albuquerque, Nuevo México.

Esa misma tarde.

Olivia

Cuatro horas de carretera dan para mucho. O para muy poco, si tienes a una Riley dormida en el asiento del copiloto, con la cabeza ladeada y apoyada contra la ventanilla, respirando con tanta calma que cuesta creer que sea la misma mujer que anoche me mordía los labios.

Me doy cuenta de que conducir por el desierto me relaja. Me hace sentir que tengo el control, aunque en realidad esté en plena huida con una mujer a la que apenas conozco y que, según sus propias palabras, está totalmente perdida. Pero es un tipo de control que, por primera vez en mucho tiempo, me arranca una sonrisa, porque he logrado dejar atrás el malestar provocado por los mensajes de David, su maldita ruta prediseñada y ese tipo de reportaje que pretendía imponerme. Pienso ejercer mi libertad, contar la historia que yo elija, con una compañía que, a pesar de todo, me sigue pareciendo maravillosa.

—Hemos llegado —murmuro en voz baja mientras aparco en una calle con farolas de hierro forjado y fachadas que parecen sacadas de un decorado de película del oeste.

Riley abre los ojos con lentitud, se estira con los brazos por encima de la cabeza y deja al descubierto un fragmento de abdomen que no puedo evitar contemplar durante unos segundos más de lo conveniente.

«Qué peligro tienes, Riley».

—¿Dónde estamos?

—En la zona de Old Town, en Albuquerque. Ya sabes, pueblo viejo, costumbres nuevas… o algo por el estilo —bromeo, quitándome el cinturón de seguridad.

Al bajar del coche, el calor sigue presente, aunque ya no es tan abrasador; el sol se ha suavizado lo justo para no cocernos vivas. Las calles, empedradas, huelen a maíz tostado, y de un edificio a otro cuelgan banderines de colores. Poco a poco, el atardecer se tiñe de tonos cobrizos y anaranjados, y me doy cuenta de que no podríamos haber elegido un momento mejor para hacer esta parada.

—Esto parece un anuncio de tequila —comenta Riley, entrecerrando los ojos con una sonrisa traviesa—. ¿Vamos a emborracharnos y a comprar *souvenirs* horteras?

—No hasta que aprendas a dejar de provocarme —le respondo, aunque se me escapa una sonrisa inevitable.

—Yo no tengo la culpa de que te encante mirarme —replica, estirándose de nuevo.

«Qué mala leche tienes», pienso, al ver cómo asoman los tatuajes de su costado.

Paseamos por una plaza donde unos músicos tocan rancheras, y unas señoras mayores venden collares artesanales bajo unos toldos. Puede que el día vaya apagándose, pero sin duda, el espíritu de esta ciudad permanece muy vivo. Riley camina con las manos en los bolsillos, como si no tuviera nada que ocultar. Yo, en cambio, sí tengo deseos, aunque prefiera mantener las formas y aparentar la mayor profesionalidad posible.

Pasamos junto a una tienda de antigüedades y otra de camisetas con frases como «Get your kicks on Route 66». De repente, Riley se detiene, observa algo de reojo y, sin previo aviso, me agarra por la cintura y me arrastra hacia un callejón estrecho.

—¿Pero qué...?

Me empuja contra la pared con la audacia de una ladrona dispuesta a llevárselo todo y me besa. Así, sin más. Un beso profundo, con sabor a carretera y a deseo que se filtra bajo mi piel. Su lengua busca la mía, y sus manos... sus manos me aprietan el trasero como si nada más importara.

—Riley… —murmuro entre risas nerviosas.

—Shhh… —responde contra mis labios, mientras desliza una mano por mi muslo y me roza por encima del pantalón—. No digas que no te gusta.

Joder, claro que me gusta.

Pero esto es un callejón junto a una tienda cualquiera, no una suite con sábanas blancas y aire acondicionado. Y, aun así, cuando sus dedos presionan con más firmeza, todo mi cuerpo se arquea como si estuviese hecho de fuego. Riley lo nota. ¿Cómo no iba a notarlo? Se ríe con ese tono grave que me empapa las bragas al instante, incluso más que cualquier palabra dulce.

Mis manos buscan su espalda, su nuca. Necesito aferrarme a ella como si pudiera escaparse, aunque la única que se está deshaciendo soy yo. Está claro que ella es un imán y yo, un trozo de chatarra dispuesto a fundirse.

Su boca desciende hasta mi cuello. Me besa justo bajo la oreja y me muerde ahí, como si supiera exactamente dónde hacerme suspirar.

—Dios… —gimo, procurando no hacer demasiado ruido, porque la calle está vacía, pero no tanto. Aun así, no puedo ni quiero fingir que esto, que ella, no me atraviesa como un relámpago.

Sus dedos siguen presionando, apenas moviéndose, lo justo para enloquecerme sin llegar al desenlace. La pared, rugosa y aún cálida por el sol, me raspa la espalda a través de la camiseta, pero ni siquiera me importa. Podría estar en llamas, y no me alejaría de Riley.

—Eres adictiva —murmura, y siento su aliento entre mis pechos, su nariz bajando por donde no debería—. Me vuelves loca.

Suelto una carcajada nerviosa, excitada, al borde de una locura que solo ella puede desencadenar.

—Y tú no tienes nada de normal.

—Lo normal es aburrido…

Su rodilla se interpone entre mis piernas y me eleva ligeramente, provocando una fricción que me arranca un jadeo. Una de sus manos vuelve a mis caderas y me sujeta con firmeza, mientras continúa explorando mi cuello, mis clavículas, los bordes de la camiseta, que ahora querría arrancarme de un tirón…

Le agarro del pelo suavemente, obligándola a mirarme.

—Nos pueden ver.

—Entonces no mires lo que hay más allá —susurra con esa sonrisa que grita «me da absolutamente igual», como si lo único que deseara fuese devorarme viva.

Nuestros labios vuelven a encontrarse. Es un beso feroz, con lengua, con esa premura desesperada de quienes no tienen un lugar al que pertenecer salvo entre las piernas de la otra. La beso como si mi supervivencia dependiera de ella, como si su sabor fuese lo único capaz de evitar que pierda la cabeza.

Su mano se desliza bajo mi camiseta, y cuando roza la piel desnuda de mi espalda, juro que me flaquean las rodillas. Me atrae con fuerza contra su cadera y, al sentirla tan cerca, dejo escapar un gemido que se pierde entre nuestros labios.

No hay espacio. No hay aire. Solo queda el deseo.

Y, sin embargo, entre jadeos, entre su lengua que me devora con ansia, entre mi cuerpo que suplica más, entre mi entrepierna que late con una urgencia abrasadora, algo dentro de mí —una chispa de cordura, tal vez— consigue abrirse paso.

—Tienes que dejar de hacer eso —musito, sin aliento.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —replica con una mordida suave en mi mandíbula.

Me echo a reír, porque la única alternativa sería gemir en mitad de la calle, y eso no entra en mis planes para hoy. Aunque, si lo pienso bien, hace tiempo que mis planes dejaron de ser míos. Salimos del callejón como si no hubiese pasado nada, aunque ambas sabemos que lo ocurrido acaba de dejar una huella que no voy a borrar fácilmente.

—Necesito aire. Y, quizá, algo que beber —comento, intentando poner tierra de por medio entre mi deseo y su piel.

Riley ríe, pero me sigue con la tranquilidad de quien sabe perfectamente lo que acaba de provocar. Como si no acabara de hacerme olvidar el mundo entero con una sola mirada.

. . .

Compramos dos refrescos y unos tacos en un puesto ambulante. Nos sentamos en un banco de piedra al borde de la plaza, contemplando cómo las luces van encendiéndose una a una en los balcones de los edificios antiguos. Es casi mágico. Y eso me irrita, porque no quiero que me encante tanto.

—¿En qué piensas? —pregunta con la boca llena.

—En que esta ciudad es preciosa.

«Mentira. Estoy pensando en que cada vez que me tocas, pierdo la capacidad de pensar con lógica».

Ella sonríe, como si me hubiera leído el pensamiento, y me tiende su taco antes de que estalle en carcajadas.

—¿Ahora compartimos comida? ¿Quién eres y qué has hecho con la Riley que me roba las patatas, pero no me deja coger de las suyas?

—Estoy en proceso de redención —responde, encogiéndose de hombros—. Aunque no prometo reformarme del todo. Me encanta ser la chica mala —añade, guiñándome un ojo con descaro.

—Sí, ya me he dado cuenta —digo, antes de darle un mordisco a su taco.

Después seguimos caminando en silencio, en una de esas pausas cómodas que suenan como una canción que te sabes de memoria. Que no necesita letra porque ya la llevas grabada dentro.

Albuquerque se enciende a nuestro alrededor con las luces de las ventanas, las farolas que dibujan sombras caprichosas en las aceras. Todo parece pintado a mano, pero no es en eso en lo que me centro.

La estoy mirando a ella.

Riley camina a mi lado con las gafas de sol puestas sobre la cabeza y una sonrisa que no se molesta en disimular. Tiene las manos metidas en los bolsillos, pero de vez en cuando sus nudillos rozan los míos, como si fuera por accidente. Y cuando se detiene a observar un colgante de turquesa en un puesto callejero, sus ojos brillan con una luz que parece aliviarle el alma, como si el mundo doliera un poco menos por un instante.

Y ahí lo comprendo.

Podría quedarme con mil cosas de este lugar. Con su expresión cuando le regalo el colgante, esperando que no olvide jamás este día. Con la arquitectura colorida, el aire limpio del desierto, el cielo que no conoce límites.

Pero si tengo que elegir la mejor vista de Albuquerque, no tengo ninguna duda.

Es ella. Sonriendo como si, por un momento, ya no estuviera huyendo de nada. Como si, aunque solo sea por un instante, al fin estuviera a salvo.



23

Albuquerque, Nuevo México.

Noveno día de ruta.

Riley

Despertar con Olivia pegada a mi espalda debería ser ilegal. O, al menos, venir acompañado de una advertencia: «Esto puede hacer que pierdas la cabeza por completo». Está medio dormida, con la nariz apoyada en la curva de mi cuello, una pierna enredada con la mía y su mano… bueno, digamos que no es precisamente inocente. Pero no me quejo, en absoluto.

Me cuesta respirar con normalidad teniéndola tan cerca, pero no tengo la menor intención de moverme. Aunque el sol ya comience a filtrarse por las cortinas del motel y la sábana esté medio caída en el suelo.

—Estás despierta —murmura con voz ronca, y joder, ese tono debería llevar su propia advertencia para mujeres como yo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —respondo sin abrir los ojos.

—Porque sonríes como una idiota —dice contra mi piel, y me provoca un escalofrío tan dulce que me entran ganas de esconder la cara en la almohada.

No lo hago. Giro la cabeza y la miro. Tiene el pelo alborotado, los ojos encendidos y una de esas sonrisas que corren el riesgo de quedarse grabadas para siempre en tu memoria. ¿Cómo se supone que voy a despedirme de esto cuando el viaje termine?

El estómago se me encoge al pensarlo, así que aparto la idea de inmediato mientras acaricio el colgante que me ha regalado.

—Tengo una idea —anuncio, deslizándome hacia el borde del colchón y poniéndome en pie antes de que consiga convencerme de quedarme en la cama todo el día.

—¿Otra más? —resopla, frotándose los ojos—. ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Algo que no puedes dejar de hacer si quieres llevarte una huella imborrable de Albuquerque —respondo mientras cojo el móvil. Hago una búsqueda rápida y, al instante, le muestro la pantalla—. Vamos a montar en un globo aerostático.

Los ojos se le salen de las órbitas. Literalmente. Acabo de ver el pánico reflejado en su cara.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. El cielo está despejado, abierto de par en par, y tendremos unas vistas que te harán replantearte la existencia. Imagina: tú y yo, flotando por encima del mundo —añado, moviendo el teléfono delante de ella—. Vamos. No me digas que no te parece romántico.

—También suena como un plan perfecto para morir —masculla, sentándose—. Odio las alturas. No, espera… me dan pánico.

—Por eso mismo voy a sujetarte todo el tiempo por la cintura. Te prometo que no te soltaré, ni aunque lo que tengamos debajo me distraiga por completo.

—Dios mío. Voy a morir con la lesbiana más impulsiva de Estados Unidos —ironiza, llevándose una mano a la frente.

—¿Ese es mi título oficial? —pregunto mientras busco una camiseta en la bolsa de viaje.

Ella me observa, y la expresión de sus ojos me dice que su plancha portátil no va a resultar tan inútil como pensaba.

—Podría incluirlo en mi testamento —comenta. Aunque más que temerosa, parece divertida. Y me lo confirma cuando se levanta de la cama, completamente desnuda, y se dirige sin pudor al cuarto de baño.

Me deja sin palabras y, justo antes de cerrar la puerta, vuelve a asomar la cabeza.

—Y yo que pensaba que sería más interesante darte una ducha conmigo.

—Podemos hacer las dos cosas.

. . .

Veinte minutos más tarde —tras un polvo que me ha dejado las piernas temblorosas, y el planchado impecable de mi camiseta—, nos encontramos en una explanada enorme, con varios globos de colores preparándose para alzar el vuelo. El ambiente huele de maravilla y está impregnado de esa expectación electrizante de la gente que se concentra a nuestro alrededor. Olivia está tan tensa como la cuerda de un violín mientras observamos cómo el nuestro se va inflando poco a poco. El viento le mueve el pelo, y juro que nunca he visto nada más hermoso que su perfil iluminado por el sol.

—Todavía estás a tiempo de echarte atrás —comento, aunque en realidad no deseo que lo haga.

—¿Y perder la oportunidad de que me abraces como si no quisieras dejarme escapar? Ni hablar —responde, cruzándose de brazos. Luego se vuelve hacia mí—. ¿Has hecho esto antes?

—Una vez. Pero era de noche y estaba borracha, así que, técnicamente, esta será la primera vez que me acuerde de la experiencia.

Subimos a la cesta y Olivia no dice ni una palabra, pero me agarra del brazo con tanta fuerza que podría confundirme con parte de la estructura. Me coloco tras ella, la rodeo con los brazos y apoyo la barbilla en su hombro.

Y, poco después, despegamos.

Lentamente. Como si el suelo decidiera olvidarse de nosotras y nos dejara suspendidas en un suspiro gigantesco. El corazón de Olivia late con tal fuerza que puedo sentirlo en mi pecho, y su cuerpo entero tiembla.

—Oh, Dios… —susurra, cerrando los ojos—. ¿Esto está pasando de verdad?

—Muy de verdad —le digo al oído, en voz baja—. Míralo. No puedes perdértelo.

Abre los ojos y deja escapar una exhalación tan suave que casi me corta la respiración. Bajo nosotras, el desierto se extiende como una alfombra ocre. Las montañas parecen de papel. El cielo es tan inmenso que marea, pero también me llena de una paz que no sé cómo describir.

—Jamás pensé que sería capaz de hacer algo así —admite, como si se hablase a sí misma.

—¿El qué? ¿Tener una cita cósmica con una completa desconocida? —comento en voz baja, con una sonrisa inmensa.

Ella gira la cabeza hacia mí, y sus ojos brillan como si acabara de entender algo fundamental.

—Ya no me pareces una desconocida.

Joder. Esas palabras me atraviesan como un disparo de fuegos artificiales. La beso en la mejilla, porque si lo hiciera en los labios, es posible que me olvide de dónde estamos. Incluso podría dejar de respirar.

Pasamos casi una hora flotando por encima del mundo. Ella apoyada en mí; yo, memorizando cada una de sus reacciones: cómo se queda boquiabierta al ver las sombras danzando sobre la tierra, cómo se ríe con nerviosismo cada vez que la cesta se balancea un poco, cómo se aferra a mis brazos como si fueran su ancla.

A veces, se me olvida que esto es real.

Porque aquí arriba todo se percibe de forma distinta, y me cala por dentro de un modo que no había experimentado jamás. Olivia se gira un poco más, apoya todo su cuerpo contra mi pecho y cierra los ojos durante unos segundos. Instintivamente, la abrazo con más fuerza, como si me costara aceptar que estamos aquí, que este gesto y este instante son reales.

—¿Sabes qué es lo que más me aterra? —pregunta, con la voz casi devorada por el viento.

—¿Las alturas? —bromeo, porque mi forma de esquivar el pánico siempre ha sido recurrir a la ironía.

Pero ella niega despacio. Muy despacio.

—Sentirme bien y no saber qué hacer con ello —confiesa, y tengo la clara sensación de que lleva tiempo guardándose esas palabras.

Me deja sin aliento. Porque, joder, a mí también me ocurre. Sentirme bien con ella, aquí, ahora, sin saber qué hacer con todo lo que eso significa. ¿Debería guardarlo para más adelante? ¿Enterrarlo? ¿Aferrarme a ello hasta que se rompa?

—Entonces… déjate llevar. Solo hoy —le susurro mientras acaricio su brazo y deposito un beso en su cabeza—. No le des tantas vueltas. Solo estamos volando.

Y no me refiero únicamente al globo.

Le señalo una cordillera a lo lejos. Parece pintada con acuarela, con esos tonos morados y ocres que solo se aprecian desde las alturas.

—Sabía que acabarías convenciéndome —murmura sin apartar la mirada del horizonte—. Lo que no imaginaba era alegrarme tanto de haberme dejado convencer.

Y me regala una sonrisa que no me daba al principio. Una de esas que ha nacido a base de confianza y kilómetros de carretera. Me apoyo ligeramente en el borde de la cesta, sin soltarla, y me permito sentir. Veo cómo se le eriza la piel del brazo cuando sopla el viento con más intensidad. Cómo se estremece… y luego se ríe, porque aún le da miedo, pero empieza a disfrutarlo.

—No te rías, que por poco no me da un infarto —protesta, arrugando la nariz de esa forma tan suya, tan encantadora.

—Reconozco que ha sido un microinfarto bastante sexi. En serio.

Me golpea con el codo, sin demasiada fuerza, pero se ríe. Y con eso, me basta.

Seguimos así un rato más, flotando sin rumbo, dejándonos llevar por los caprichos del viento. Ella encajada en mí, yo imaginando cómo sería despertar así cada mañana. Aunque solo fuera durante un mes. Una semana. Un domingo cualquiera. Algo que sé que nunca podré cumplir. Luego se gira de nuevo y me mira como si estuviera viendo algo que no acaba de comprender.

—¿Riley?

—¿Sí?

—Gracias por esto.

—¿Por llevarte al borde del colapso nervioso?

—Por hacerme sentir que puedo volar, incluso con miedo.

Maldita sea. ¿Cómo no querer besarla en ese momento? ¿Cómo no rodearla por la cintura, sellarle promesas con los labios y prometerle, sin palabras, que jamás la soltaré?

Nos balanceamos unos minutos más, mientras la ciudad se encoge bajo nuestros pies y el cielo se aclara sobre nuestras

cabezas. Y de pronto, sin que lo espere, me asalta un pensamiento. No sé qué ocurrirá cuando esto termine. No sé si ella, desde la otra punta del país, me echará de menos o si fingirá que esto no ha sido más que un espejismo nacido del desierto. Pero, ahora mismo, no quiero pensar en nada de eso. Porque me tiene. Y aunque eso me produzca vértigo, es del bueno.

Un vértigo que se acentúa cuando aterrizamos, y ella permanece en silencio un buen rato. Caminamos por la tierra seca, de regreso al coche, sin apenas hablar. Solo se detiene al llegar a la puerta.

—Has cumplido tu promesa de no soltarme —dice, con una sonrisa que le ilumina todo el rostro.

Me encojo de hombros, como si no hubiera sido importante, cuando en realidad lo ha sido todo.

—Vamos, princesa. Aún nos queda desierto por conquistar. A este paso, cuando lleguemos a Santa Mónica, vas a estar enganchada a la adrenalina.

Ella se ríe. Y no sé si lo nota, pero acaba de darme otra razón para seguir al volante.

Aunque aún no tenga del todo claro hacia dónde me dirijo.





24

Entre Grants y Gallup, Nuevo México.

Esa misma tarde.

Olivia

Digamos que, desde el primer momento, pensé que este coche iba a ser una ruina. Hasta que, con el paso de los días, comprobé que, a veces, las viejas reliquias valen mucho más que cualquier modelo actual. Pero claro, no todo podía ser tan idílico ni perfecto. El primer indicio de que algo va mal no es el humo, sino el rugido gutural del motor, seguido de un chirrido metálico que hace vibrar todo el Mustang.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto, mirando a Riley como si llevara en la cara escrito un manual de instrucciones.

—Eso ha sido el sonido de una maldita avería. Sabía que tarde o temprano nos daría problemas —responde, reduciendo la

velocidad y aparcando en el arcén con la serenidad de quien ya ha sobrevivido a situaciones peores que un coche averiado.

Spoiler: yo no.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto, notando cómo el corazón me empieza a latir a toda prisa. Miro a mi alrededor, lo único que hay es polvo, asfalto y un cielo inmenso que no ofrece ninguna respuesta—. Aquí no hay absolutamente nada. Ni siquiera cobertura.

—Olivia —dice con suavidad, sin alzar la voz. Baja del coche, se aparta el pelo de la cara y levanta el capó como si fuera lo más normal del mundo. Después se queda en silencio, observando el motor como si este pudiera hablarle—. No es tan grave, ¿vale? Tiene solución. Creo que solo necesito una pieza, así que está más que controlado.

Me encanta que conserve la calma justo cuando a mí me tiemblan las manos y el calor me pesa en los hombros, recordándome todas esas situaciones en las que he perdido el control.

Ella misma me lo dijo al principio del viaje:

«Tiene todo el sentido del mundo. Piensa en ello: yo cubro los gastos de tu coche hasta Santa Mónica, y tú me das un asiento libre durante el viaje. Créeme, este no va a ser el único problema que te va a dar».

Joder. Ojalá no hubiera tenido razón.

Riley se mancha las manos de grasa y frunce levemente el ceño, sin un atisbo de miedo por quedarse atrapada en mitad de la nada. Ojalá pudiera creer, como ella, que todo va bien. Para colmo, David no ha dejado de bombardearme a mensajes durante la última hora, preguntando si ya tengo algo del artículo que me pidió. Riley vuelve al coche y hojea la guía que compré en Chicago, por si acaso.

—Hay un taller a unas dos millas de aquí —anuncia, cerrando el capó—. Si consigues una válvula de recirculación y algo de cinta, creo que puedo apañarlo. ¿Te animas a una aventura?

—¿Quieres que camine dos millas por una carretera desierta, bajo el sol de Nuevo México, como si fuera… no sé… Lara Croft en vaqueros caros?

—Exactamente. Solo que sin pistolas. Pero con tu actitud, eso se compensa —bromea, aunque a mí no me hace ninguna gracia.

Me lanza esa sonrisa que podría convencerme de cualquier cosa si se lo propusiera, y me temo que ya no tengo escapatoria.

—Prometo que te lo compensaré —añade, acercándose. En otro momento habría chillado como una posesa por mancharme la ropa de grasa, pero ahora no puedo resistirme a sus labios cuando me besa—. Cuanto antes me traigas esa pieza, antes podremos buscar un sitio donde quedarnos.

—No tienes remedio… —protesto.

Y, aun así, aquí estoy, quince minutos después, caminando con mis *converse* blancas, la frente sudada y una botella de agua medio vacía, como si fuera la protagonista de un videoclip de los noventa que ha perdido el rumbo —y la dignidad— en pleno desierto.

La carretera parece no tener fin. A un lado, la tierra roja se extiende hasta donde alcanza la vista. Al otro… más de lo mismo. Y en medio, voy yo: con los pies doloridos, la camiseta pegajosa y el pelo recogido con una goma improvisada que me hace parecer cualquier cosa menos a la Olivia que empezó este viaje siendo, según Riley, una «princesa».

¿Lo peor? No hay sombra. Tampoco un alma que pase y me ofrezca llevarme —con o sin riesgo de secuestro—. Y empiezo a sudar por lugares que ni siquiera sabía que podía sudar.

—Esto no puede ser legal —murmuro, justo al pisar una piedra que casi me hace perder el equilibrio.

Cuando por fin distingo una estructura oxidada con un cartel que dice Mike's —la tipografía está tan desgastada que amenaza con

caerse en cualquier momento—, siento la misma emoción que si encontrara un Starbucks en mitad de un apocalipsis zombi.

Empujo la puerta del taller y suena un timbre agudo.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Un hombre aparece desde el fondo, secándose las manos con un trapo. Lleva una gorra de los Yankees, la camisa abierta hasta el pecho y una mirada que sugiere que ha visto demasiadas cosas en la vida… y que no todas han sido legales.

—¿Qué necesitas?

—Una válvula de recirculación. Y cinta de alta temperatura. Para un Mustang del 67 —respondo, como si supiera de lo que hablo, repitiendo palabra por palabra lo que me dijo Riley. Mi cerebro lo ha grabado como si fuera un hechizo.

El tipo asiente y se da la vuelta hacia una estantería abarrotada de piezas que parecen salidas de un desguace de otra dimensión. Mientras rebusca, se abre una puerta lateral y entra otro hombre en el taller. Lleva una sudadera oscura a pesar del calor y unas gafas de sol que no se ha quitado ni siquiera al entrar.

Me mira. Y sonríe.

Un gesto que, desde luego, no me gusta nada.

—¿Cómo va el viaje con Riley Torres?

Me paralizo.

—¿Perdona?

—Ya sabes, tu compañera de Mustang. Pelo oscuro, muchos tatuajes… —responde sin moverse ni un centímetro—. Solo pregunto si os lo estáis pasando bien.

Se me seca la boca. El corazón se me dispara, como si mi cuerpo ya hubiera detectado el peligro antes que yo. No sé quién es este hombre. No sé qué busca. Pero hay algo que sí tengo claro: no me gusta en absoluto que conozca su nombre. Y menos aún que sepa que estoy con ella.

—No sé de qué me estás hablando —respondo, esforzándome por fingir una sonrisa—. Creo que te has confundido de persona.

—Vamos, Olivia —murmura mientras se baja las gafas de sol lo justo para que pueda ver el gris gélido de sus ojos—. No hemos venido a jugar.

Estoy a punto de preguntarle qué demonios significa eso cuando el mecánico regresa con las piezas en la mano. El otro hombre se aparta, sin más.

—Aquí tienes —dice, completamente ajeno al temblor que ya noto en mis manos.

Debería pedir ayuda, pero estoy tan bloqueada que solo atino a pagar las piezas —sí, en nuestra primera parada saqué efectivo— y salir del taller. Como era de esperar, el tipo me sigue los pasos.

El calor parece clavarse en mi espalda mientras camino con las piezas en la mano. Noto su sombra tras la mía, pegada como una advertencia. Me repito que no voy a girarme, que no voy a darle más importancia, pero cuando oigo su respiración constante a escasos centímetros, me detengo en seco.

—¿Qué quieres? —pregunto sin volverme, apretando la mandíbula con rabia.

Él también se detiene, como si hubiera estado esperando precisamente eso: que me quedase quieta. Entonces me giro y le sostengo la mirada. Puede que no sepa quién es, pero tengo claro que no voy a dejar que me intimide.

—No deberías estar sola por aquí —comenta con una sonrisa ladeada. Pero sus ojos, fríos y opacos, no sonríen en absoluto—. Podrían ocurrir cosas.

—¿Me estás amenazando? —pregunto sin apartar la mirada, aunque el pulso se me dispare.

Da un paso más. Y, de repente, su mano me agarra el brazo con una fuerza que me deja sin aliento. Intento soltarme, pero su

presión es firme, despiadada. Me echo hacia atrás, por instinto, pero solo consigo tropezar con mis propias piernas.

—Suéltame —espeto.

—No he venido a hacerte daño —afirma con una calma artificial que me revuelve el estómago—. Solo quiero hablar.

—Pues no me interesa lo que tengas que decir —gruño, entre dientes—. Suelta. Mi brazo. Ahora. Mismo.

El mecánico, desde el interior del taller, nos observa. Pero no se mueve. Ni un solo paso. Es un espectador más de esta escena repugnante.

—Escucha —insiste él, inclinándose ligeramente, como si fuera a revelarme un secreto banal, en lugar de estar invadiendo mi espacio personal—. Riley no te ha contado toda la verdad. Y hay muchas cosas que deberías saber.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir.

—Yo creo que sí —responde con voz rasposa, toda una declaración de intenciones—. Porque cuando sepas lo que sé, no vas a querer volver a subirte a ese Mustang con ella.

Mis dedos se aferran con más fuerza al borde de la bolsa con las piezas, mientras el otro brazo continúa atrapado. Intento zafarme de nuevo, pero él permanece inmóvil.

Y entonces, algo dentro de mí estalla.

—¡He dicho que me sueltes! —le grito, empujándolo con el cuerpo a pesar del miedo que me quema por dentro. Pero parece disfrutar con mi reacción. Como si acabara de encontrar la excusa perfecta para continuar con su maldito juego.

Por fin, afloja la presión y me deja en paz. Retrocedo de inmediato, llevándome la mano al brazo. Su contacto me ha dejado un escozor que me arde hasta los huesos.

—¿Te ha contado que es una ladrona? —lanza con sorna.

No debería escucharle. No debería creerle. Y, sin embargo, la idea de todas esas veces en que he sentido que Riley me ocultaba algo se agolpa en mi mente. Me quedo quieta, en mitad del desierto, intentando recuperar el aliento. Puede que sea mentira, lo sé. Y, aun así, me vuelvo y le clavo la mirada, deseando —contra toda lógica— que me cuente el resto.



25

Entre Grants y Gallup, Nuevo México.

Unos minutos después.

Riley

El sol cae sin compasión sobre el capó abierto del Mustang, y tengo las manos hundidas en sus entrañas ardientes, rezando para que esta vez me escuche. El radiador sigue echando humo, y la correa del ventilador parece más antigua que la propia Ruta 66. Me agacho, suelto un bufido y me limpio la frente con el antebrazo. Olivia tenía razón al decir que esto se parece mucho al fin del mundo, y no puedo evitar preocuparme a medida que pasan los minutos.

Aprieto una tuerca con más fuerza de la necesaria, como si en este rato de soledad pudiera arreglar toda la mierda emocional que arrastro del mismo modo que intento reparar el coche: con sudor, herramientas y pura cabezonería. Pero no es posible, porque la vida no trae manual de instrucciones, y aunque este motor vuelva a rugir, hay una grieta en la distancia que no sé si seré capaz de sellar antes de que termine este viaje.

La veo venir desde lejos. Camina deprisa, con el rostro tenso y los nudillos blancos sujetando la bolsa. Sé que algo va mal antes siquiera de que abra la boca.

—¿Ha pasado algo? —pregunto, incorporándome con las manos cubiertas de grasa y el pecho encogido.

Mi intuición nunca me ha fallado, y vuelve a confirmarse cuando me lanza la bolsa con brusquedad, y apenas consigo atraparla.

—¿Quién coño te está siguiendo, Riley?

Me quedo en silencio unos segundos, intentando contener el caos que se me agolpa por dentro.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cuando estaba en el taller ha aparecido un hombre que sabía mi nombre, que íbamos juntas… Me habló de ti como si todo esto fuese un maldito juego —escupe, con la voz entrecortada por la rabia.

Doy un paso hacia ella, pero retrocede, como si la confianza se hubiese roto en mil pedazos.

—No es un juego —digo, porque lo siento hasta en los huesos, aunque sé que mis palabras ahora valen poco.

—Entonces explícame de qué cojones vas —me exige—. Me has metido de lleno en tus malditos problemas y ni siquiera fuiste capaz de advertírmelo. ¿Quién es ese tío, Riley?

—Alguien que no debería haberte encontrado. Que no debería saber nada de ti.

—¡Pues lo sabe! Y me ha hablado con esa condescendencia de mierda que tienen los hombres convencidos de que pueden hacer lo que les da la gana. ¿Y sabes qué? He tenido miedo. Pero lo peor… —Hace una pausa, con los ojos empañados—. Lo peor es que, mientras me apretaba el brazo, solo pensaba que estaba diciendo la verdad.

Me dan ganas de correr hacia ella, abrazarla, caer de rodillas y contárselo todo. Pero Olivia está hecha de verdad, de líneas rectas. Y yo soy un incendio de secretos y errores que ya no sé cómo apagar.

—No quería que ocurriera esto, ¿vale? —Mi voz suena más baja, cargada de una culpa tan densa que apenas me deja respirar —. Iba a contártelo. Te lo juro. Pero tenía miedo de que te bajaras del coche y no volviera a verte.

—¿Y eso justifica mentirme durante cientos de kilómetros?

—No todo ha sido mentira, Olivia —respondo, desesperada—. Te conté parte de mi verdad.

Ella se cruza de brazos y me clava la mirada. El viento levanta algo de polvo entre nosotras y, por un segundo, tengo la estúpida esperanza de que lo que brilla en sus ojos sea tristeza, y no decepción.

—Quiero que me hables de esa supuesta deuda. Y de tu hermano.

Trago saliva. Las piernas me flaquean y el estómago se me encoge, pero ahora que estoy aquí, de pie ante ella, tan expuesta como asustada, no puedo callarme más.

—Él… se metió con gente muy jodida antes de irse a Chicago. Yo no lo sabía. Me enteré demasiado tarde de que tenía deudas de juego, justo cuando desapareció. Por eso fui a buscarle —explico, tragando saliva de nuevo—. Esa gente no se anda con rodeos. Persiguen a cualquiera que esté vinculado con la deuda, así que vinieron a por mí. Les di todo lo que tenía ahorrado, pero ahora exigen unos intereses que dicen les he robado. Por eso no tengo dinero. Ni a nadie. Solo… este maldito viaje.

—¿Y por qué vas a Santa Mónica? —pregunta, sin suavizar el tono.

—Porque mi madre se está muriendo, joder. Porque incluso a ella le robó. Y, por una vez en mi vida… quiero intentar arreglar algo de verdad, siempre hemos terminado por recuperar el contacto. Me… me llamaron hace un par de semanas diciéndome que ya no le quedaba mucho tiempo, pero como no tenía dinero…

No hay otra cosa que sinceridad en mi mirada. Ella lo percibe, pero ni siquiera eso ablanda su expresión.

—Entonces me viste y pensaste: «Voy a subirme al coche de esta inútil para que me lleve lejos de toda esta mierda», ¿no?

—No. Te vi y pensé que podrías cambiarme la vida.

Se queda inmóvil, como si mis palabras la hubiesen partido en dos. Cierro los ojos un instante, pero me obligo a seguir.

—No fui sincera. No tengo cómo justificarlo. Pero cada día contigo no ha sido una tapadera, aunque al principio solo quisiera huir. Este viaje ha sido lo único real que he vivido en años. Nunca quise arrastrarte a mis problemas, ni mucho menos ponerte en la diana de esos… cabrones.

El silencio que se extiende entre las dos es tan denso que parece haber levantado un muro. Olivia se gira hacia el Mustang, y justo antes de entrar, se detiene.

—Cuando lleguemos a Gallup, quiero que te vayas —dice sin mirarme a los ojos.

—Por favor, déjame explicártelo…

—Ya lo has hecho —me corta—. Y si hubiera sido al principio, quizá… podría haberte ayudado. Pero ahora es tarde. Ya me has utilizado lo suficiente.

«Yo no he hecho eso», pienso. Aunque, en el fondo, ni yo misma logro creérmelo del todo.

—Me gustas, y quiero terminar este viaje contigo. Por favor —suplico sin adornos, porque si voy a perderla, al menos quiero que lo sepa.

—¿Quieres… o solo necesitas una conductora que te lleve a Santa Mónica? —espeta con un desprecio que no esperaba—. Ojalá me lo hubieras dicho eso cuando todavía podía creerte.

Sus palabras caen como una losa entre nosotras. Es un punto final, aunque en mi interior desearía que fuese apenas una pausa,

una maldita coma.

No sé cuánto tiempo permanezco de pie, inmóvil frente a ella. Olivia no vuelve a mirarme. Se abrocha el cinturón y rebusca en la bolsa de viaje, fingiendo concentrarse en algo que pueda alejarla de la realidad.

Me doy la vuelta, trago saliva, y camino hacia el capó del Mustang. Las herramientas siguen ahí, como las dejé, aguardando en silencio. Coloco las piezas nuevas con movimientos torpes, tensos, casi sin ver, porque la rabia me empaña la vista. No rabia contra el mundo, sino contra mí misma, porque sabía que podía estropearlo todo… y, aun así, es justo lo que no he podido evitar.

Me lo advertí desde el principio: no te encariñes de Olivia. Este viaje es era mi huida, una tregua. Las mentiras debían pesar más que la verdad.

Pero ella lo cambió todo. Incluso cuando intenté negarlo.

Respiro hondo. Ajusto la abrazadera del radiador, sustituyo la correa quemada y reviso el nivel de aceite como si al reparar el motor pudiera recomponer también lo que acabo de romper. Pero no hay recambio para lo que he perdido, y cuando todo está listo, cierro el capó de un golpe seco y me limpio las manos con el trapo que llevo colgado del cinturón.

Ni siquiera miro hacia el retrovisor cuando subo al coche. Ella ya está en el asiento trasero.

Me acomodo tras el volante, me pongo las gafas de sol y la llave de contacto. El motor arranca a la primera. No sé si por milagro o por pura culpa, pero arranca. Y por un momento, deseo que no lo hubiese hecho.

El rugido del Mustang irrumpe en el silencio. Piso el acelerador y avanzamos. Durante kilómetros, el único sonido es el viento colándose por la rendija del cristal, y el asfalto que devoramos sin decir palabra. Olivia no habla. No sé si duerme, o si solo mantiene los ojos cerrados para no tener que seguir mirándome.

Conduzco hacia Gallup con las manos firmes sobre el volante y el pecho hecho trizas. Cada kilómetro que dejamos atrás nos aleja de lo que construimos, de lo que fingí que podía ser cierto. De la maldita mentira que tejí entre las dos.

Y aunque huir es algo que siempre he hecho con maestría, esta vez no hay destino que me alivie. Porque arrastré conmigo a alguien que no lo merecía. A alguien sumamente bueno… que nunca debió formar parte de mi desastre.



26

Flagstaff, Arizona.

Undécimo día de ruta.

Olivia

Flagstaff tiene un aire distinto. Se respira de otra forma, como si estuviera desconectada de la realidad que he vivido estos últimos días. Es un lugar más alto, más despejado, como si no perteneciera del todo a este mundo. Y eso me hace sentir… vacía.

Ha pasado solo un día desde que me despedí de Riley. Veinticuatro horas desde que la vi quedarse atrás mientras yo arrancaba el Mustang y seguía adelante, fingiendo que no dolía. La vi por el retrovisor, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en la tierra que ya había manchado sus botas. Y yo, como una cobarde, no fui capaz ni de sostenerle la mirada. Le metí unos cuantos cientos de dólares en el bolsillo —a pesar de sus negativas —, como si eso pudiera compensar algo. Como si pudiera saldar sus cuentas. Y me marché.

Pero no consigo quitármela de la cabeza.

Ahora, tras haber dejado el coche a las afueras del centro histórico, camino sola por las calles empedradas. Las cafeterías están llenas, los escaparates exhiben postales preciosas de Arizona, y todo tiene un aire tranquilo, casi de postal. El cielo parece pintado.

Pero ni la calma ni los colores consiguen deshacer el nudo que llevo en el estómago. Ese peso que se me ha incrustado desde ayer y que no se alivia con nada.

Entro en una cafetería pequeña, y el olor a canela me envuelve al instante. Pido un café solo, bien cargado, y unas tortitas para desayunar, aunque apenas las pruebo. Paso más tiempo observando por la ventana que usando el tenedor. No puedo dejar de pensar en Riley. En su sonrisa torcida, en todas esas veces que me robó comida y yo se lo permití. En cómo me sujetó en el globo cuando no podía dejar de temblar. En cómo me miraba… como si yo también pudiera salvarla.

Sacudo la cabeza y doy un trago al café. Ya no sirve de nada repasar lo que ha pasado. No puedo cambiar el resultado. Ni borrar la decepción que sentí al descubrir todas sus mentiras.

Suspiro y, por primera vez en días, decido hacer algo que he estado evitando: una videollamada con mis mejores amigos, Christopher y Samantha.

El matrimonio perfecto. Ese que todo el mundo querría tener.

—¡Por fin! —exclama Sam al segundo tono, su sonrisa cálida y familiar me desarma—. ¿Pensabas convertirte en una nómada permanente? Ya dábamos por hecho que te habías olvidado de nosotros —bromea.

Cierro los ojos. Escucharla me da ganas de romper a llorar, pero me obligo a contenerme. No voy a dejar que una cafetería entera me vea derrumbarme. Cuando aparece Christopher en la pantalla, finjo mi mejor sonrisa.

«Desde luego, he desconectado a lo grande».

—Lo siento —murmuro—. No sabía cómo poneros al día con todo lo que ha pasado.

—¿Todo lo que ha pasado? —interviene Chris, con una ceja arqueada. Detrás de él, gente se mueve con naturalidad. Están en

su cafetería habitual, sin duda—. ¿Te has atrevido por fin a mandar a la mierda a tu jefe? ¿O… has conocido a alguien?

Trago saliva y escondo mi expresión tras la taza.

—¡Ha conocido a alguien! —grita Sam, y le hago señas con la mano para que baje la voz.

—Por favor, estoy en mitad de una cafetería y no quiero que me tomen por loca.

—Vale, venga. Cuéntalo todo ahora mismo.

Y lo hago. Sin filtros. Les explico cómo conocí a Riley, con las manos manchadas de grasa antes de salir de Chicago. Les hablo de la apuesta en el billar, del karaoke, de los paseos por los museos y las ciudades, del globo aerostático, de lo bien que besa… De su risa inconfundible, de sus tatuajes, de su forma de mirarme como si yo fuese lo único que le importara, a pesar del poco tiempo que llevábamos juntas. Pero también les hablo de sus mentiras. De las deudas, de su huida, y de cómo me utilizó —¿lo hizo, de verdad?— como una vía de escape. Les cuento cómo, a pesar de todo, me alejé… aunque cada parte de mí gritaba que no lo hiciera.

—Olivia… —empieza Chris, soltando un suspiro—. Más que culpable por dejarla atrás, deberías sentirte orgullosa de haberla ayudado.

—No puedo —susurro, mientras le doy un bocado a las tortitas, el primero en todo el desayuno—. No dejo de pensar que la dejé tirada. Que me marché cuando más me necesitaba. Aunque me mintiera.

—¿Y si no era mentira? —interviene Sam, en voz baja—. ¿Y si esa que conociste durante el viaje sí era la verdadera Riley? Tal vez su pasado no la define tanto como piensas.

Una parte de mí quiere creerlo. Pero el nudo en el estómago no me lo permite. Bebemos los tres a la vez. Yo niego con la cabeza.

—Ojalá pudiera verlo así —murmuro—. Sabéis que no tolero la mentira. Nunca la he soportado.

—Y llevas años entrenándote en esa sensación, eso es cierto —añade Chris—. Pero míralo desde otra perspectiva. Este viaje es tuyo. Nadie te obligó a cargar con los errores de nadie. Ya tienes bastante con los tuyos. Ayudaste a esa chica, le diste una oportunidad de llegar a su destino. Gracias a ti, no está sola.

Me muerdo el labio. No sé si eso me consuela… o me hunde más. Porque tengo la sensación constante de estar equivocándome, de nuevo. De no saber cómo hacer las cosas bien, por más que lo intente.

—¿Y ahora qué hago? —pregunto, sin saber a quién le estoy lanzando esa pregunta exactamente.

—Despéjate. Haz algo que no esté en esa ruta perfecta que llevas marcada al milímetro. Y manda a la mierda a tu jefe —responde Sam sin titubeos—. Estás cerca de Sedona. Ve, disfruta de las colinas, los senderos, el cielo limpio… Te va a venir de maravilla.

—Sabéis que David me va a matar si me desvío, otra vez, del plan —les recuerdo, aunque los dos se encogen de hombros con total tranquilidad.

—Quizá sea hora de dejar claro de qué estás hecha —comenta Chris.

Sonrío. Estoy agotada. Demasiado para discutir con nadie. Y menos aún con David.

—Lo pensaré. —Les dedico un guiño y sellamos un brindis en la distancia con las tazas de café.

Colgamos con la promesa de que les escribiré más a menudo estos días, y que también les enviaré algunas fotos de las vistas de Sedona.

Si es que voy al final.

. . .

El Lowell Observatory está en completo silencio, y me rodea una sensación de frío que me obliga a ponerme la chaqueta vaquera que había olvidado en el asiento de atrás del coche. Después, me uno al grupo de turistas que ya esperan en la entrada para disfrutar de una noche que ya se viste con un cielo despejado, tan negro que las estrellas parecen grietas de luz en una sábana infinita.

Es una vista tan hermosa que te encoge el corazón, y que a la vez duele y mucho, porque estoy segura que ella también habría querido verlo. No entiendo cómo se ha podido meter tan profundo dentro de mí, cómo es posible que me haya atravesado la piel de esta forma, si Riley es una simple desconocida para mí.

«O lo era».

El guía nos habla de planetas lejanos, de Saturno y sus anillos, de millones de años luz, y me da por pensar en cómo la distancia no es siempre la que nos salva, sino la que empeora las cosas. Igual que me pasó con mis padres, con las personas que alguna vez formaron parte de la mujer que ahora me completa.

—¿Le gustaría echar un vistazo, señorita? —me ofrece el guía.

—Claro, será un placer. —Me acerco al telescopio, respiro hondo y contemplo más allá de lo que podría alcanzar a ver jamás—. Es… perfecto.

Observo el universo, eterno, inalcanzable, y de repente siento una presión en el pecho, un peso que no voy a poder quitarme tan fácilmente. Me aparto y asiento mientras sonrío a otro de los turistas antes de buscar el móvil en el bolsillo. La pantalla ilumina mis dedos y busco entre los contactos el nombre de Riley.

«Escríbele», susurra una parte de mí. La que quiere cerrar este vacío. Pero no lo hago, porque sé que las cosas deben continuar así. Aprieto los labios y miro una última vez al cielo inmenso de Arizona.

—Mañana iré a Sedona.

Bitácora de viaje | Día 11 – Fragstaff, Arizona.

Hay lugares que no aparecen en los mapas, aunque los pises con tus propios pies. Flagstaff ha resultado ser uno de ellos. No por su ubicación, sino por el extraño espacio mental que este lugar abre en ti. Es una ciudad detenida en el tiempo, tranquila, con su aire frío de montaña y sus cielos estrellados que prometen respuestas que ninguna brújula puede señalar. Hoy he recorrido sus calles empedradas, saboreado su café con aroma a canela y he sentido ese silencio incómodo que dejan las despedidas. Porque a veces, en la carretera, no solo dejas atrás ciudades; también dejas personas. Historias incompletas. Capítulos que tal vez no terminen como imaginabas.

He visitado el Lowell Observatory, y he mirado de frente al infinito, sintiéndome tan pequeña como real. Saturno colgaba en la distancia, inalcanzable y perfecto, y me ha recordado que hay cosas que no podemos tocar… pero que aun así nos marcan para siempre.

A los lectores de esta ruta: quizás la lección de hoy no sea sobre paisajes ni gastronomía local. Quizás sea sobre aceptar que algunos viajes no solo cruzan estados o desiertos, sino que atraviesan lo que somos, aunque no estemos listos para ello.

—O.R



27

Sedona, Arizona.

Duodécimo día de ruta.

Olivia

Nunca pensé que encontraría el paraíso en la tierra. Pero aquí estoy, en un lugar asombroso que acaba de recordarme que sigo viva. El Mustang, con su rugido fatigado, ha conseguido traerme hasta aquí, aunque no sin protestar en cada curva de esta carretera secundaria. Cada vez que el motor emitía un sonido extraño, cerraba los ojos y suplicaba: «Por favor, no te pares ahora». Al final, nos hemos empeñado en alcanzar la cima sin rendirnos, y aquí estamos.

Dejo atrás el asfalto y aparco en un claro de tierra roja, donde comienza el sendero que conduce hacia las colinas. Apago el motor y respiro profundamente. El aire huele a naturaleza, a pino, a roca caliente bajo el sol de la mañana. Apenas hay gente a estas horas, solo un par de excursionistas a lo lejos, con sus mochilas brillando a la luz. Me cuelgo la mía a la espalda y alzo la vista al cielo, inmenso, limpio, sin una sola nube. Es como haber entrado en otro universo. Las colinas rojas se elevan imponentes, como gigantes milenarios que llevan siglos esperando que alguien se atreviese a contemplarlos. Y yo no pienso dejar pasar la oportunidad.

Bebo un poco de agua, guardo el móvil en modo avión y empiezo a subir. Aunque no traigo ropa de senderismo, avanzo paso a paso, obligándome a dejar atrás las dudas, las voces de los últimos días y ese nudo en el estómago que no me ha dejado dormir. No he dejado de soñar con Riley: con su mirada herida, con esa sonrisa tan intensa que ya no volveré a ver.

No quiero pensar en ella, pero es inútil. Cuanto más avanzo, más siento su presencia, como si caminara un metro detrás de mí. Me pregunto si ya habrá conseguido un billete de autobús hacia Santa Mónica. Si logrará llegar a tiempo para despedirse de su madre.

—Ojalá encuentre lo que busca —susurro para mí.

El sendero se estrecha entre arbustos y rocas salpicadas de un verde pálido que me detengo a fotografiar. Este paisaje me atraviesa por dentro, arranca lo superficial y deja lo esencial. Y lo esencial en mí ahora mismo es una sola pregunta: ¿qué demonios estoy haciendo con mi vida?

Reflexiono sobre ello durante todo el camino. Y cuando al fin llego al mirador, me detengo, sin aliento. Ante mí se despliega Sedona, con sus colinas rojizas y sus valles dorados extendiéndose como una pintura viva. Las formaciones rocosas, esculpidas por siglos de viento, se alzan majestuosas. Es sobrecogedor, crudo, gigantesco. Tan impactante que no soy capaz de apartar la vista.

Cierro los ojos un instante. La brisa tibia me acaricia la cara, y algo dentro de mí comienza, por fin, a colocarse en su sitio. Poco a poco, la culpa, la incertidumbre, la rabia… se disuelven. Y en su lugar queda una paz que no sabía cuánto necesitaba.

—Estás viva —me recuerdo—. Y puedes decidir cómo quieres continuar.

No sé cuánto tiempo paso ahí, en silencio, contemplando no solo el paisaje, sino una verdad que va más allá de mí. Podría quedarme horas. Pero algo en mi interior me impulsa a continuar, a

regresar al coche, a entregarme de nuevo a la carretera, como si aún me quedara algo pendiente.

Aunque no sepa exactamente qué.

Bebo otro sorbo de agua. Las piernas me tiemblan con el descenso, pero la sensación es buena. He acariciado troncos rugosos, me he manchado de tierra las botas, he hecho fotos, y también he quitado el modo avión para enviarle un par a Christopher y Sam. Porque tenían razón. Esta parada me ha hecho bien. Tanto como llegar al Mustang y apoyar la mano sobre el capó aún caliente por el sol.

—Buen chico —murmuro, acariciando la pintura negra—. Espero que aguantes un poco más. Aún nos queda camino.

Me pongo el cinturón, me recoloco el pelo, y arranco. El motor responde al primer intento con ese rugido ronco que ya casi siento como parte de mí. Cansado, sí, pero vivo. Igual que yo. Igual que este extraño viaje, que empezó como un encargo y se ha convertido en algo más profundo, aunque aún no sepa muy bien cómo definirlo.

Reincorporándome a la carretera, siento vibrar el móvil en el asiento del copiloto. Es David. Y lo último que me apetece es hablar con él. Pero no puedo ignorarlo, no si estoy esperando su opinión sobre el artículo. Así que activo el altavoz.

—Dime —contesto, con la mirada fija al frente, regresando poco a poco a la ruta.

—Por fin. Pensaba que me estabas evitando. —Su voz suena cortante, sin una pizca de paciencia—. ¿Vas a explicarme qué demonios me has enviado?

Trago saliva.

—Es lo que he vivido durante la ruta, David. Algo auténtico.

—¿Auténtico? —resopla, claramente molesto—. Olivia, esto no es lo que te pedimos. Sabes de sobra que no vende. No quiero reflexiones metafóricas ni paseítos bucólicos por las colinas. Queríamos un texto dinámico, ingenioso, dirigido a urbanitas con

dinero que sueñan con perderse en el desierto como haría cualquier influencer. Pero esto… —Se oyen papeles revolverse al otro lado de la línea—. Esto no es para nada lo que esperábamos.

—Pues no pienso mentir —le interrumpo, con la mandíbula tensa—. No voy a fingir que este viaje ha sido perfecto cuando ha sido todo lo contrario. Si quieres que hable de spas de lujo y *brunchs* orgánicos en Albuquerque, busca a otra redactora.

Se forma un silencio espeso que bien podría costarme caro, pero ya no me importa.

—Olivia… —insiste, con ese tono condescendiente que siempre me ha crispado los nervios—. No seas idiota. Esto es un encargo profesional. Si no entregas lo que queremos, ya sabes lo que va a pasar.

Aprieto el volante y miro el horizonte, a la línea infinita de la carretera que corta el desierto.

—Sí. Lo sé —murmuro—. Pero quizá eso ya no me importe tanto.

—¿Estás diciendo que quieres cargarte la oportunidad de ser redactora principal?

—No —respondo con calma, y sé que es la primera vez en mucho tiempo que hablo en serio—. Te estoy diciendo que quiero escribir algo de verdad, y no esconderme en el tipo de artículos que tu deseas, ni de ti, ni de nadie.

Me sorprende oírme a mí misma escucharme hablar así. Pero es cierto. Lo siento tan adentro, que parece que lleve un fuego que ya no voy a poder consumir.

—Piensa bien lo que haces —masculla mi jefe—. Porque cuando tomes esta decisión, ya no habrá vuelta atrás.

—Pues ya me lo he pensado —respondo. Y cuelgo la llamada.

El silencio regresa al coche, donde solo se escucha el rumor del motor y la brisa del desierto colándose por la ventanilla del coche para acompañar al latido fuerte de mi corazón. Acabo de

despedirme, de mandar a la mierda a mi jefe, de quedarme sin trabajo con total seguridad. A lo lejos, las colinas de Sedona desaparecen en el retrovisor. Delante de mí, la carretera se abre infinita, ofreciéndome un montón de posibilidades.

Y ahora, seré yo quien tenga el control de cada una de ellas.



28

Gallup, Arizona.

En ese momento…

Riley

No he sido capaz de subirme al primer autobús rumbo a Santa Mónica. De hecho, hace apenas cinco minutos que ha desaparecido ante mis ojos. El Mustang de Olivia debe de estar ya muy lejos de aquí, devorando kilómetros mientras ella decide, por fin, hacia dónde quiere ir. Yo, en cambio, sigo atrapada. No he logrado marcharme de Gallup, ni olvidar lo ocurrido, ni continuar mi camino como si nada. Sé que se lo prometí, que no miraría atrás, que pondría tierra de por medio y me perdería como siempre. Pero esta vez no puedo. No quiero. Porque si lo hago, nunca conseguiré quitarme este peso de encima.

Doy media vuelta y dejo atrás la estación, con los pensamientos golpeándome la cabeza y la incertidumbre palpitando en el pecho. Me acaricio el colgante mientras recorro las calles polvorientas de este sitio en el que las fachadas desconchadas y las gasolineras de otro tiempo parecen resistir por pura obstinación. Compro un refresco y una bolsa de Doritos de la máquina que hay en la entrada, aunque sé que lo que realmente tengo que hacer es otra cosa.

Marco el número de mi hermano por quinta vez en lo que va de mañana. Pero vuelve a saltar el buzón de voz.

—«Deja tu mensaje después de la señal…»

Cuelgo antes de que suene el pitido. No pienso hablarle a un contestador. Lo que tengo que decirle necesita escucharlo directamente de mí, y no le pienso conceder otra escapatoria. Me froto la nuca, respiro hondo y busco un lugar donde sentarme. Justo enfrente hay un motel de carretera, con un cartel de neón medio fundido. Es cutre, sí, pero tiene Wi-Fi, y eso me basta. Pago en efectivo y reservo una habitación para una sola noche.

Dentro, la estancia huele a humedad y a desinfectante barato. La moqueta está desgastada, y las paredes cubiertas por un papel pintado que, en algún momento, quiso ser de flores pero ahora parece un garabato envejecido. Dejo la mochila en una silla coja y me siento en el borde de la cama con el móvil en la mano. No pienso darle a Brandon otra oportunidad para desaparecer. El muy cabrón me metió en esto. Alguien que debería haberme cuidado cuando éramos críos y acabó arrastrándome a su propio pozo.

Marco su número una vez más. Cada tono es como un golpe seco que me sacude la sien. Uno. Dos. Tres...

Por fin contesta. Su voz es áspera, distante. Justo como la recuerdo.

—¿Qué coño quieres, Riley?

El estómago se me retuerce y siento un nudo tan tenso que apenas puedo respirar.

—Quiero que des la cara, Brandon —disparo, sin rodeos—. Que soluciones, de una vez, esta mierda en la que me has metido.

El silencio al otro lado es denso. Casi puedo imaginármelo mordiéndose la lengua, mirando en todas direcciones como un perro acorralado. Estoy segura de que cada mañana revisa las rendijas de la persiana antes de moverse por su propia casa, por si alguien está vigilando.

—Yo no tengo nada que hacer —responde al fin, con esa cobardía que ya me es tan familiar—. No es asunto mío.

—¡Claro que es asunto tuyo! —grito sin querer. El eco de mi voz rebota contra las paredes vacías, abrasándome la garganta—. ¿Se te ha olvidado que todo esto empezó por tus malditas trampas y deudas? Me están buscando a mí porque tú te largaste.

Brandon resopla, harto, y me hierve la sangre de pensar que todavía tenga la desfachatez de mostrarse molesto.

—No puedo ayudarte, Riley. Arregla tú tus propios problemas.

Me río con incredulidad y niego con la cabeza. Estoy a punto de estampar el móvil contra la pared.

—Mis problemas son los tuyos, capullo. —Agarro el teléfono con tanta fuerza que me cruje la muñeca—. Pero ¿sabes qué? Ya no necesito que me salves el culo. Lo haré sola. Y cuando termine, me encargaré de que sepan que deben buscarte a ti.

—No llames más —masculla, y corta la llamada.

La pantalla se queda negra. Como la habitación. Me quedo ahí sentada, con el móvil en la mano y la rabia ardiéndome tras los ojos. Qué fácil lo ha tenido siempre. Huir, desaparecer, hacer como si estuviera muerto. Meternos a todos en su mierda sin preocuparse nunca por las consecuencias.

«De tal palo…». Sacudo la cabeza. Ya basta. No pienso seguir permitiéndolo.

Repaso la lista de llamadas recientes. Paso de largo el nombre de mi hermano. También ignoro a gente que, en otro tiempo, fue amiga, pero a la que ya no quiero ni ver —aunque probablemente sean ellos los que ya no quieren saber de mí—. Al final, marco el número que lleva horas acosándome a mensajes.

Después de lo que le hicieron a Olivia, han dejado de esconderse. Y yo tampoco pienso hacerlo.

El tono tarda en sonar. Pero cuando la voz al otro lado responde, un escalofrío me recorre la espalda.

—Vaya, vaya, vaya… Mira quién decide dar señales de vida —dice con voz ronca y burlona—. ¿Te has perdido, nena?

Trago saliva. Respiro hondo. No debo flaquear. Por mucho que me tiemble el cuerpo por dentro, necesito zanjar esto de una vez por todas. Que se olviden de mí.

—Quiero acabar con esto cuanto antes.

Su risa al otro lado del teléfono me revuelve el estómago.

—¿Por fin vas a pagar lo que nos debes? ¿O vienes a suplicar clemencia?

—¿Lo que os debo? —repito con ironía—. ¿De verdad tienes la cara de decirme eso? —Tomo aire y continúo, con voz firme—. Necesito que nos veamos. Sin trampas. Sin intimidar a nadie más, y mucho menos a quien no debíais haber tocado.

—Fue una conversación más que agradable. No me lo eches en cara —responde, divertido.

Hay un murmullo al fondo. O quizás solo sea el eco de mis propios pensamientos. Ya no lo tengo claro.

—Todavía estoy en Gallup, así que puedes venir cuando quieras. Mañana, después de las nueve, en el viejo depósito junto a la vía. No pienso daros otra oportunidad.

—No me vengas con amenazas, Riley, que no estás en disposición…

—¿Vendrás o no? —le corto. Él se ríe.

—Tienes agallas, chica. Que lo sepas —responde sin más florituras—. Siempre las has tenido. Nos vemos allí, y más te vale no intentar ninguna gilipollez.

La llamada se cuelga, y cuando dejo el móvil sobre la cama, respiro hondo. La adrenalina me corre por las venas como si fuera fuego líquido. Me paso las manos por la cara, me miro en el espejo que hay en la pared de enfrente y aprieto los labios. Después, mi mirada va a parar a una pequeña cicatriz casi escondida por uno de

mis tantos tatuajes, una herida de guerra que me recuerda el camino que he recorrido.

—No pienso regresar a Santa Mónica sin arreglar esto… —murmuro, en un intento por convencerme a mí misma.

Pero esta vez, lo siento diferente, porque no pienso subirme a un autobús para seguir huyendo cada tres meses. Pienso en Olivia, y en su mirada antes de decirme adiós.

Y es ella la que me convence de que puedo enfrentarlos de frente.



29

Flagstaff, Arizona.

Esa misma noche.

Olivia

El sol empieza a ponerse cuando regreso a Flagstaff. Dejar atrás las colinas de Sedona hace que la burbuja en la que parecía estar soñando estalle y me devuelva de golpe a este viaje por carretera que nunca imaginé que pudiera cambiarme tanto la vida. Me he pasado el día intentando aclarar la cabeza, respirando el aire limpio de las alturas, rodeada de naturaleza, de esas rocas rojas y de un cielo inmenso que… Dios, debería haberme dado una sensación de libertad absoluta, pero, en realidad, me siento más perdida que nunca.

Nada más aparcar, echo un vistazo al móvil. En la pantalla sigue parpadeando el correo sin enviar que redacté tras hablar con David. Lo observo de reojo, releo una y otra vez cada palabra y aprieto las manos contra el volante.

Sé que, quizás, estoy cometiendo una locura, pero si no me lanzo ahora, jamás reuniré el valor. Así que respiro hondo, pulso el botón y lo envío.

«Para David. Carta de dimisión…», murmuro para mis adentros.

Algunos dirían que esto va a ser el mayor error de mi vida, pero yo lo veo justo al contrario. Por fin me he quitado los grilletes que llevaba años arrastrando. Y ha tenido que aparecer una tal Riley Torres para que me dé cuenta de ello.

Me incorporo en el asiento. Por primera vez en semanas, mi voz, mis palabras, van a ser únicamente mías. No de una revista vendida que solo busca titulares y prensa rosa entre *influencers*, ni de un jefe que cree que contar historias consiste en maquillarlas para vender mejor.

El mundo puede irse a la mierda.

Porque lo que yo quiero es narrar una experiencia, llegar a esas personas que, en algún momento, también se han sentido perdidas.

El cielo azul oscuro roza ya la noche. Las calles están muy tranquilas, salpicadas por farolas anaranjadas, y el casco antiguo parece respirar con calma, como si fuera un ser vivo al que nadie quiere perturbar. Busco dónde aparcar y diviso una cafetería que está cerrando, al lado de una tienda de artesanía. Justo enfrente, hay un bar.

«Perfecto, es justo lo que necesito».

No es momento de buscar un hotel, ni de cenar, ni siquiera de seguir escribiendo el artículo y la siguiente parte que ya he empezado en el teléfono. Necesito una copa. O dos. Desconectar un rato antes de que las dudas me devoren.

Al entrar, el olor a licor y cerveza me llena los pulmones. De fondo suena una canción que reconozco de los días en los que Riley ponía la radio a todo volumen. Hay mesas medio vacías y otras ocupadas por gente que habla en voz baja, entre risas y el sonido seco de unas bolas de billar en un rincón.

Este parece un sitio de paso. Igual que yo.

Me acomodo en un taburete, y el camarero —treinta y tantos, barba de dos días, sonrisa fatigada— se acerca con expresión

paciente.

—¿Qué va a ser?

—Un bourbon doble.

Cuando lo sirve, el líquido ámbar brilla bajo las luces tenues de la barra, y veo reflejado mi rostro cansado. El primer sorbo me arde en la garganta, aunque me gusta; porque, a pesar de que quema, me recuerda que sigo viva.

Entonces, alguien ocupa el taburete de al lado, sentándose con la familiaridad de quien parece haber sido siempre parte del mobiliario.

—No eres de aquí, ¿verdad? —adivina, con una voz grave, rasposa por el tabaco o por demasiadas noches como esta.

Le miro de reojo. Lleva una camiseta gris y unos vaqueros desgastados. Su sonrisa torcida parece sacada de una película del oeste, y no puedo negar que es bastante atractivo. Aunque, al devolverle la sonrisa, me doy cuenta de que no provoca ese vértigo de Riley, esa sacudida que te estruja el pecho y te llena de mariposas.

—¿Tan evidente es? —respondo, fingiendo indiferencia.

Él sonríe con unos ojos claros, serenos.

—Tienes pinta de turista extraviada.

—Algo así —digo, alzando la copa.

—¿Y cómo te llamas?

Podría inventarme un nombre, pero ya no me quedan energías para juegos.

—Olivia.

—Jake, encantado.

Me ofrece la mano y se la estrecho. Aunque es grande y firme, hay una suavidad cálida en su tacto que se queda contigo un ratito.

—¿Vienes sola? —pregunta con curiosidad.

—Casi siempre.

Me sostiene la mirada un segundo más de lo necesario. Hay en sus ojos una curiosidad limpia, sin parecer nada impertinente.

—Pues es una lástima.

Bebo otro sorbo y, por fin, los pensamientos comienzan a desdibujarse. Me gusta esta sensación: no tener que ser nadie en particular, no pensar en la ruta, ni en el maldito artículo, ni en Riley… en nada. Jake se inclina un poco hacia mí y choca su copa con la mía.

—Si te apetece buena compañía… no tienes por qué beber sola.

—No quiero complicaciones —le aclaro. Y es verdad. Solo quiero distraerme.

Él vuelve a sonreír, y dos hoyuelos se marcan bajo su barba de varios días.

—Créeme, no lo seré. Al menos, no esta noche.

Le observo en silencio, entornando los ojos. Me lo pienso unos segundos antes de dejar el vaso vacío sobre la barra con un golpe suave y encogerme de hombros.

—Está bien. ¿Me invitas a la siguiente?

Sonríe, complacido.

—Pensaba que no lo pedirías nunca.

. . .

La conversación avanza con una fluidez natural. Jake me cuenta cosas sobre su moto, sobre cómo trabaja arreglando coches en un taller a las afueras —debo de tener un imán para los mecánicos—, y sobre su llegada a Flagstaff, impulsada por el hastío de vivir en Denver —quizá también atraigo a los nómadas—. Por mi parte, le

hablo de Sedona, de la libertad que sentí allá arriba, de este viaje que me lleva de un sitio a otro. Aunque omito a Riley, y tampoco menciono la carta de renuncia ni esa sensación constante de que el suelo ha comenzado a resquebrajarse bajo mis pies, sin darme ni una mínima oportunidad para mantenerme en pie.

Esta noche solo quiero ser otra. Alguien a la que no hagan daño a través de mentiras o amenazas.

Las copas se vacían con lentitud, al igual que mi tensión. En un instante concreto, Jake roza su pierna con la mía y me mira sin apartar la vista, con una franqueza que no necesita ni una sola palabra.

—¿Quieres salir de aquí? —susurra.

Titubeo apenas un segundo, pero al final, asiento.

El frío nocturno me golpea en el rostro al cruzar la puerta. Las calles están desiertas ahora, con farolas que parecen encogerse de sueño y los neones de los escaparates ya apagados. Jake me lleva hacia el primer callejón, me arrincona contra una pared, y siento sus manos rodeándome la cintura, su boca sobre mi cuello, sus labios encajando con los míos… Dejo que me bese, y le devuelvo el gesto con rabia, con urgencia, con la desesperación de quien necesita anular cualquier otro sentimiento.

Sus dedos se enredan en mi pelo mientras mi espalda se arquea contra la pared. El sabor del bourbon en su boca, mezclado con el tabaco, me resulta familiar y embriagador.

Vacío llenando vacío.

—Vamos a mi apartamento. Está muy cerca de aquí.

Mi respiración se vuelve inestable, entrecortada.

—Vale.

El camino hasta su piso no lleva más de cinco minutos. Reímos a medias, entre murmullos y susurros al oído, mientras su mano no se separa de mi cintura. No quiero pensar en nada, sólo avanzar, dejarme llevar.

Su apartamento huele a madera vieja y a tabaco. Cerramos la puerta con un golpe seco y Jake me empuja con cuidado hacia una pared. Sus besos arden. Busco el borde de su camiseta, deseosa de sentir su torso bajo mis dedos.

—Joder… estás buenísima —masculla contra mi cuello.

Mis vaqueros caen hasta los tobillos. Los suyos también. Nuestros cuerpos se encuentran, se reconocen, pero justo en el momento en que nos tumbamos en su cama, algo me paraliza. La imagen de Riley me atraviesa como un cuchillo.

—Para —susurro, apenas sin voz.

Jake no se detiene.

—Para —repito, esta vez con firmeza.

Entonces se detiene. Me mira, desconcertado, con esos ojos azules que ahora no comprenden qué ha hecho mal.

—¿Qué pasa?

Me incorporo y me cubro con la sábana. El corazón me golpea en el pecho con violencia y las lágrimas me escuecen bajo los párpados. Miro al suelo, donde mi ropa yace abandonada.

—No puedo —balbuceo.

Jake se sienta a mi lado.

—¿Te he hecho algo?

Niego en silencio, aun evitando su mirada.

—No eres tú. Es… otra cosa.

Me froto los ojos con la palma, que tiembla sin remedio. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Quién soy esta noche? Me levanto y localizo la camiseta entre los pliegues de la ropa. Al ponérmela, siento una punzada de culpa que me oprime el estómago.

—Lo siento —digo, sin mirarle—. No debería haber venido.

—Oye, Olivia… —intenta tocarme el brazo, pero me aparto—. No tienes por qué marcharte. Podemos… simplemente dormir. Es

muy tarde para que estés sola por ahí.

—No —interrumpo—. De verdad. Necesito irme.

Recojo el resto de mi ropa con movimientos torpes. Me calzo deprisa. Jake me observa, perplejo, pero no insiste. Se nota que es un buen tipo. Ojalá no se hubiera cruzado conmigo esta noche. Salgo de su apartamento sin volver la vista atrás. El aire me corta la cara, más gélido que antes.

Camino sin rumbo, bajo las farolas anaranjadas. El nudo en el pecho se intensifica, como si se apretase más con cada paso.

«Nunca debí dejarla atrás», me repito. Pero ahora, ya es demasiado tarde para volver.



30

Gallup, Arizona.

Al día siguiente.

Riley

No sé cuántas veces he intentado convencerme de que Olivia y los días que he pasado con ella no han significado nada, cuando la realidad es que no puedo quitármela de la cabeza. Siento que tampoco seré capaz de seguir adelante sin ella. Como si, en realidad, no estuviéramos ya destinadas a un final inevitable en nuestro camino.

Me repito que debo olvidarla en cada minuto de cada hora que paso sola en el motel, bajo el agua helada de la ducha, incluso mientras dejo a medio consumir cada cigarro apoyada contra la fachada del edificio. Me digo que solo fue una distracción en esta ruta miserable. Una turista con ganas de jugar a Bonnie, sin saber que yo nunca podré ser una Clyde para ella. Que, en realidad, no soy nada para nadie.

Cierro los ojos mientras doy pasos cortos y apuro otro cigarrillo. Su risa me alcanza como una ráfaga punzante que me atraviesa el pecho. Tengo grabado en la memoria su forma de agarrarse a mí en el globo, el olor de su perfume en la piel y ese champú de moras que ha utilizado durante todo el viaje.

Joder.

Aprieto los puños con fuerza y echo la cabeza hacia atrás. Porque esto, precisamente esto, debería ser el menor de mis problemas teniendo en cuenta lo que estoy a punto de hacer.

Lanzo la colilla al suelo y me encamino hacia el viejo depósito junto a la vía, el lugar donde he quedado con ese cabrón. El punto donde prometí que acabaría con todo de una vez. La noche ya comienza a caer, y solo alcanzo a distinguir la luz de neón de un taller lejano que parpadea, como si me lanzara un aviso velado.

Inspiro con fuerza.

La verdad es que no siento miedo. Esa emoción la dejé atrás hace mucho. Pero sí noto ese nudo en el estómago que me avisa de que algo va a salir mal.

—Vamos allá, Riley —me digo en voz baja, mientras los nudillos me crujen por culpa de la presión de mis manos—. Es hora de terminar con esto.

Empujo la puerta metálica del depósito, y su chirrido rompe la oscuridad como un grito oxidado. Dentro huele a hierro y grasa acumulada durante años. También percibo esa tensión en el aire, densa, como si lo que fuera a encontrarme aquí dentro no fuera otra cosa que una sentencia.

Él me está esperando. Fuma con una tranquilidad insultante, recostado contra una columna, y en cuanto me ve, esboza una sonrisa torcida.

—Vaya, vaya… —dice, apareciendo de entre las sombras—. Mira quién decide presentarse al fin. La lista de la familia. Ya pensaba que ibas a hacer como tu hermano.

Ajusto la mandíbula y avanzo despacio, con el eco de mis botas marcando el paso sobre el hormigón.

—Se acabaron los juegos —declaro con una firmeza que me sorprende incluso a mí—. No voy a pagar por los errores de

Brandon. Esa deuda es suya, no mía. Id a buscarle a él y dejadme en paz.

—¿Y eso es todo lo que vienes a decirme? —suelta una carcajada ronca.

—Es lo justo, ¿no crees?

Me observa detenidamente. Da una calada profunda al cigarro y lo lanza al suelo, lo pisa con la suela mientras arrastra el pie sobre el asfalto. Luego se frota las manos enguantadas con calma, disfrutando del momento como si ya saborease el desenlace.

—¿De verdad piensas que esto va de justicia? —pregunta con una voz grave, cargada de amenaza—. Esto va de resultados, chica. Y resulta que Brandon ha desaparecido sin dejar rastro y con los bolsillos vacíos. Pero tú… tú estás aquí. Y tengo la sensación de que vales mucho más que él.

Doy un paso adelante. Mi sombra se proyecta sobre el suelo, donde manchas de aceite y olor a gasolina se mezclan con el humo rancio del tabaco.

—No tengo su dinero. No tengo sus tratos. Yo no robé nada. No os prometí ni un centavo.

Él sonríe con esa expresión torcida y prepotente que me revuelve el estómago. Cree que tiene todas las cartas. Y probablemente sea cierto.

—Pero tienes algo mejor, ¿recuerdas? Alguien que sí puede pagar por ti.

Un escalofrío me recorre la espalda y se me revuelven las entrañas.

—Ni se te ocurra… a ella la dejas en paz —espeto, con voz tensa.

El tipo se encoge de hombros y ladea la cabeza con una mueca burlona.

—¿Se llamaba Olivia? La verdad es que tuvo agallas cuando me la crucé. A estas alturas ya debe de estar en su siguiente parada. Seligman, si no me falla la memoria. ¿Se desviará hacia el Gran Cañón? Sería una pena que no lo hiciera, ¿no crees?

Su tono desenfadado me hiela la sangre. Siento el sudor corriéndome por la nuca. Aprieto los puños como si eso pudiera contener la rabia que me arde por dentro. Aunque me empeñe, sé que no tengo nada que hacer contra él.

—Quizá vaya a buscarla para pedirle un favor. Que colabore un poco con nosotros. —Esboza una sonrisa cruel que me provoca náuseas—. O mejor aún, quizá seas tú quien lo haga. ¿Qué opinas?

—Ni se te ocurra acercarte a ella…

Vuelve a encogerse de hombros con fingida indiferencia.

—Entonces haz lo que te digo. No querrás que ocurra un «accidente» en la carretera, ¿verdad? Ese coche no es precisamente una maravilla… o puedo improvisar un robo con violencia. Imagina el Mustang ardiendo en mitad del desierto.

Me falta el aire. Esto ya no va de mí. No puedo permitir que la pongan en peligro por culpa de Brandon. O por la mía. Me asalta la imagen: ella con el pelo suelto, mientras yo conduzco el Mustang, sus ojos azules brillando de emoción, esa felicidad sincera que se me ha quedado grabada.

—No vais a tocarla —gruño—. Ni un solo pelo, ¿me oyes?

La sombra del tipo se solapa con la mía. Su aliento apesta y me golpea en la cara. Sé que podría sacar el teléfono, hacer una llamada y terminar con esto. Pero también sé que probablemente haya alguien más vigilando, alguien atento al más mínimo movimiento.

—Tú decides, Riley. La piedra está en tu tejado… —aclara con sorna—. Nosotros solo queremos el dinero, me da igual si me traes a tu hermano en persona. Pero hazlo.

El corazón me golpea en las costillas y noto cómo la boca se me seca. Mis manos están preparadas para volar a su cuello y cerrarlas con fuerza hasta que deje de sonreír así, pero no puedo hacer nada mientras Olivia esté en peligro.

Y todo por mi culpa.

—Dame un par de días o tres —murmuro, con la garganta seca—. Encontraré una salida para esto, pero no la toquéis ni os acerquéis a ella. ¿Está claro? Si le pasa algo, juro por Dios que os mato con mis propias manos.

—Tienes cuarenta y ocho horas.

Me doy la vuelta sin esperar más respuesta que esa. Salgo del depósito y la puerta chirría tras de mí mientras no puedo evitar echar un vistazo por todas partes. La noche me traga como un pozo sin fondo mientras mis pasos suenan huecos sobre el suelo de grava sucia. El miedo me atraviesa de una forma que no había sentido nunca —eso me pasa por hablar—, he perdido cualquier signo de valentía, porque estoy atemorizada.

No por mí, sino por Olivia. Por lo que estos cabrones pueden hacerle si no les doy algo mejor. Si no les ofrezco algo que valga más que su cuello.

Me pierdo entre las calles y regreso al motel para recoger mis cosas. La única solución que encuentro es sacar un billete de autobús y poner rumbo a su siguiente parada, e intentar adelantarme a sus movimientos.

Tengo que encontrarla. Tengo que explicarle todo lo que ha pasado y sacarla de este maldito desastre. Porque no puedo dejar que pague por mi mierda, ni por la de Brandon. No puedo permitir que Olivia sufra por esto. Aprieto los puños y dejo ir todo el aire que tengo en los pulmones.

—Espérame, princesa —murmuro, con los ojos cerrados—. Voy a por ti.



31

Williams, Arizona.

Decimocuarto día de ruta.

Olivia

Siento como si me hubiera arrancado una segunda capa de piel. No sé si es porque he dejado atrás Flagstaff y sus fantasmas, o porque esta ciudad diminuta, casi de postal, es tan solo un punto perdido en el mapa que me recuerda que sigo en ruta, en movimiento, aunque por dentro me sienta estancada.

Aparco el Mustang —mi fiel compañero en este extraño trayecto, imperfecto, lleno de curvas imprevisibles— en una de las calles cercanas a la estación. El motor emite un ruido raro al apagarse, como si él también estuviera agotado después de todo lo vivido últimamente.

—Eres un campeón —susurro, acariciando el volante con un gesto agradecido.

Desciendo del coche y estiro los brazos, dejando que el cuerpo se desperece con cierta pereza, cargado aún por el peso de lo que ha sucedido en las últimas horas. Todavía percibo en mi piel el perfume de Jake, mezclado con el bourbon que compartimos en aquel bar. Recuerdo nuestras risas apagadas, las caricias, la habitación de la que me marché sin volver la vista. No me

arrepiento, porque no fue culpa suya, ni tampoco mía. Solo necesitaba borrar de mi cabeza a Riley, a David… a mí misma.

Aunque fuera solo durante unas horas. Y aunque fallara en el intento.

Lo único que tengo claro es que ya no soy la misma Olivia que partió de Chicago con una lista de tareas por cumplir, destinos que visitar, horarios cerrados y un artículo por escribir. Tampoco soy la Olivia que pretendía controlar cada paso del camino. Rompí el guion cuando envié mi carta de dimisión. Y ahora, ya no hay marcha atrás. Por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo la oportunidad de hacer las cosas bien.

Me pongo las gafas de sol, cuelgo el bolso de viaje al hombro y me dirijo a la estación. Por suerte, conseguí un billete de última hora, en un impulso que me llevó a tomar una decisión fuera del itinerario inicial. El Gran Cañón ni siquiera figuraba en la ruta oficial de la revista, y aun no entiendo por qué. A David le habría dado un infarto si llego a ir en contra de sus órdenes, pero ya me da igual.

—¿Nombre? —pregunta la mujer del mostrador, sin apenas levantar la vista.

—Olivia Reed —respondo, ajustándome el asa del bolso.

Ella teclea unos segundos en el ordenador y me entrega el billete impreso. El papel es tan fino que parece que podría deshacerse entre los dedos, pero para mí es como una llave hacia una vida nueva que todavía no conozco y que anhelo explorar.

—Andén dos —me indica—. El tren sale en diez minutos.

Le agradezco con un murmullo y, tras un último vistazo al Mustang —por si acaso me echa de menos—, avanzo hacia el andén con el corazón golpeando con fuerza. La estación es pequeña, casi parece de juguete. Hay unos pocos bancos de madera desgastada y carteles turísticos descoloridos que, pese a todo, conservan cierto encanto.

El cielo está completamente despejado. Azul, limpio, como si también él quisiera empujarme hacia este nuevo destino.

Al subir al vagón, me invade una sensación cálida, difícil de describir. Incluso la tapicería me provoca una sonrisa. Busco mi asiento junto a la ventana y respiro hondo en cuanto me dejo caer sobre él. Desde aquí, Williams se despliega ante mí con sus tejados bajos y sus calles silenciosas, vacías de turistas a esta hora, mientras un cosquilleo me recorre el pecho.

Esto es real. Palpable. No una simple postal, ni un texto para lectores de una revista pretenciosa con sueños ajenos. Esto es mi vida, y estoy a punto de darle un vuelco. A pesar del vértigo que me provoca lo desconocido.

El tren comienza a vibrar. El motor ruge suavemente, y en cuestión de segundos dejamos atrás la estación. Y con ella, dejo también algo de mí, clavado en el asfalto. Quizá una parte de aquella Olivia que creía que la vida podía escribirse con reglas y previsiones.

Apoyo la frente en el cristal, frío por la brisa de la mañana. Las colinas rojizas y ocres de Arizona se despliegan al otro lado de la ventanilla, moteadas de arbustos polvorientos. Sobre ellas, un cielo inmenso que no me canso de observar. Pienso en Sedona. En las rocas que acaricié con la palma abierta, como si esperase que me revelaran alguna verdad en mitad de mi discusión con David y de su desprecio hacia mi trabajo.

«No quiero reflexiones poéticas ni paseítos por colinas. Queríamos un artículo dinámico, ligero, para urbanitas con dinero que sueñan con perderse en el desierto como si fueran *influencers*. Esto no es lo que buscamos.»

Bufo en voz baja. ¿Qué sabrá él sobre lo auténtico? ¿Qué sabrá de lo que supone dejarse la piel en cada kilómetro, escribiendo con el deseo de que tus palabras transformen a quien las lea? Nunca me he considerado una periodista cualquiera. Y ahora tengo la oportunidad de demostrarlo.

Cierro los puños sobre mi regazo. En mi mente aparece la sonrisa de Riley, siempre animándome. Quisiera apartarla de mis pensamientos, pero es inútil. Su imagen se cuela en cada rincón de mi memoria. Sus labios. La forma en que consiguió despertar en mí una espontaneidad que creía inexistente. Vi la mentira en sus ojos, sí, pero también vi mucha verdad. Y no sé si la odio por lo que hizo, o si la echo terriblemente de menos.

Quizá las dos cosas.

El revisor solicita los billetes. Le entrego el mío con una sonrisa agotada. Él lo sella sin apenas mirarme y sigue su ronda. Vuelvo a apoyar la cabeza en el cristal. A lo lejos, entre la hierba baja, distingo una manada de ciervos. Me pregunto si sabrán que los humanos también nos perdemos a veces. Que huir no siempre basta para dejar atrás lo que somos, ni las decisiones que hemos tomado.

El tren asciende una loma y, durante un instante, el horizonte se abre ante mí. Muy lejos, como un susurro en el aire cálido, vislumbro los primeros detalles del Gran Cañón. Apenas una línea quebrada en el paisaje, pero suficiente para hacerme contener el aliento.

No sé qué me espera allí. No sé si aliviará esta sensación de estar rota, o si me hará sentir menos culpable, menos cobarde. Pero deseo verlo. Quiero que mis ojos lo abracen, que mi cuerpo lo respire, que mi alma se deje empapar por su inmensidad. Incluso si eso significa que mi corazón se rompa un poco más.

Quizás ese sea el precio de cambiar.

El móvil vibra dentro de la mochila. Lo saco sin demasiadas ganas, esperando otra notificación absurda o un mensaje de spam, pero me sorprende ver iluminado el grupo de WhatsApp con Christopher y Samantha. Casi había olvidado que tenía que ponerlos al día.

> **Christopher**: ¿Por dónde andas? ¿Sigues en Arizona? ¿Has conseguido escribir algo más?

Sonrío, negando con la cabeza. Qué idiota.

Olivia: Todavía no me he rendido. He improvisado una nueva parada, voy camino del Gran Cañón.

Tardan apenas tres segundos en contestar.

Samantha: ¿El Gran Cañón? Pensaba que no estaba en el itinerario que te marcó la revista… ¿Ha pasado algo?

Me muerdo el labio inferior, dudando qué responder. Estos dos son imposibles de engañar.

Olivia: He roto todos los planes. De hecho, lo he dejado todo. También el trabajo en la revista.

Puedo imaginar perfectamente sus caras. Christopher, con una ceja alzada; Sam, boquiabierta mirando la pantalla del móvil. Veo cómo los dos escriben, borran, vuelven a escribir...

Christopher: ¿Has renunciado? ¿En serio? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Olivia: Porque no quiero esa vida. Ya no me apetece escribir lo que otros esperan de mí. Quiero contar algo que tenga sentido. Necesito cambiar.

Esta vez tardan un poco más en contestar.

Samantha: Vaya, vaya… Nos tenías engañados. Pensábamos que estabas a gusto con todo esto. Pero me alegro de que lo hayas visto a tiempo, y, sobre todo, de que hayas decidido por ti.

Christopher: Estamos contigo. Siempre. Elijas lo que elijas. Hazlo por ti, por lo que de verdad deseas.

Joder, cuánto agradezco este pequeño paréntesis de normalidad. Esta certeza de amistad real.

Olivia: Gracias, de verdad. No tengo ni idea de cómo va a terminar todo esto… pero sabía que no podía seguir igual. Ya era hora de cambiar.

Ambos me mandan un emoji de corazón. Guardo el móvil con una calidez reconfortante en el pecho. A pesar de todo, hay algo que permanece firme: ellos dos. Mi gente. Y eso vale más de lo que imaginaba hace solo unas semanas. Respiro hondo. El traqueteo del vagón me arrulla como una vieja canción de carretera. Cierro los ojos solo un instante, pero las imágenes no se disipan. Riley sonriéndome en el motel de Albuquerque. David gritando al otro

lado del teléfono. La expresión atónita de Jake cuando me aparté de golpe…

Todo ha cambiado. Todo.

Y yo estoy aquí, en este vagón polvoriento que huele a historia, pensando que este viaje no es un reportaje, ni una ruta previamente marcada. Este viaje ha cambiado mi vida por completo.

Y lo mejor —o lo peor— es que aún no ha terminado.



32

Williams, Arizona.

Dos horas más tarde.

Olivia

El traqueteo del tren desaparece en cuanto desciendo, con la bolsa colgada al hombro y las gafas de sol protegiéndome de la luz clara de la mañana. Inspiro profundamente y observo a mi alrededor. «Tendría que haber traído el sombrero», pienso al notar cómo el calor se instala sobre mi piel. Aunque el aire aún conserva frescura, la sensación es la de haber aterrizado en mitad del desierto. Sin embargo, no puedo evitar quedarme absorta ante las sombras que se dibujan sobre los tonos anaranjados y las curvas suaves de las montañas que se perfilan en el horizonte.

A mi lado, los demás turistas ya están sacando fotos, pero yo no les presto atención. Con cada paso que doy, veo cómo el bosque se abre poco a poco y la tierra adquiere un tono más rojizo, más vivo. El viento me sabe a polvo, a roca caliente, a una promesa que avanza delante de mí, susurrándome ideas nuevas para el artículo, alentándome a continuar sin arrepentimientos.

Entonces aparece ante mí, de forma abrupta y deslumbrante, el Gran Cañón: inmenso, desbordante. Es como un secreto que el mundo me revela de golpe. Los colores cambian con la luz, intensos

rojos, ocres delicados, marrones profundos que podrían haber salido de la paleta de un pintor. Las paredes, talladas por el tiempo, parecen cicatrices ancestrales. Me detengo y no puedo evitar darme cuenta de que me falta el aliento.

Dentro de mí, los pensamientos se callan de repente, y solo siento paz. Cierro los ojos un instante y dejo que el viento me acaricie la cara, despeinándome con suavidad. Aquí no hay nada más que el susurro del abismo, hablándome. Como si el resto del mundo se hubiera detenido. Intento grabarme esta sensación: el vértigo, el olor seco de la tierra, el calor vibrando sobre mi piel. Estar aquí es una verdad que me late en el pecho, una certeza que me impulsa hacia adelante.

Soy capaz de olvidar a David. Olvido los años dedicados a hacer lo que no quería. Porque ahora, al mirar de frente esta inmensidad, y sentirme tan minúscula, tan irrelevante dentro de este universo salvaje, me nacen unas ganas nuevas de no detenerme jamás.

Saco mi libreta del bolso y anoto unas líneas que formarán parte del diario de ruta, ese que poco a poco va llegando a su fin:

«Lo que tengo ante mí no cabe en una imagen. Esto es vida. Es sanación pura. Es brutalidad y belleza en su mejor estado. Y es una advertencia de que el mundo puede cambiar, y nosotros también».

Me siento en una roca cercana, con las piernas colgando hacia el vacío. Miro el paisaje, y respiro profundamente. Pienso en los cambios que se han ido abriendo paso dentro de mí en estos días. Pienso en todo lo que quise dejar atrás. Y también, pienso en Riley.

Pero en este sitio, esos pensamientos ya no me duelen. No en este lugar que parece haber sido testigo del principio del mundo.

En silencio, recorro un tramo del sendero sur. Bajo unos metros para alejarme de la gente mientras escucho el crujido de la tierra bajo mis botas. El viento sopla a mi espalda, como si quisiera empujarme hacia el borde. Podría quedarme aquí horas, días incluso,

sin cansarme nunca de mirar. Pero sé que debo regresar. Por eso me detengo una última vez y me esfuerzo en guardar esta imagen en la memoria. Este cielo despejado sobre mí, la certeza de que podemos rozar el infinito de vez en cuando, si nos atrevemos a hacerlo, sin pedir permiso.

Con las botas cubiertas de polvo rojo, vuelvo al tren hacia Williams cuando la tarde empieza a teñirse de dorado. Las casas relucen bajo la luz cálida del atardecer. Las tiendas aún permanecen abiertas para los últimos turistas. No resisto la tentación y saco algunas fotos. Antes de regresar del todo a la rutina, decido dar un paseo.

Paso por delante de una galería de arte local. Entro y compro un par de cuadros pequeños como recuerdo. Me detengo frente a las obras: paisajes del desierto, caballos salvajes, cactus solitarios bajo la luna. Después, al salir, me llama la atención una joyería. Me planto frente al escaparate y miro los collares de turquesa y plata, hermosos y sencillos. La tradición que llevan implícita les otorga un valor que va más allá de lo estético, y no puedo evitar pensar en el colgante que le regalé a Riley.

El olor a café y canela flota en el aire desde una cafetería cercana, donde de repente un escalofrío me recorre de golpe. Me esfuerzo por no pensar en aquellos labios. En su tacto. En su voz. Doy la vuelta a la manzana, acercándome al aparcamiento donde dejé el Mustang y el corazón se me acelera sin razón aparente. O quizá sí, porque lo descubro en cuanto levanto la vista.

Riley está allí, de pie, apoyada en la puerta del copiloto. No lleva su sonrisa habitual, pero sí ese magnetismo que viaja con ella.

Mi cuerpo se tensa al instante. Me quedo clavada en el sitio, sin aliento. A estas alturas, la imaginaba ya cerca de Santa Mónica. Pero está aquí.

No dice nada. Solo me observa con esos ojos que conozco demasiado bien. Está seria, inquieta. Hay algo distinto en su expresión. Consigo tragar saliva y avanzo despacio hacia ella,

sujetando con fuerza el tirante de la bolsa. El viento levanta un poco de polvo entre nosotras.

—Hola —murmuro.

Riley mantiene la mirada.

—Te dije que, para mí, esto no había terminado —me recuerda, sin rodeos.

Sus palabras me atraviesan como un rayo, y noto cómo me cuesta respirar. Siento un nudo en la garganta. En su rostro veo dureza, pero también cansancio. Tiene ojeras, y sus ojos han perdido el brillo que antes me desarmaba.

—No podía irme a Santa Mónica así —añade, con un hilo de voz—. No después de lo que pasó. No sin decirte la verdad.

Se mete las manos en los bolsillos de su chaqueta de cuero, a pesar del calor sofocante. Su mandíbula tiembla, apenas perceptible, pero lo noto. Incluso a esta distancia.

Siento el pulso en las sienes. Todo mi cuerpo me grita que corra hacia ella. Que la abrace. Que...

No lo sé.

—¿La verdad? —pregunto al fin—. ¿Ahora?

Ella asiente y sus ojos brillan, oscuros bajo el cielo.

—Sí. No puedo dejarlo así. No después de haberte arrastrado a todo esto... —Agacha la cabeza—. No después de lo que te hice.

Un silencio largo y opresivo, nos envuelve. Uno que me arrastra, de nuevo, al instante en que supe toda la verdad.

—Elegiste mentirme, Riley… incluso cuando te había dado la confianza para que pudieras contármelo todo.

—Lo sé, y no espero que me perdones o que te olvides de ello —dice con un leve temblor en la voz, acercándome a mí—. Pero tenía que venir. Tenía que verte antes de…

Me fijo en su cara, en la comisura de sus labios mientras aprieta la boca. En las marcas de alguien que no ha podido dormir en estos días. Esta es la Riley real, la que no lleva ninguna máscara, y creo que estoy conociéndola por primera vez.

—Ha pasado algo —continúa y después carraspea para darse fuerzas—. Cosas que ya no puedo dejar atrás. Y no deseo arrastrarte más a esto, pero quería que también supieras que lo que empecé a sentir por ti… —sonríe, apenas—. Eso sí que no fue mentira.

El sol se va apagando despacio, tiñendo el cielo de un color naranja profundo que se mezcla con el púrpura. Un instante suspendido, como si el tiempo nos diera permiso para detenernos aquí, en este punto exacto de la historia.

—Tengo que contarte algo más —murmura, mirándome fijamente.

Asiento, despacio y el corazón me da un vuelco. Porque tengo la sensación de que esto va a traer consigo algo complicado. Y sé que nada de lo que pase después será fácil. Pero también sé que no puedo dar la vuelta y marcharme, no otra vez.



33

Williams, Arizona.

Unos minutos después.

Riley

Los murmullos nos envuelven, igual que el olor a café recién hecho y a pan tostado impregna el ambiente, como si este lugar hubiera sido diseñado para que uno se sintiera en casa, a pesar de estar a cientos de kilómetros de cualquier sitio conocido. El *Pine Country* es un local emblemático. Tanto, que sus paredes de madera están cubiertas de fotografías y recuerdos que el paso del tiempo ha convertido en algo valioso. Hay cortinas y manteles de cuadros rojos y blancos, y las camareras saludan a la mayoría de los clientes por su nombre. Williams es ese tipo de ciudad donde todo el mundo parece conocerse. Y eso me reconforta.

Aunque, en este momento, lo único que valoro es que este rincón funcione como refugio. El único en el que puedo enfrentar la realidad frente a Olivia sin necesidad de salir corriendo ni derrumbarme.

Ella permanece sentada frente a mí. La luz del atardecer entra por la ventana y proyecta una línea dorada sobre su mejilla. Todavía no ha sonreído, ni ha abierto la boca. Solo espera. Me observa,

recorre con sus ojos azules cada detalle, como si capturara cualquier retazo de historia flotando en el aire.

«Joder, podría desarmarme solo con la mirada.»

—No fue difícil averiguar dónde estabas, ¿sabes? —comienzo, removiendo el café con la cucharilla sin llegar a probarlo, como si el simple gesto pudiera aligerar el ambiente—. Conocía la ruta y el itinerario de la revista. Aunque algo me decía que acabarías desviándote un poco del plan.

—Lo he dejado —interrumpe de pronto, y me sorprende—. Escribiré el artículo por mi cuenta.

—Joder… temía que nunca mandaras a la mierda a tu jefe.

—Este viaje me ha dado el valor que me faltaba —aclara, aunque quiero pensar que también me incluye a mí en esa frase.

Juega con el borde de la servilleta. Respiro a la par que ella, notando cómo cada inhalación es lenta, contenida, como si se preparara para recibir la peor noticia de su vida.

—Pero en realidad, no he venido solo porque te echara de menos. Que lo hago —respiro hondo antes de continuar—. He venido porque hablé con el tipo que te encontró en el taller. Me dijo que sabían dónde estabas. Que, si no cumplía sus exigencias… —La voz me tiembla un instante—, vendrían a por ti.

La taza vibra entre mis dedos y me veo obligada a dejarla sobre el plato, torpemente, a punto de derramar el contenido. Olivia alarga el brazo, despacio, como si temiera que yo pudiera apartarme. Pero no lo hago. Al contrario. Su caricia en mi mano consigue calmar el latido frenético de mi corazón, aunque solo sea durante un breve momento.

—Riley… —murmura, con voz queda.

—No ha cambiado nada —la interrumpo, apretando la mandíbula—. Siguen exigiéndome que pague la deuda de mi hermano. Me han amenazado. Esta vez, han sido muy claros: no van a esperar más de dos días —digo tan deprisa que me quedo sin

aliento—. Me han dado una única opción: conseguirles el dinero o… —Cierro los ojos, tragándome el miedo que asciende por mi garganta—, o arrebatártelo a ti, usar la fuerza si es necesario.

La verdad se precipita entre nosotras como una losa. El murmullo general de la cafetería continúa: platos chocando, risas lejanas, la campanilla de la puerta sonando cada vez que alguien entra. Pero en esta mesa, el aire se vuelve denso.

Intento esbozar una sonrisa, aunque no lo consigo del todo.

—Por eso no podía irme a Santa Mónica sin más. Tenía que advertirte. Decirte que estás en peligro —confieso. Y al hacerlo, una náusea me recorre el estómago—. Y lo peor es que ese peligro existe por mi culpa. Nunca me había odiado tanto como lo hago ahora.

A pesar de la revelación, no retira su mano. Al contrario. Sus dedos aprietan los míos con delicadeza. Y en su mirada no hay ni rastro de miedo. Es intensa, penetrante, como si intentara deshacer el nudo de culpa que llevo cargando estos días.

—Gracias por venir —susurra, sin apartar sus ojos de los míos —. Y gracias por decírmelo. Podrías haberte marchado. Dejar que ellos actuaran a su antojo.

Trago saliva y niego enérgicamente. Aprieto su mano entre las mías. Estoy hecha un manojo de nervios, pero su contacto consigue serenarme.

—No podía hacerlo —respondo en voz baja—. No después de haberte mentido. De lo que ha ocurrido entre nosotras —añado, ahora sí, con una sonrisa real—. Nunca me habría perdonado hacerte daño. Y aunque debí actuar de otra manera, no iba a dejar que te arrastraran también a ti.

Olivia se inclina ligeramente hacia mí. Sus ojos arden de una determinación serena. Esa fuerza que vi la primera vez que la conocí. La misma que volvió a mí muchas noches, como un faro que no lograba olvidar.

—Vamos a encontrar una salida —afirma con firmeza, como si fuera lo más evidente del mundo—. No pienso dejar que esos tipos arruinen tu vida. Ni que destrocen la mía. Lo resolveremos… de algún modo.

Una risa amarga escapa de mis labios. Es una risa rota, cargada de todos los errores cometidos, de los miedos arrastrados.

—¿Y cómo vamos a hacerlo, Olivia? ¿De dónde vamos a sacar diez mil dólares? ¿Asaltamos un banco? ¿Atracamos un casino de camino a California?

En otro momento, probablemente habría soltado una carcajada con mis ironías. Pero esta vez no. Se limita a acariciar el dorso de mi mano con ternura, imperturbable.

—Aún no lo sé. Pero ya pensaremos en algo. Lo único que tengo claro es que no te vas a enfrentar a esto sola. Y desde luego, no voy a permitir que me utilicen como moneda de cambio. Eso jamás.

La seguridad con la que lo dice me oprime el pecho. Noto cómo un par de lágrimas pugnan por salir, aunque logro contenerlas. Lo justo para respirar.

La camarera se acerca y deja dos platos humeantes sobre la mesa: una hamburguesa y patatas fritas. Aunque ahora mismo, lo último que importa es comer.

—Tenía miedo de verte, de que me odiaras —confieso, apartando la mano—. De que me mandaras a la mierda en cuanto supieras que no estaba en Santa Mónica.

—No te odio —responde ella, y sonríe de la manera más bonita que le he visto en todos estos días—. Estoy cabreada, sí. Y algo dolida, pero no te odio. Y tampoco pienso dejar que esto nos hunda. Así que, quiero que hagas memoria, que me cuentes cómo empezó este problema con tu hermano.

La campanilla de la puerta suena de nuevo, y el viento de Arizona se cuela dentro de la cafetería. Afuera, el sol se va apagando

poco a poco. Pero dentro de mí, se enciende un halo de esperanza, una llama pequeña y frágil. Que tiene por nombre «Olivia Reed».



34

Oatman, Arizona.

Decimoquinto día de ruta.

Riley

Digamos que esta no era una parada obligatoria en el camino. Ni antes de que Olivia dejara la revista, ni en el itinerario que había preparado después. Sin embargo, necesitaba que pasáramos por aquí, al menos para que ella pudiera recuperar la sintonía con este viaje que la ha ilusionado y decepcionado a partes iguales.

Todavía tengo grabado el recuerdo de sus labios sobre los míos, de cómo anoche recorrió mi piel con las manos, con una mezcla de rabia, deseo y ternura que me dejó ardiendo mucho después de habernos acostado. Y en ese instante, me prometí regalarle un día distinto al despertar. Una parada en el camino que no estuviera envuelta en sombras ni en ese miedo constante que la acompaña desde hace días.

Con el control completo del Mustang, salimos a la carretera y pronto tomé un desvío que provocó en Olivia esa mirada curiosa que ya le he visto en otras ocasiones.

—¿Oatman? —pregunta, alzando una ceja mientras le señalo el cartel de entrada al pueblo—. ¿Dónde demonios estamos?

No puedo evitar soltar una risa baja. Me encanta cómo estira el cuello intentando ver más allá de lo evidente.

—Confía en mí. Merecerá la pena.

Ella resopla, pero asiente. Sé que, en el fondo, vuelve a disfrutar de no tener el control absoluto sobre el coche o sobre lo que vamos a hacer. Aunque le cueste reconocerlo.

El Mustang avanza despacio por la calle principal —si es que a esto se le puede llamar calle— y las ruedas crujen sobre la grava y el polvo. A ambos lados, edificios de madera envejecida se sostienen como pueden, desafiando el paso del tiempo y el calor, que no ha hecho más que aumentar con los años. Las fachadas lucen letreros descoloridos de «Helados caseros», «Recuerdos del Oeste» o incluso una tienda de armas de mentira. Pero no son las tiendas lo que llama la atención de Olivia. Es algo mucho más grande… y peludo.

—¡Ahhh! ¡¿Pero qué es esto?! —grita, con los ojos como platos, cuando un burro apoya su morro en el cristal de su ventanilla.

En cuestión de segundos, decenas de burros comienzan a deambular a su antojo entre los coches y los turistas. Uno empuja el escaparate de una tienda, otro mordisquea la mochila de una mujer que intenta hacerse un selfie, y un tercero bloquea el paso de un todoterreno que toca el claxon sin lograr nada.

Todavía no han asumido que los verdaderos dueños de este lugar son ellos.

—¿Me estás diciendo que…?

—¿Que su población triplica a la de los vecinos? —la interrumpo, sonriendo—. Sí. Son descendientes de los burros que usaban los mineros hace más de un siglo. Desde entonces, campan a sus anchas por aquí.

—¿Esto va en serio? —pregunta, entre risas—. Madre mía… —murmura—. Burros con legado histórico.

Me muerdo el labio inferior para no estallar en carcajadas. Cuando salimos del coche, uno de ellos se acerca con descaro hacia Olivia. Es grande, con un pelaje gris moteado por el polvo, las orejas gachas y una expresión de inocencia absoluta.

—Hola, guapo —susurra, intentando acariciarle la cabeza sin éxito—. ¿Tienes hambre?

El burro resopla, le huele la chaqueta y le da un suave cabezazo en la cadera. Y entonces, ocurre la magia. Olivia se ríe. Una carcajada auténtica, limpia, de esas que hace días que no le oigo. Me la quedo mirando en silencio, porque joder… cuánto echaba de menos ese sonido.

—Creo que este quiere robarme el desayuno —dice, rascándole detrás de las orejas mientras el animal cierra los ojos, entregado.

Y también porque sabe que va a recibir algo de comer, claro.

—Si llevas alguna galleta en el bolso, despídete de ella —le advierto con una sonrisa—. Como yo de mis Doritos…

Olivia saca su bolsa de tela y el burro mete el hocico sin ningún reparo. Ella tira de la correa entre risas y le pide paciencia antes de sacar el paquete de galletas de avena que compramos más temprano.

—Eh, tranquilo, colega —le dice—. No queremos provocarte una indigestión.

—Ven —le digo, cogiéndola de la mano—. Venden zanahorias especiales para ellos en aquella tienda. Así no te quedas sin provisiones para el resto del viaje.

Veo que le da pena dejar al burro, pero acaba por asentir. Cruzamos la calle polvorienta mientras otro —más joven, con el pelaje algo alborotado— nos sigue a pocos metros, como si quisiera acompañarnos.

—Madre mía, no nos quita ojo.

—Normal. Eres irresistible incluso para ellos —bromeo, esbozando una sonrisa.

Me pega un codazo, aunque también sonríe. Y ese brillo en sus ojos… vale más que cualquier plan de huida.

En la tienda, una mujer mayor, con voz rasposa, nos da una bolsa de zanahorias por cinco dólares. Olivia la paga encantada, solo por conseguir un par de caricias más de parte de sus nuevos admiradores.

—Vamos a darles un festín —comenta con decisión.

Y así lo hacemos. Durante casi una hora, reímos como si el mundo exterior no existiera, como si no pudiera rompernos el corazón de un momento a otro. Los burros se acercan sin miedo; uno incluso apoya la cabeza en su hombro como si buscara un poco de afecto. Y Olivia lo acaricia con una ternura que me deja sin palabras, mientras yo, simplemente, no puedo dejar de mirarla.

—Me encanta este sitio —comenta, arrodillada en el suelo, deshaciéndose en caricias con un burro que no debe tener más de tres años—. Es absurdo, sí… pero encantador.

—A veces lo absurdo es justo lo que se necesita para sonreír de verdad.

Nos hacemos fotos con ellos. A uno se le engancha la camiseta de Olivia entre los dientes y no quiere soltarla. Tira con fuerza mientras ella sujeta el extremo, riendo con nerviosismo. Algunos turistas nos observan, y otros se ríen. Pero me da igual. Y a ella también. Porque durante unos minutos, el aire parece limpio, puro, como si nada pudiera estropear este instante.

Pero ese rato, como todos, termina.

Cuando volvemos a subir al Mustang, el sol ya está en lo más alto, castigando el asfalto. Me duele no haber alargado la parada un par de horas más, para seguir con los esos animalillos rebeldes o tomarnos un refresco en un bar del oeste. Me siento al volante y

respiro hondo. Recorremos ya varios kilómetros cuando Olivia me mira de soslayo.

Sé que ahora llega lo más complicado.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer —comento sin rodeos.

—Tienes razón. Las horas corren y no podemos vivir en esta incertidumbre constante. No me gustaría toparme con ellos en el siguiente punto del mapa.

El grave rugido del motor se mezcla con el silencio denso que se ha instalado entre nosotras. Como si incluso el Mustang entendiera que acabamos de cruzar una línea invisible. La Ruta 66 se despliega ante nosotras, ancha, brillante, abrasada por el sol del desierto. Olivia no dice nada. Y yo tampoco. Conduzco despacio, dejando que el aire cálido nos acaricie a través de la ventanilla. Esto no va a ser fácil. Ninguna lo verbaliza, pero ambas lo sabemos. Lo sentimos en cada mirada.

—Tengo una idea —empiezo, sin apartar la vista de la carretera—. Si conseguimos pruebas de lo que me están pidiendo… si demostramos que se trata de una estafa, que me chantajean con la deuda de Brandon, quizá podamos librarnos de ellos.

—¿Pruebas? —pregunta por fin—. ¿De quién?

—Un antiguo socio de mi hermano podría ayudarnos. Siempre tuve buena relación con él —añado, ahora girándome un momento para mirarla a los ojos—. Se llama Bobby Malder. Se encargaba de guardar recibos, información, cuentas falsas… cosas que, si salen a la luz en el momento oportuno, pueden hacer daño de verdad. Hasta donde sé, sigue viviendo en Victorville. Habría que desviarse un poco más de la ruta, pero… creo que podría funcionar.

Olivia frunce el ceño y, por un instante, temo que vaya a negarse.

—Eso está a más de tres horas de aquí, hacia el otro lado —murmura, más para sí que para mí—. Y tendríamos que saltarnos

una de las paradas que había previsto en la nueva ruta…

—No quiero agobiarte —respondo, forzando una sonrisa—. Pero creo que allí está nuestra única posibilidad real de acabar con esto. Bobby puede desenmascararlos, ponerles un objetivo en la espalda ante la policía. Si conseguimos que hable, el juego se les acaba.

Ella suspira y echa la cabeza hacia atrás. Sé que la idea de meternos en más problemas la inquieta. Lo noto en cómo se muerde el labio inferior, ese gesto tan suyo cada vez que se enfrenta a una decisión que no le convence. Odia esta situación. Los rodeos, la pérdida de control. Pero cuando vuelve a mirarme, no encuentro reproche en sus ojos, solo una preocupación silenciosa.

—Pues iremos a Victorville. Si allí están las pruebas, no hay nada más que debatir.

El nudo que llevo en el estómago se afloja, lo justo para poder respirar con algo más de calma.

—Puede ser peligroso —le advierto en voz baja—. Bobby no es precisamente un modelo de estabilidad. No sabemos cómo va a reaccionar si nos presentamos sin avisar. Y menos aún si sospecha que quiero sacarle información.

Olivia me observa en silencio. Luego lanza la pregunta que, inevitablemente, tenía que llegar.

—¿Confías en él?

Me cuesta responder. Aprieto el volante con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos.

—No —admito con total sinceridad—. Pero sé que valora más salvar su propio pellejo que meterse en líos. Si le ofrecemos algo lo bastante jugoso… cantará.

—Bien. Pero tú conducirás todo el trayecto, ¿entendido?

—Por supuesto, princesa —respondo con una sonrisa y un guiño.

La carretera se extiende infinita ante nosotras. El viento sacude los retrovisores. Y, por primera vez en muchos días, tengo la sensación de que el futuro no está escrito. Que puede cambiarse.

—Odio improvisar.

—Lo sé. Por eso estoy yo aquí. Para estropearte el plan siempre que haga falta.

Me mira de reojo. Tal vez no sonría del todo, pero una curva leve se dibuja en la comisura de sus labios. Y con eso me basta para saber que, pese a todo, está encantada.

El Mustang avanza. Kilómetro tras kilómetro. Puede que esta calma se rompa pronto. Pero tengo muy claro que el riesgo merecerá la pena.



35

Victorville, California.

Esa misma tarde.

Olivia

El calor de la tarde cae denso sobre Victorville cuando el Mustang, conducido por Riley, se adentra en la ciudad. El sol de las últimas horas se cuela a ráfagas por las rendijas del techo y de las ventanas del coche. Siento el sudor resbalarme por la nuca mientras aprieto las manos sobre las rodillas, algo nerviosa por lo que pueda suceder dentro de un rato. Ella conduce en silencio, pero sé que también está tensa: lo veo en cómo sus nudillos se vuelven blancos sobre el volante.

Han sido tres horas de carretera con escasa conversación, salvo los mensajes que me ha ido dictando para escribir en su móvil y contactar con Bobby. No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que esta historia va a acabar mal para alguien. Y no sé si quiero estar ahí para verlo.

Sin embargo, sí quiero otra cosa. Quiero que Riley se deshaga de ese peso, que por fin pueda mirar hacia delante sin miedo a que alguien le siga los pasos.

—¿Dónde ha dicho que nos veamos? —pregunta, devolviéndome de golpe a la realidad.

—En el viejo taller de Harlan. Dice que lo conoces.

Ella asiente, pero en su rostro no se dibuja ni el más mínimo atisbo de sonrisa.

—Está justo detrás de una gasolinera abandonada. Sin cámaras, ni curiosos que pasen por ahí. —Su tono seco me pone los pelos de punta.

No hay tiempo que perder. Aunque me habría gustado estirar un poco las piernas, Riley gira el volante y se encamina hacia allí, sin decir más. La observo mientras toma aire y lo suelta lentamente por la nariz, como si también se estuviera preparando para enfrentarse a un viejo demonio que lleva demasiado tiempo persiguiéndola.

Atravesamos calles llenas de turistas, en un ambiente que contrasta por completo con el de las últimas semanas. Me doy cuenta entonces de lo cerca que estoy de terminar este viaje, y no puedo evitar mirar a Riley mientras gira el volante, preguntándome si esa última parada también será el final de nuestra historia.

No me da tiempo a responderme. A lo lejos, un cartel oxidado con las palabras *Auto Repair* cuelga de una cadena rota. Perfecto para un encuentro que, desde el primer momento, huele mal. Pero ya estamos aquí, y no hay marcha atrás.

Aparcamos junto a un lateral del taller y Riley apaga el motor. Durante un momento, nos quedamos en silencio. Solo se oye el zumbido del calor y el crujido metálico del coche al enfriarse.

—¿Estás lista? —pregunta.

«Creo que no», pienso. Pero no puedo echarme atrás.

—Vamos a por ello —respondo, y me sorprende que la voz no me tiemble. Supongo que, por primera vez en muchos días, siento que estamos a punto de alcanzar una libertad por la que merece la pena luchar. Y eso me da fuerzas.

Bajamos del coche y mis botas suenan con cada paso que me lleva desde el Mustang hasta el taller. El aire huele a aceite quemado, justo cuando una figura emerge de la sombra junto a la

puerta. Es un poco más bajo que Riley, con el pelo rubio rapado y unos ojos oscuros que se clavan en ella antes de curvar los labios en una sonrisa de oreja a oreja.

—Vaya… —murmura Bobby, recorriéndola con la mirada—. Pensaba que no volvería a verte jamás.

—Ni yo —responde Riley, con un tono algo irónico—. Pero ya ves, las cosas cambian.

Cuando Bobby suelta una risa, me doy cuenta de que en sus ojos no hay malicia, sino más bien la chispa de un viejo amigo que, quizá, todavía estaría dispuesto a cubrirte las espaldas.

—¿Y ella quién es? —pregunta, señalándome con un gesto de cabeza.

—La solución a mis problemas —responde Riley sin pestañear, lanzándome una mirada de soslayo—. Digamos que ha pasado de ser un quebradero de cabeza a convertirse en mi salvadora.

Me entran ganas de darle un codazo, pero dadas las circunstancias, me contengo.

—Y espero que tú también lo seas —añade, sin apartar la vista de Bobby.

—Olivia Reed —me presento, aunque él no responde al gesto y mi mano queda suspendida en el aire.

—Tu hermano me dejó tirado con media comisaría pisándome los talones. Casi acabo entre rejas por su culpa. —La frialdad de su mirada me hiela la sangre, pero al volver a mirar a Riley, sus labios se curvan en una leve sonrisa—. Supongo que ya es hora de que empiece a saldar cuentas… y de dejar de implicar a quienes una vez estuvieron de su parte.

—Por eso estoy aquí —responde ella—. Porque sé que tú tienes algo que puede servirnos. Algo que, si sale a la luz, hará que esa gente me deje en paz para siempre. Tú también saldrías ganando.

—Quizá…

Nunca pensé que acabaría metida en una historia sacada directamente de una película de mafiosos.

El rostro de Bobby recupera un gesto sombrío. Nos deja solas unos segundos y desaparece en el interior del taller, revolviendo en una caja de herramientas oxidada. Al regresar, se rasca la barbilla como si aún dudara. Pero tras unos instantes de vacilación, le tiende una carpeta a Riley.

—Aquí hay información sobre cuentas falsas a nombre de tu hermano y esa gentuza. Les debe dinero por un negocio que salió mal… —Se encoge de hombros—. Fueron lo bastante idiotas como para no borrar el rastro.

—¿Era una tapadera?

—Exacto. Hace un par de años robaron material de un depósito de la policía. Intentaron revenderlo montando un negocio falso. Yo les ayudé al principio, pero cuando se vieron acorralados, desaparecieron y me dejaron vendido. La policía sigue buscando responsables, y si esta carpeta cae en las manos adecuadas...

—¿No te estás poniendo tú en peligro? —interviene Riley, visiblemente preocupada.

—Tranquila. La policía no tiene ningún interés en meterme entre rejas —responde, con una sonrisa torcida—. Tú sabes a qué me refiero.

«Dios mío, dios mío, dios mío... Estoy presenciando una trama de corrupción», pienso. Estoy segura de que mi cara refleja la sorpresa.

Demasiadas emociones en cuestión de minutos.

—Tu hermano va a acabar muy mal. Y ellos también. Esta es tu carta de libertad, Riley.

—¿Y qué quieres a cambio? —pregunta ella, con una desconfianza que no sorprende. A estas alturas, no se fía ni de su propia sombra.

—No me debéis nada. Ni tú, ni ella —añade, dirigiéndome una breve mirada—. Aún recuerdo aquellos tiempos en los que tocábamos viejas canciones de country por Santa Mónica. Será un placer saber que puedes regresar a aquella vida.

—Lo veo difícil —admite Riley con un deje de nostalgia en la voz.

—A partir de ahora, no nos conocemos.

Bobby hace un gesto con dos dedos en la frente, a modo de saludo militar, y se da la vuelta sin más, perdiéndose entre las sombras del taller. Riley se queda quieta, como si sus pies se hubieran clavado en el suelo. Tarda un instante en reaccionar, y cuando lo hace, abre la carpeta con cuidado, como si tuviera entre las manos algo que podría estallar.

Dentro hay papeles, fotocopias de facturas con nombres claramente inventados —he visto suficientes películas como para saberlo—, y algunas fotografías borrosas de cajas marcadas con el sello de la policía de San Bernardino.

Pruebas. Reales. Contundentes. Suficientes para que podamos escapar. Para que ella, al fin, respire en paz.

—Esto va a librarnos de esta… —murmura, más para sí misma que para mí.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —pregunto, sin disimular la inquietud que me recorre la espalda.

—Me pondré en contacto con ellos —responde, con voz firme, aunque el cansancio le pesa en cada palabra—. Me da igual si Brandon sale mal parado. Ya no puedo seguir cubriéndole las espaldas.

Le acaricio el hombro con suavidad, en silencio, y empezamos a alejarnos. La silueta de Bobby se queda inmóvil entre la penumbra del taller, mientras nosotras caminamos hacia el coche. Cuando me siento al volante, el aire está cargado de tensión. Riley lanza la

carpeta al asiento trasero y, durante unos segundos, cierra los ojos como si necesitara juntar las piezas antes de continuar.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Mejor que nunca —responde sin titubear.

Sus palabras flotan entre nosotras, más sólidas que el rugido del motor o el sol que cae con fuerza sobre el asfalto. Y sé que son sinceras. Porque esta vez ha tomado una decisión que la pone a salvo, que empieza a liberarla del peso de un pasado que nunca la soltó del todo.

El motor cobra vida bajo mis manos. La carretera se estira de nuevo ante nosotras, infinita, abierta al oeste. Y, aunque aún no sepamos lo que nos espera al final, por primera vez en mucho tiempo, sentimos que no huimos. Avanzamos.



36

Pasadena, California.

Dos horas después.

Riley

La noche cae espesa sobre Pasadena cuando, por fin, cruzamos la avenida principal. El motor del Mustang ruge bajo el control de mis manos, exhausto como nosotras, con el capó cubierto de polvo y con demasiados kilómetros a sus espaldas. No me sorprendería que, en cualquier momento, decidiera no avanzar un metro más. Pero, por ahora, no ha dado señales de rendirse.

Olivia ha pasado la mitad del trayecto en silencio, sentada a mi lado, enviando mensajes antes de que alguien la llamara por teléfono. En cuanto aparco, se baja para estirar las piernas mientras responde la llamada con una sonrisa enorme.

«Ojalá pudiera verla así de contenta siempre», pienso, consciente de la realidad que pronto tendremos que encarar.

La observo con el móvil pegado a la oreja, caminando de un lado a otro, mientras yo hago una búsqueda rápida con el mío para encontrar un lugar donde pasar la noche. Algo sencillo, pero digno.

El aire de California está impregnado de un aroma a jazmín que me encanta, y que encaja a la perfección con los neones que parpadean sobre los escaparates de Colorado Boulevard,

proyectando destellos de colores sobre el capó del coche. Es curioso. A pesar del agotamiento, siento los nervios recorriéndome las venas, una electricidad deliciosa que, de cuando en cuando, se transforma en una sensación extraña, como si algo estuviera a punto de estallar.

—¿Sí? Buenas noches. Necesito una habitación doble, sí… para esta noche. No, no es necesario que el desayuno esté incluido… Perfecto. Gracias. —Cuelgo, dejando escapar un suspiro prolongado.

Tenemos habitación en un motel antiguo, al final de la avenida.

Pretendo olvidarme de todo, aunque antes de entregarme al descanso —como si pudiera dormir—, miro la pantalla unos segundos y, después, escribo un mensaje.

> **Riley**: Ya lo tengo todo. Nos vemos mañana a las ocho, frente al puente de Colorado Street. Estoy segura de que no estás muy lejos.

Pulso «enviar» y siento cómo mis hombros se liberan, al menos en parte, de este peso que arrastro.

Cuando alzo la vista, Olivia ha terminado su llamada y regresa al coche con paso tranquilo, aunque la forma en que juguetea con el móvil entre los dedos, y la leve arruga que se le marca en la frente, me indican que la conversación no ha sido agradable.

—¿Va todo bien? —pregunto, abriendo la puerta del coche para que suba.

—Era uno de mis antiguos compañeros de redacción. Quería saber si iba a seguir adelante con el artículo por mi cuenta —comenta, soltando un suspiro—. Seguro que David intentará aprovechar el material que le envié.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que no pienso ceder ni una coma de lo que he escrito, y que no voy a abandonar esta historia ahora. No a estas alturas del viaje. En resumen, les he dejado claro que no me busquen más.

Sonrío un poco, dándome cuenta de lo mucho que me gusta esta faceta de Olivia.

—Al parecer, aún no saben con quién estaban tratando —bromeo.

Ella esboza una mueca breve, aunque sus ojos siguen vagando por las luces de Pasadena, que titilan como luciérnagas en la calidez de la noche.

—¿Sabes? —dice, abrochándose el cinturón—. Hace años, cuando era becaria, vine un par de veces aquí para cubrir una feria de arte urbano que organizaban cerca de Colorado Boulevard. Recuerdo que estaba muerta de miedo… No conocía a nadie, no sabía cómo acercarme a los artistas sin parecer una intrusa con una libreta en la mano. Pero hubo un tipo, un escultor ya mayor, que me dejó sentarme junto a su puesto mientras tallaba una figura de un búho. «Incluso los viajeros pueden contar una historia», me dijo. «No dejes que nadie te haga sentir fuera de lugar».

Guarda silencio un momento. Casi puedo ver a la Olivia de veinte años, con el bloc temblando entre las manos, intentando comprender cómo funcionaba el mundo.

—Creo que fue la primera vez que pensé que esto, contar verdades, aunque no siempre fueran bonitas, podía ser mi lugar. Mi forma de darle algo al mundo.

—Y lo es —respondo, acariciándole la muñeca—. Por eso te metiste en este lío conmigo —añado con una sonrisa.

Ella ladea la cabeza, observándome con esa mezcla de incredulidad y paciencia tan suya que aprendí a apreciar casi desde el segundo uno.

—Estoy aquí porque alguien tiene que sacarte viva de todo esto. Aunque me deje la credibilidad del reportaje en el intento.

Rompo a reír sin poder evitarlo. Su ironía siempre llega cuando más la necesito.

—Ya he reservado una habitación —informo, señalando la calle que se pierde hacia el oeste—. Un motel al final de la avenida. Pero

antes… quiero dar un paseo. No quiero irme de aquí con mal sabor de boca. ¿Te apetece?

—Sí —responde—. Nos vendrá bien estirar las piernas… y dejar de pensar en lo que está por venir.

Caminamos juntas por Colorado Boulevard, dejando atrás el Mustang. Las luces de los bares antiguos y de las tiendas con rótulos de neón desvaído tiñen el asfalto de azul y rojo, de verde y blanco, en una mezcla de colores que parece única de este lugar. Los escaparates reflejan nuestras siluetas alargadas mientras avanzamos despacio, como si la ciudad intentara contarnos sus propias historias dormidas.

Pasamos frente al viejo Teatro Rialto, ese elegante fantasma que sigue en pie pese a las décadas de tempestades. Olivia se detiene ante él, con la mirada fija en la fachada, como si fuera capaz de leer algo invisible.

—A veces me pregunto si las ciudades guardan la memoria de todo lo que ha pasado en sus calles. Si en alguna parte este sitio recuerda las noches de humo, películas y fotografías a escondidas.

—Seguro que sí —contesto, siguiéndola con la mirada—. Las paredes siempre oyen. Y nunca olvidan.

Olivia apenas sonríe, pero hay algo de verdad en su expresión. De ese respeto por el arte que solo tienen los que lo conocen de verdad.

Seguimos caminando, y a lo lejos, veo el puente de la calle Colorado, que se dibuja como una curva perfecta contra el cielo oscuro. Mañana estaremos allí, en otro tipo de ambiente, dando cierre a este maldito capítulo de mi vida.

—¿Preparada para mañana? —le pregunto sin mirarla.

—Nunca se está preparada para estas cosas —responde con sinceridad—. Pero sí. Estoy lista.

Con la seguridad de tenerla de mi lado, me detengo unos pasos más adelante y saco mi móvil del bolsillo. Esta vez, me quedo

mirando el número congelado de Brandon en la pantalla, su nombre, me hace daño mientras redacto otro mensaje.

> **Riley**: A partir de mañana, somos un par de desconocidos. No volveré a cubrirte las espaldas, ni volveré a mentir por ti. Lo que te pase, te lo has ganado tú solito, que te quede claro.

Pulso enviar, y el icono del mensaje entregado parpadea en azul. Es entonces cuando respiro hondo y hago lo que debí haber hecho hace ya mucho tiempo. Bloqueo su número, y el nombre de Brandon desaparece para siempre, sintiendo su sombra desvanecerse de mis hombros.

—Bien hecho —susurra Olivia, apretándome el brazo.

El puente brilla a lo lejos, desafiando a la noche. Mañana, voy a cambiar el curso de mi futuro más próximo. Pero por esta noche, solo quiero disfrutar del momento.

> ***Bitácora de viaje | Día 15 – En la adorada California.***
>
> *Pasadena no es solo un punto más en el mapa de la Ruta 66. Es un susurro del pasado disfrazado de ciudad viva, una de esas paradas que parecen sostener la respiración justo antes de que ocurra algo importante. Esta noche, al caminar por Colorado Boulevard bajo las farolas viejas y los neones gastados, he sentido que la historia me observa desde cada rincón: el teatro fue hace tiempo un refugio de artistas clandestinos, los escaparates polvorientos que aún reflejan fantasmas de otras décadas, rincones que parecen estar a punto de contarme su mayor secreto.*
>
> *Pero este viaje ya no va solo de postales bonitas y leyendas de carretera. Algo real —y peligroso— se ha cruzado en nuestro camino. Nos persigue. Y por primera vez siento que estoy en medio de una historia que no sé si quiero contar. O tal vez sí... porque contarla es la única forma de sobrevivir a ello. Mañana puede que todo cambie. Para bien, o quizá, para demostrarme que hay riesgos que no merecen la pena.*
>
> *Pero esta noche, mientras la observo alejarse de su propia oscuridad, sé que hay capítulos que ya no se pueden escribir con tinta vieja, sino que hay que arrancar en nuevas páginas. Y nosotras estamos a punto de hacerlo.*
>
> *—O.R.*



37

Victorville, California.

Decimosexto día de ruta.

Olivia

Tengo la sensación de que el sol sabe que aún nos queda una última batalla por librar, como si se resistiese a amanecer del todo para concedernos una tregua. O quizá sea simplemente que yo no he conseguido pegar ojo en toda la noche. El motel no tiene nada de especial, salvo una colcha repleta de flores pasadas de moda y un cartel de neón que parpadea con más pena que gloria. Pero Riley duerme profundamente, acurrucada de lado, con la mano cerrada sobre el teléfono móvil y un gesto sereno que delata paz.

Llevo un buen rato sentada en el borde de la cama, con el portátil encendido sobre las piernas y un café de máquina, ya tibio, que he ido bebiendo poco a poco. Anoto en el diario de viaje algunos detalles del día anterior: nuestro paseo por Colorado Boulevard, el viejo teatro, las luces de la Ruta 66 que aún siguen iluminando los pasos de quienes buscan encontrarse en mitad del caos… Cierro el archivo y dejo que el silencio se extienda unos minutos más. Afuera, la ciudad empieza a desperezarse, y soy plenamente consciente de que nosotras también deberíamos hacerlo.

Cuando Riley abre los ojos, parpadea un par de veces. Le bastan tres segundos para recordar dónde estamos, y fruncir el ceño.

—¿Estás lista? —pregunta con voz ronca, incorporándose mientras las sábanas se enredan en sus piernas. Su pelo sigue en guerra, y observa alrededor como si acabara de despertar en mitad de un campo de batalla.

—Desde hace un par de horas —respondo, girándome hacia ella—. La que duerme como si no tuviéramos un ultimátum a las seis de la tarde, con un tipo peligroso que probablemente sabría cómo hacer desaparecer un cadáver sin dejar rastro, eres tú.

—Qué exagerada eres —replica burlona, y a continuación se arrastra por encima del colchón para besarme en los labios.

Riley sonríe y se estira con lentitud casi estudiada. Su camiseta vieja se sube lo justo para que mi atención se desvíe durante un par de segundos. Bueno, tres… tal vez cuatro.

—Pero es verdad, hay que prepararse mentalmente —añade, como si eso justificase haber desconectado del mundo durante las últimas seis horas—. Aunque no te negaré que he soñado con lanzarlo desde el puente.

—¿Literalmente o en sentido figurado?

—Ambas. Aunque una de las dos era considerablemente más satisfactoria. Incluso cinematográfica.

—Esto no es un thriller de los noventa —comento, rodando los ojos mientras me acerco—. Y tú no eres Jodie Foster.

Riley arquea una ceja, dibujando esa sonrisa torcida tan suya.

—Dame media hora, una chaqueta adecuada, y lo hablamos.

—*Touché* —respondo, justo antes de que me lance una almohada que esquivo por los pelos—. Pero creo que, con la iluminación adecuada, podrías competir. ¿Me das mis pantalones o tengo que suplicarte?

—Deja de provocarme —murmuro, dándole un manotazo que la empuja hacia atrás.

Recojo los vaqueros arrugados del suelo y se los lanzo. Ella los atrapa con una agilidad que no debería tener alguien que acaba de despertarse. La observo mientras se viste, sin perder la sonrisa. Cada curva, cada tatuaje, ese brillo en los ojos que aparece cada vez que nuestras miradas se encuentran… Dios, me gusta absolutamente todo de ella.

—¿Tienes cuerpo para desayunar? —le pregunto mientras meto lo esencial en la mochila y termino de recoger lo poco que hemos sacado.

—Siempre que venga con cafeína, me como lo que sea.

—Anotado. Pero no pienso ponerme delante de ti hasta que te pongas los pantalones.

—Qué aburrida te estás volviendo —dice en tono teatral, lanzándome una mirada fugaz por encima del hombro—. ¿Ya te ha cansado la diversión?

—Tampoco te vendría mal un poco de calma.

Desayunamos en una cafetería diminuta que huele a tostadas recién hechas y sirope caliente. Los camareros nos sonríen sin saber lo que nos espera en unas horas. Riley se sienta frente a mí, con una taza de café humeante entre las manos, y hojea el menú como si estuviera considerando pedir todo lo que aparece en él.

Para mi sorpresa, duda entre algo que nunca habría sido su primera elección.

—¿Bol de avena? ¿Tú? —comento, al ver su indecisión entre eso y unas tortitas del tamaño de una rueda de camión.

—¿No puedo plantearme cambiar de estilo de vida? —responde—. Comer mejor, dejar de ser perseguida por mafiosos... cosas sencillas.

—Seguro que con un poco de yoga y té lo solucionas.

—Si me persiguen mientras hago la postura del perro boca abajo, al menos podré decir que lo intenté.

Suelto una carcajada. Al final, Riley pide las tortitas, por supuesto. Yo me decanto por un bollo de canela e intento ignorar el nudo que me aprieta el estómago desde que abrimos los ojos. Sobre todo, cuando la veo coger el móvil y su expresión se transforma en cuestión de segundos.

—¿Pasa algo?

—Solo me aseguraba de que esta tarde vendrá —responde sin levantar la vista—. No quiero que crean que estamos huyendo.

—Tú nunca has huido —susurro, y ella levanta la mirada, sorprendida.

Me agradece la sinceridad con una sonrisa suave, y decidimos centrarnos en disfrutar del desayuno sin dar más vueltas a lo inevitable. Casi dos horas después, pagamos y salimos de la cafetería con el sol apretando con fuerza. El Mustang nos espera aparcado en la acera, como si supiera que estamos a punto de tomar un camino decisivo. Y aunque ya hemos recorrido miles de kilómetros, esta parte del viaje me parece distinta. Como si estuviéramos a las puertas del desenlace.

Del final.

El tiempo transcurre entre canciones antiguas, algunas confidencias pequeñas y un silencio que, a diferencia de los primeros días que pasamos juntas, resulta cómodo, casi reconfortante. Recorremos las calles de Victorville y sus alrededores, y nos detenemos en Elmer’s Bottle Tree Ranch únicamente por distraernos un poco antes de regresar al puente. Paseamos entre esculturas hechas con botellas de vidrio verde y azul que tintinean con la brisa, como si tuvieran vida propia, y Riley se detiene ante una con forma de árbol.

—Mi hermano intentó hacer una parecida una vez. Usó botellas de cerveza, pero la verdad es que no acabó muy bien para él —comenta con un deje de nostalgia—. Algunas se rompieron y se

hizo varios cortes en los brazos. No te imaginas cómo se puso mi madre —río suavemente—. Ese fue uno de los últimos momentos que pasamos juntos.

—¿Y tú qué hiciste?

—Robé las botellas vacías que quedaron y las vendí por unas pocas monedas para comprarme una revista de coches. Tenía once años.

—Delincuente precoz —bromeo, soltando una carcajada.

Ella también se echa a reír, y no tarda en entrelazar sus dedos con los míos.

A las seis en punto, el Mustang se detiene junto al borde del puente de Colorado Street. El cielo comienza a teñirse de dorado, anticipando la llegada de la noche. Me gustaría creer que todo esto no es más que un sueño, pero a lo lejos, distingo a ese tipo acercándose. El vello se me eriza al instante.

Lleva puestas unas gafas de sol, y nos observa con una mezcla de recelo e incredulidad, como si no esperase que realmente fuésemos a presentarnos. O quizás no confíe en salir de aquí con vida, aunque sí con unos cuantos miles de dólares más en el bolsillo.

Riley se adelanta. Yo me quedo un paso atrás, en silencio, observándolos con atención.

—¿Tienes lo que pedí? —pregunta él sin rodeos.

—Tengo algo mejor —responde Riley, y extrae una carpeta de su mochila—. Documentos, correos electrónicos, extractos bancarios… Todo con el nombre de Brandon. Y el tuyo. Si me ocurre algo, o si osáis acercaros a Olivia, todo esto acabará en manos de la policía. ¿Ha quedado claro?

Él la mira con detenimiento, pero permanece impasible, como si no acabara de creerse del todo lo que está escuchando.

—Quiero que desaparezcas de mi vida. Y también de la suya —añade ella, y me señala con un gesto apenas perceptible—. Si

alguno de tus matones vuelve a aparecer cerca de mí, el contenido de esta carpeta se volverá público.

—¿Y por qué iba a confiar en ti?

—Porque ya no tengo nada que perder con mi hermano, ni mucho menos, protegerlo. Y tú sí tienes que guardarte las espaldas.

El hombre la observa con intensidad durante varios segundos. Finalmente, asiente con la cabeza y se cruza de brazos. Es entonces cuando Riley juega su carta definitiva: le entrega solo la información que, sin duda, satisfará a quienes están detrás de él.

—Brandon nos jodió a todos. Pero si con esto queda saldada la deuda, me vale.

—Más te vale que así sea —intervengo por primera vez, y mi voz suena con una firmeza que creía olvidada.

Cuando se marcha, Riley exhala un suspiro que parecía estar atrapado en su pecho desde hacía años. No se da la vuelta hasta que el coche desaparece del todo.

—¿Crees que va a funcionar? —pregunta, sin apartar la vista del puente.

—Tiene más miedo del que ha mostrado —comento—. Yo diría que ha tragado el anzuelo. Y ahora tú tienes esa ventaja.

Permanecemos allí unos minutos, bajo las luces que empiezan a encenderse en los alrededores del puente, como si se estuviera preparando un escenario para algo trascendental. Solo que eso, en realidad, ya ha ocurrido. Y ahora, por fin, podemos seguir adelante.

Riley me entrega las llaves del Mustang sin decir una palabra. Al entrar en el coche y ocupar el asiento del conductor, ella se recuesta sobre mi hombro, con la cabeza vuelta hacia la ventana y los ojos cerrados.

—¿Te sientes mejor? —le pregunto en voz baja.

—Sí —responde sin moverse.

—Entonces, ya podemos continuar sin mirar atrás.

La carretera se abre ante nosotras, con kilómetros por recorrer que nos conducirán al final. O tal vez, al principio de algo nuevo. Ya no estoy segura de que exista diferencia entre ambas cosas. Lo que sí tengo claro es que el futuro ha dejado de parecerme una amenaza.

Ahora me parece una posibilidad. Y creo que ambas estamos listas para decidir cuál queremos tomar.



38

Santa Mónica, California.

Horas después.

Olivia

Parecía imposible, pero el océano aparece de pronto, como una promesa antigua que por fin se cumple. La línea azul del horizonte se funde con el cielo despejado, casi sin nubes, y durante un instante respiro hondo, empapándome del olor a sal, del aire limpio, del rumor de las hojas mecidas por el viento. Hemos llegado al final de la Ruta 66. Estamos en Santa Mónica y, aunque debería sentirme feliz, me doy cuenta de que este también podría ser el final de nosotras dos.

Riley baja la ventanilla y deja que la brisa le revuelva el pelo. Esconde los ojos tras las gafas de sol, pero no necesito verlos para saber que sonríe, que está en paz. Lo percibo en la curva de sus labios, en la manera despreocupada con la que tamborilea los dedos en el borde de la puerta. Aquí, donde termina la carretera y comienza el océano, algo dentro de ella también se libera.

—Bonito sitio para acabar mi huida —murmura, sin apartar la mirada del muelle. Usa ese tono medio burlón con el que suele quitarle hierro a todo, el mismo con el que tantas veces ha hecho

comentarios sobre esta ruta—. O quizá sea el lugar perfecto para comenzar otra.

—Dependerá de lo que decidas hacer a partir de ahora —respondo, sin poder evitar devolverle una sonrisa.

Ella ladea ligeramente la cabeza, reflexionando sobre mis palabras, aunque sin perder ese deje de picardía que le acompaña desde el primer momento.

—«A partir de ahora…» —repite en voz baja, soltando un suspiro profundo—. Ahora mismo, eso me suena lejano. Como si aún no me creyese del todo que tengo acceso a esa oportunidad.

—Creo que tienes ante ti todas las posibilidades, Riley. Solo tienes que soltarte un poco… y dejarte conquistar por lo que te rodea —prometo, convencida.

Aparcamos en una calle lateral, cerca del famoso cartel que marca el fin de la Ruta 66. Como es de esperar, hacemos un montón de fotos para inmortalizar el momento. Al lado del Mustang, acaricio el capó como si pudiera agradecerle el haber aguantado con nosotras estos últimos cientos de kilómetros. Las calles están repletas de vida: turistas por todas partes, músicos callejeros, olor a algodón de azúcar y maíz tostado. Pero nada de eso parece tener relación con nosotras. Es como si paseásemos por un decorado preparado para otra historia, una donde no hay amenazas, deudas ni miedos a cuestas.

Riley se despereza al dar los primeros pasos, y durante un segundo dejo que mi mirada se pose sobre su costado, sobre esa piel que brilla bajo el sol y que ahora mismo querría acariciar sin pensar en nada más. Su sonrisa, por fin libre de tensión, me alegra profundamente.

—¿Y bien? ¿Qué te apetece hacer antes de buscar un sitio donde quedarnos, al menos por un día? —pregunta mientras se acerca.

Su sonrisa me desarma, pero percibo en sus ojos algo que también sabe a despedida.

—¿Hacemos una primera parada para sacar fotos para el artículo, o damos un paseo de reconciliación con el mundo? —añade, rozando su nariz con la mía.

Rodea mi cuello con los brazos, y un escalofrío me recorre el cuerpo de arriba abajo. Joder, ya no me reconozco en la Olivia que emprendió este viaje hace más de dos semanas.

—Prefiero un paseo —respondo sin titubear—. El mundo puede esperar un poco más.

«Pero nosotras no».

—Qué generosa… No sabía que te gustaban los finales dignos de postal —bromea, aunque en sus ojos también se refleja esa misma felicidad que brilla en los míos.

—No es eso. Es que… —me detengo un instante, buscando las palabras adecuadas—. He ido escribiendo sobre todo el viaje, sobre cosas que normalmente no cuento, y me gustaría conocer el final antes de ponerlo por escrito. Vivirlo de verdad, contigo, para que se sienta diferente… no sé. Más auténtico.

—Cualquier cosa que pongas en ese diario será tan real como lo mucho que me gustas.

Su confesión me deja sin respuesta, con el corazón a punto de salirse del pecho. Ojalá esto no tuviera que terminar, pero supongo que tendré que ir haciéndome a la idea, por mucho que me cueste.

—Tú también me gustas, Riley Torres. Muchísimo.

. . .

Tras un buen rato, caminamos juntas hacia el muelle. La madera cruje bajo nuestros pasos y las olas rompen con suavidad contra los pilotes. Por primera vez en días, ya no siento esa opresión en el pecho ni la urgencia de hacerlo todo bien. Solo queda este instante

suspendido en el tiempo, mientras mantengo la mirada al frente y Riley se acurruca junto a mí.

Me gusta este silencio que se ha instalado entre nosotras, pero no tardo demasiado en romperlo.

—¿Sabes qué es lo mejor de haber llegado hasta aquí? —susurro, girándome hacia ella—. Que renuncié al trabajo antes de venir, lo que significa que puedo quedarme un poco más.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé… tomarme unos días, disfrutar de la playa, escribir con calma lo que de verdad quiero terminar de contar —digo, encogiéndome de hombros—. Necesito volver a esa versión de mí que escribía artículos que hablaban al corazón. Y si te apetece… podrías quedarte conmigo por aquí.

Me da miedo que diga que no, que su mente ya haya empezado a planear otra marcha. Pero Riley me sorprende con una sonrisa, y acaricia mi cuello con ternura, como si no existiera nada más importante que este momento, que este roce.

Y en el fondo, es justo eso.

—Me parece una propuesta maravillosa, aunque ya sabes que tengo algo importante que hacer —comenta, y una sombra de tristeza asoma en sus ojos—. Pero después… después quiero permitirme disfrutar un tiempo, pensar con calma y ver qué hacer. Por primera vez, me apetece intentar asentar un poco la cabeza.

Durante un segundo, se me cruza por la mente la idea de que venga a casa conmigo, pero enseguida descarto el pensamiento. En lugar de hablar, me acerco, la beso con suavidad y la rodeo con los brazos. Sé que tiene que ir a ver a su madre, y deseo estar a su lado cuando lo haga. El viento le despeina el pelo, la luz del atardecer dibuja reflejos dorados sobre sus mejillas, el cuello, el contorno de los labios. Pienso en todo lo que hemos compartido: en cada motel de mala muerte que ella convirtió en un pequeño refugio, en cada noche sin dormir, en las carreteras vacías, y en las tormentas de las que me ha protegido como si yo fuera lo más importante del mundo.

—Te acompañaré hasta que resuelvas todo lo que tengas pendiente.

—Sabes que no tienes por qué hacerlo —responde, desviando la mirada—. Ya has hecho más que suficiente. Esto es algo mío, y no quiero que tengas que presenciar…

Le tomo la mano con delicadeza, aunque también con firmeza.

—No vas a convencerme para que me baje de este tren. Si de verdad quieres acabar con esto, yo estaré a tu lado.

Ella me mira entonces, y en sus ojos veo un brillo que no sé si es gratitud, miedo o ambas cosas. Puede que no lo sepa ni ella misma. Lo único que tengo claro es que no pienso dejarla sola.

—Nunca has sido de las que permiten que les lleven la contraria, ¿verdad?

—Jamás.

—Entonces vendrás conmigo. Ha llegado el momento de enfrentarme a esto, de una vez por todas —dice, entrelazando sus dedos con los míos—. Pero antes, deberíamos buscar un sitio donde dormir, ¿no?

—Sí, pero esta vez elijo yo.

Nos quedamos en silencio unos segundos, escuchando el murmullo constante del mar, las risas lejanas de los transeúntes, el crujido pausado del muelle bajo nuestros pies. Pienso en el artículo que tengo casi terminado, en las fotos que podría hacer aquí, con esta luz dorada perfecta. Pero no saco el teléfono, porque no quiero romper este momento a su lado.

—Me cuesta creer que esto vaya a terminar en unos días —murmuro, sin apartar la vista del horizonte.

—Tal vez no termine. A lo mejor solo se transforma —responde Riley, sorprendiéndome con la calma de su tono.

—¿Otra de tus frases crípticas?

—Tengo un máster en frases de ese tipo, créeme —dice con aire orgulloso—. Me gradué con honores.

Me echo a reír, y por un instante me siento tan viva que tengo la certeza de que nada malo puede tocarnos mientras estemos aquí, juntas, respirando el mismo aire salado. El sol empieza a descender sobre el Pacífico, tiñendo el cielo de naranjas y púrpuras. Un final perfecto para cualquier viaje… o tal vez para un comienzo.

—¿Lista para buscar ese hotel? —pregunto.

Riley se aparta de la barandilla y me observa de arriba abajo con esa expresión suya tan particular, una mezcla de ternura y descaro.

—Solo si me dejas contemplar el océano un poco más. Hacía mucho que no venía por aquí.

Asiento en silencio. Le tomo la mano con fuerza. No sé qué nos espera más allá de esta ciudad. Pero por primera vez en semanas, eso ya no me inquieta.

Ahora, por fin, podemos seguir adelante hasta el final.



39

Santa Mónica, California.

Decimoséptimo día de ruta.

Riley

El sol entra a ráfagas por la ventana del hotel, cálido y resplandeciente, como si ignorase por completo lo que me espera hoy. Me incorporo despacio, con el cuerpo entumecido tras haber dormido mal buena parte de la noche, y la mente aún atrapada en una maraña de pensamientos. Olivia ya no está en la cama; creo que ya es costumbre en ella levantarse un par de horas antes que yo. Al oír el agua, dirijo la mirada hacia el baño, donde su silueta proyecta una sombra alargada en la pared.

Me froto la cara con ambas manos y respiro hondo. Hoy es el día en que volveré a ver a mi madre tras años sin contacto salvo conocer su estado de salud, después de haber adoptado demasiadas versiones de mí misma en las que siempre acababa huyendo antes de que pudiera hacerme daño. Pero esta vez no hay escapatoria, porque estoy aquí, con Olivia, y necesito cerrar este capítulo de una vez por todas, aunque solo de pensarlo me tiemble todo el cuerpo.

Cuando Olivia sale del baño con una toalla enrollada en el pelo y otra anudada en el pecho, me dedica una sonrisa. Ese gesto me da valor, aunque no lo comparta en voz alta. Me quedo

observándola un segundo más de lo que sería prudente, con la piel aún húmeda, los rayos del sol acariciándole las clavículas.

—¿Estás bien? —pregunta, acercándose.

Asiento, aunque no sea del todo cierto. Pero tampoco estoy mal. Digamos que me encuentro en un punto intermedio, flotando entre el miedo y la determinación.

—¿Lista para ver a tu madre? —añade, sacando ropa de su maleta.

—Lo estaré cuando tenga café —respondo, y ella suelta una risa suave.

Se sienta a mi lado en la cama, deja escapar un suspiro y me observa en silencio. Me conoce tanto que no necesita hacer más preguntas para saber que soy un manojo de nervios.

—Ven aquí —susurra.

Me acerco sin dudar, y Olivia me rodea con los brazos. Su toalla resbala un poco y apoyo la frente en su cuello, lo que me permite respirar ese aroma a jabón mezclado con su piel, una fragancia que siempre me devuelve el equilibrio.

—Tengo miedo, incluso más que cuando nos enfrentamos a aquel imbécil —confieso, y aunque intento sonreír, no lo consigo.

—Lo sé —responde, acariciándome la nuca con una ternura que me desarma por completo—. Pero no estás sola, y lo sabes.

Coloca sus dedos bajo mi barbilla y, al mirarnos, me besa con una dulzura que desentona con el caos que llevo dentro, pero que precisamente por eso me calma. Nuestros labios se buscan y se encuentran en mitad de esta tormenta. Cuando nos separamos, me recuesta sobre las sábanas revueltas y se tumba medio encima de mí. Su mano encuentra la mía y entrelazamos los dedos, en esa forma íntima de quererse que me hace pensar en lo mucho que la voy a echar de menos cuando regrese a su rutina.

—Quiero que lo sepas —dice, en voz baja—. No importa lo que pase hoy, ni lo que digas ni lo que oigas. Eres valiente. Lo has

sido durante todo el camino.

Trago saliva, porque las palabras se me quedan atrapadas en la garganta.

—No lo habría hecho sin ti.

—Y yo no habría llegado hasta aquí si tú no hubieras estado a mi lado —me recuerda.

Permanecemos así un rato, en silencio, mientras el sonido del tráfico se cuela por la ventana abierta. Olivia me aprieta la mano una vez más antes de levantarse y, al vestirse, me lanza una mirada cargada de ese sentimiento que me recuerda que está conmigo hasta el final.

Desayunamos en una cafetería tranquila, a unas pocas calles del centro donde se encuentra mi madre. Olivia pide tostadas con mermelada de fresa. Yo me limito a remover el azúcar en mi café, haciendo tintinear la cucharilla contra la taza, como si con ese gesto pudiera ordenar las emociones que me agitan por dentro. Hay algo reconfortante en ese movimiento circular, casi hipnótico.

—¿Quieres que entre contigo? —me pregunta al levantarnos.

La miro. Sé que lo haría sin dudar, aunque no tenga ninguna deuda con esta parte de mi historia. Sé que se sentaría a mi lado, en silencio, o intervendría si fuera necesario. Pero esto… esto tengo que hacerlo sola.

—Puedes esperarme en el coche —le digo, y le aprieto la mano antes de soltarla—. Prometo que voy a estar bien.

Ella asiente con ternura y me besa en la mejilla, como si intuyera que aquí voy a dejar una parte de mí.

—Tú puedes con esto, Riley. Y cuando salgas, estaré aquí. Prometido.

Cierro los ojos un instante, anclándome a su voz. Luego me doy la vuelta y echo a andar, con el corazón martilleándome en el pecho.

Sé que Olivia no lo ve, pero sonrío.

. . .

El centro de mayores no es tan lúgubre como lo recordaba. Tiene ventanales amplios, plantas bien cuidadas y un olor agradable que llega del jardín trasero. Me identifico en recepción y, al dar mi nombre, añado el de mi madre junto al mío, un gesto doloroso que hoy me concede un poco de paz. «Marjorie Torres», leo. Y todavía me cuesta asimilar que ese apellido siga formando parte de mi identidad, aunque la mayor parte del tiempo lo haya arrastrado como si fuera un ancla oxidada.

Me indican la habitación nueva a la que la trasladaron hace unos años. Camino por los pasillos con paso firme, aunque las manos me sudan dentro de los bolsillos. Al llegar, respiro hondo y llamo suavemente con los nudillos. Una enfermera me abre y me recibe con una sonrisa.

—Hoy ha estado muy despierta —me comenta—. Parece como si te estuviera esperando.

Al entrar, veo una ventana entreabierta por la que se cuela la luz suave del mediodía y el murmullo lejano de una vida que continúa fuera. Pero aquí dentro, el tiempo parece detenido. La atmósfera es densa, cargada de ese silencio que solo habita donde la muerte ya ha llamado a la puerta y espera paciente a que alguien la deje entrar.

Mi madre está tumbada en la cama, rodeada de sábanas impolutas y almohadas que no logran disimular el desgaste de su cuerpo. Su figura, pequeña y encogida, apenas levanta el edredón. El pelo le cae en mechones grisáceos sobre la frente, y su piel es tan fina que parece papel. Tiene los pómulos marcados como si el tiempo los hubiera tallado con una paciencia cruel. Pero sus ojos... sus ojos siguen siendo los mismos. Oscuros. Cansados, sí, pero aún vivos. Idénticos a los míos.

Me quedo unos segundos paralizada, sin saber si avanzar o dar media vuelta. Luego doy un paso. Y otro. Hasta que estoy junto a la cama, con los dedos aferrados al respaldo de la silla como si fuera lo único firme en medio de una escena que amenaza con deshacerse a mi alrededor.

Ella gira la cabeza con lentitud, como si cada movimiento le doliera.

—Hola, mamá —digo. La voz me tiembla, pero esta vez no me escondo.

Me observa y descubro que no hay sorpresa en su mirada. Como si hubiera sabido todo este tiempo que, antes del final, yo volvería.

—Pensé que no te vería por última vez —susurra. Su voz es apenas un hilo, un eco lejano de lo que un día fue.

—Yo también lo creí.

El oxígeno murmura desde la máquina junto a su cama. En el exterior, canta un pájaro. Aquí dentro, el tiempo se cuela por los huecos de todo lo que no vivimos.

—Estoy... —empieza a decir, pero se detiene. Se lleva una mano huesuda al rostro, temblorosa—. Estoy muy arrepentida, Riley.

Se me cierra la garganta, pero mantengo la mirada. No quiero volver a ser la niña que agachaba la cabeza cada vez que alguien la decepcionaba. Esa niña ya no existe.

—De muchas cosas —continúa con esfuerzo—. De haberos dejado solos. De desaparecer cuando más me necesitabais. De no luchar por vosotros. Por Brandon. Por ti.

No intenta justificarse, y eso lo sé. Pero sus palabras caen como lluvia sobre tierra reseca. Duelen, sí, pero también alivian. Como si al fin alguien se hubiera atrevido a recoger los pedazos de nuestra vida perdida.

—No me interesa escuchar excusas —afirmo con firmeza. Ella asiente, y ese gesto arrastra siglos de cansancio.

—No las tengo.

—Solo necesitaba oírte decir que no fue culpa mía.

Levanta la mirada, y sus ojos se humedecen con una fragilidad nueva.

—Nunca lo fue. Jamás —promete—. Yo... lo arruiné todo. Pero tú solo eras una niña. Nadie debería haberte cargado con esa vida.

—No sé si puedo perdonarte del todo —confieso, mirando sus dedos, ahora tan delgados que parecen de porcelana—. Pero puedo intentarlo.

Ella traga saliva. Los tendones de su cuello se marcan con un gesto fatigado. Entonces, me sorprende: extiende la mano y toma la mía. Es frágil, pero firme, como si por un instante aún pudiera sostenerme.

—Eso es más de lo que merezco —murmura.

La observo, y por primera vez en años no siento únicamente rabia o abandono. Siento compasión. Pena. Comprendo que esta mujer, rota y débil, no es la villana de mi historia. Es otra víctima más del caos que a veces arrastra la vida. Como yo. Como Brandon. Como tantos otros.

Nos quedamos así, en silencio, con el sonido del aire entrando y saliendo del tubo, con el leve vaivén de la sábana al ritmo de su respiración. Me doy cuenta de que ya no busco respuestas ni castigos. Solo quiero algo de paz. Y en mi mundo, eso es raro. Y valioso.

—He soñado contigo muchas veces —dice al cabo de un rato —. En casi todos, me perdonabas. Aunque yo no dijera nada.

—Yo también he soñado contigo. Pero en los míos... te ibas sin despedirte.

Cierra los ojos y una lágrima le resbala por la sien.

—Gracias por no dejarme sola esta vez.

Le aprieto la mano con más fuerza, como si pudiera atrapar algo entre los dedos. Cuando el monitor emite un pitido más agudo, una enfermera entra en silencio, revisa un par de cosas y se marcha sin decir palabra. Mi madre abre de nuevo los ojos. Sus labios esbozan una pequeña sonrisa.

—Sigue adelante, Riley. No te quedes donde yo me rendí.

Me inclino y le beso la frente. Su piel huele a todas las despedidas que nunca supe afrontar.

—Lo haré —respondo—. Y quiero que sepas... que ya no te odio.

Me quedo allí, con la frente apoyada en su mano, hasta que el cuarto vuelve a quedar en silencio. Hasta que su respiración se vuelve tan leve, que se confunde con el viento. Me limpio un par de lágrimas y agradezco haber vivido este momento.

Al salir, Olivia está apoyada en el coche, mirando el teléfono. Al verme, lo guarda y se endereza.

—¿Cómo ha ido?

—Bien. Mejor de lo que esperaba.

Me observa con atención. Luego abre los brazos y me dejo caer en ellos sin ofrecer resistencia. No lloro más, pero me siento más ligera, como si por fin hubiera soltado la maleta que arrastro desde niña.

—¿Sabes? —le digo—. Puede que aún no sepa a dónde voy, pero al menos ya no tengo que seguir huyendo.

—Eso ya es un comienzo —responde.

Me aparta un mechón de pelo y lo coloca detrás de mi oreja. Después me mira con esa expresión suya que siempre parece ver más allá, como si pudiera descubrir en mí algo que yo todavía no soy capaz de ver.

—No tengas miedo a estar perdida, Riley —añade, con esa voz suya que siempre suena a una verdad amable—. Vas a encontrar

tu lugar.

Y aunque en otro momento habría esquivado esa promesa, esta vez, sonrío de verdad.



40

Santa Mónica, California.

Esa misma tarde.

Olivia

El sonido tenue del agua cayendo en la ducha llena la habitación con una calma engañosa. Estoy sentada al borde de la cama y dejo que mis dedos jueguen con el dobladillo de la sábana mientras mi mente intenta procesar todo lo que ha sucedido en las últimas horas. El aire huele a humedad tibia, a una mezcla deliciosa de sal y naturaleza que trae la brisa desde la costa. Afuera, Santa Mónica bulle con su vida de postal perfecta, pero aquí todo parece suspendido, como si el tiempo se hubiese detenido por un instante.

Me paso una mano por el cuello, donde aún siento el calor de sus labios. Esta habitación ha sido refugio y consuelo, campo de batalla emocional y catarsis. He visto a Riley llorar y luego rendirse a mí con una vulnerabilidad tan intensa que me ha dejado sin aliento. No estoy segura de haber estado nunca tan cerca de alguien como lo estoy ahora de ella. Y eso me asusta. Pero también me empuja a quedarme.

La puerta del baño se abre y una bocanada de vapor se desliza por el pasillo hasta darle paso, con el pelo mojado cayéndole sobre los hombros y una toalla rodeándole el cuerpo. Aún conserva

los ojos enrojecidos, pero ya no queda rastro del muro que ha llevado consigo durante todo este viaje. Lo más hermoso es que me mira como si me viera por primera vez, o como si ya no necesitara fingir nada ante mí.

—¿Tú has estado bien mientras hablaba con mi madre?

Asiento con la cabeza. No le hablo de la preocupación que me ha carcomido el pecho durante horas, ni de cómo me temblaban las manos mientras miraba por la ventanilla del coche y los minutos se estiraban como una cuerda tensa, sin saber si todo iría bien.

—Estuve trabajando un poco en el artículo —respondo—. Nada serio, solo algunas notas e ideas para rematarlo.

Riley sonríe y se acerca a la bolsa abierta sobre la silla. Rebusca entre la ropa sin decir nada, con movimientos lentos, casi ceremoniosos. Como si, por fin, pudiera moverse sin sentir que el pasado va pisándole los talones.

—¿Quieres que te deje sola un rato? —pregunto con cuidado —. Puedo bajar a por algo o dar una vuelta.

—No. Quédate —responde sin dudar.

Se gira hacia mí con una camiseta en la mano que no llega a ponerse, y me observa en silencio durante unos segundos. Luego se sienta a mi lado, dejando la prenda sobre sus rodillas.

—Es curioso, pero no tenía ni idea de si iba a ser capaz de hacerlo —admite.

—Pero lo hiciste.

—Sí. Y me dolió más de lo que imaginaba —confiesa, con ese dolor aun flotando en sus bonitos ojos—. Pero era necesario. Tenía que mirarla a los ojos y saber que ya no le debo nada. Que no necesito nada de ella. Ni siquiera una explicación.

Veo mi reflejo en su mirada. Estoy tan cerca que podría besarla, pero me contengo.

—Lo que has hecho hoy —susurro, rozando casi sus labios—. Ha sido valiente.

Ella me mira con ternura, como si no supiera del todo cómo recibir un elogio, pero tampoco quisiera que dejara de dárselo.

—Creo que, si no llegas a estar tú, no lo habría conseguido.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, se acerca y me besa. Es un beso lento, profundo, lleno de lo que no hemos dicho. Me dejo llevar y caemos sobre la cama mientras el sol de la tarde se filtra entre las cortinas. Sus manos me buscan como si conocieran cada rincón, como si hubieran esperado este momento desde mucho antes de atreverse a dar el paso, tal vez desde que salió de ver a su madre.

Riley me acaricia con una delicadeza que quema, como si temiera romperme, como si supiera que llevo días, meses, quizás años deseando sentirme así: elegida y mirada sin condiciones. Mis dedos se pierden en la curva de su espalda, en la tibieza de su piel recién salida de la ducha, en el leve temblor de sus costillas al respirar. Todo entre nosotras encaja con una fluidez que no necesita explicaciones. El miedo, el dolor, incluso el amor... todo lo expresamos con el roce de su boca en mi cuello, en la forma en que susurra mi nombre entre jadeos, como si al pronunciarlo pudiera anclarme a su mundo.

Nuestros cuerpos se entrelazan en una danza lenta, honesta, sin máscaras ni atajos, y me doy cuenta de que somos solo dos personas encontrándose de verdad, con todo lo que eso implica. Con cada caricia, Riley me devuelve algo que creía haber perdido: la certeza de que aún puedo sentir, que todavía soy capaz de entregarme, de confiar.

Cuando se arquea contra mí, pronunciando mi nombre como si fuera lo único que le importa decir en el mundo, cierro los ojos y me dejo llevar. Me hundo en su pecho, en sus suspiros, en ese instante perfecto donde ya no existe absolutamente nada más.

—Prométeme algo —murmura de pronto, con la voz aún ronca de deseo.

—Lo que quieras —respondo sin dudar.

—Prométeme que no vas a desaparecer cuando esto acabe. Que no volverás a tu vida perfecta fingiendo que esto ha sido solo una aventura más, algo sobre lo que poder escribir.

Levanto la cabeza y la observo detenidamente. Sus ojos están abiertos, brillantes y también asustados. Hay tanta verdad en ellos que duele. Porque Riley lleva sus emociones en la mirada, y esa pregunta entre sus labios parece temer que, al decirla en voz alta, todo esto pueda desvanecerse.

—No podría olvidarte, aunque lo intentara —confieso—. Y la verdad es que no quiero.

Riley sonríe, tan feliz que me quedo observándola durante un buen rato, grabando esa imagen en mi memoria. Después me besa de nuevo y se incorpora con cuidado.

—Voy a vestirme. Si no salimos pronto, acabaremos paseando a la hora de la cena —bromea, recogiendo la ropa del respaldo de la silla—. Y no hemos llegado hasta aquí para perdernos esta postal, ¿no?

—¿Me dejas terminar antes un par de líneas del artículo? —le pido, estirando el brazo para coger el portátil de la mesilla.

—¿Quieres que lea lo que llevas? —pregunta, mientras se enfunda unos vaqueros y se ata el pelo en una coleta desenfadada.

—Lo harás cuando esté terminado. A lo mejor incluso antes que nadie.

—¿A lo mejor? —Levanta una ceja con diversión.

—No te acostumbres a los privilegios tan pronto. —Le dedico una sonrisa pícara y ella me devuelve una mirada cargada de intención.

Se acerca un momento y me besa la comisura de los labios, despacio y con cariño.

—Voy bajando a por café —dice—. El tuyo bien cargado, ¿no?

—Lo sabes perfectamente.

—Me gusta oírte decirlo —responde antes de desaparecer por la puerta.

Al cerrar la puerta detrás de ella, mientras abro el documento en el portátil, tengo la certeza de que esta historia ya no es solo un artículo de viaje para una revista que dejé atrás. Es algo más. Está escrita en su piel. Y también en la mía. Tecleo un par de frases nuevas, reviso un párrafo anterior, pero no tardo en dejar las manos quietas sobre el teclado. No puedo concentrarme del todo. Porque la historia ha dejado de ser solo mía. Porque esta vez no soy una narradora externa que observa desde la distancia.

Esta vez estoy dentro del relato. Estoy implicada en esta ruta llena de baches, de redenciones, de besos a mitad del desierto y miradas que lo dicen todo.

Y no estoy segura de querer terminarlo.

Bitácora de viaje | Día 17 – Santa Mónica, California.

El final no siempre se anuncia con un gran escándalo. A veces llega en silencio, con el murmullo de las olas rompiendo bajo el muelle, o en el instante exacto en que el viento te acaricia la cara y sabes, con una certeza que te sacude por dentro, que ya no eres la misma persona que comenzó este viaje.

Por fin, tras casi tres mil kilómetros, he llegado al final de la Ruta 66. La carretera que prometía una crónica de paisajes, gasolina y libertad, terminó siendo mucho más que un recorrido turístico. Se convirtió en un espejo. En una casa en ruinas que tuve que derribar para reconstruirme desde cero. He conocido pueblos fantasmas, moteles que olían a historias olvidadas y personas que no volveré a ver, pero que me dejaron una frase o una mirada clavada en mí. Y luego está ella. La tormenta y la calma. La persona que rompió mis esquemas y me enseñó que las curvas más impredecibles no siempre están en la carretera, sino en el corazón.

No sé cuál será mi próxima historia, ni dónde terminará este nuevo capítulo que empieza ahora. Pero si algo he aprendido en estos días es que a veces, para encontrarse, hay que perderse primero. Y que hay amores que no

necesitan un destino fijo, porque ya lo son. Por mucho que la carretera se acabe.

—O.R.



41

Santa Mónica, California.

Tres días después.

Riley

Han pasado tres días. Tres días que se han sentido como una vida entera, como una pausa suspendida fuera del tiempo, dentro de una burbuja en la que Olivia y yo hemos habitado, envueltas en olor a sal, sábanas limpias y el aroma constante del café recién hecho de la cafetería. Nos hemos despertado tarde y nos hemos acostado aún más tarde. Hemos caminado descalzas por la playa cuando ya no quedaba nadie, inventándonos historias sobre la gente que pasaba en bicicleta. Hemos comido tacos y helado de pistacho mientras contemplábamos el atardecer desde el muelle. Y por las noches… nos hemos buscado como si cada centímetro del cuerpo de la otra fuera la única brújula posible.

Hemos sido, por fin, una pareja normal.

La he visto escribir como si llevara fuego en los dedos: en su portátil, en un par de libretas, incluso en servilletas arrugadas de la cafetería, donde se le ocurrían frases entre bocado y bocado. La he visto ser ella, sin filtros. Y cada vez que lo pienso, el corazón se me desboca. Nunca imaginé que alguien tan distinta a mí despertaría esta clase de sentimientos. Increíble, casi imposible… pero cierto.

Esta mañana se ha levantado antes que yo y, al abrir los ojos, la descubro sentada frente al portátil, con la luz de la ventana perfilando su rostro en plena concentración. Lleva una camiseta mía, y de vez en cuando murmura algo mientras escribe, frunce el ceño o borra lo que acaba de teclear. A veces sonríe, como si hubiera atrapado por fin una idea esquiva.

Me quedo quieta, sin querer interrumpirla. La observo desde la cama, sabiendo que, en cuanto se gire, me mirará como si no existiera nada más en el mundo. Y, aun así...

Aun así, la cuenta atrás me late en las sienes.

Me muevo entre las sábanas con suavidad, procurando no romper el hechizo. Pero Olivia lo percibe, como si llevara días leyéndome incluso cuando duermo. Gira la cabeza hacia mí y me regala una sonrisa preciosa, algo perezosa.

—Buenos días, dormilona —susurra.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—El suficiente como para escribir dos párrafos mediocres y mirarte dormir durante diez minutos. No necesariamente en ese orden.

Me incorporo, estirando los brazos, intentando disimular el vuelco que me da el corazón.

—¿Escribías sobre mí?

—Podría ser. Sobre una chica misteriosa, el mayor peligro de toda esta ruta —bromea, cerrando el portátil.

—Espero que le hayas hecho justicia.

—Imposible. Es un personaje demasiado complejo, lleno de cicatrices… y con una sorprendente habilidad para las miradas asesinas a las siete de la mañana.

Suelto una carcajada. Me arrastro hacia ella por la cama hasta quedar frente a frente, a escasos centímetros. Su pelo está revuelto,

y aún conserva la marca de la almohada en la mejilla. Una línea que acaricio con los dedos sin darme cuenta.

—No es tan complicado. Solo estoy asustada —admito, bajando la mirada hacia nuestras manos entrelazadas.

—¿De qué?

—De que el tiempo y el olvido nos rompan en pedazos.

Olivia me contempla como si el mundo acabara de detenerse, con una mezcla de intensidad y ternura que se refleja en sus ojos.

—Si esto fuera una historia —dice en voz baja—, yo no permitiría que se acabase en la página siguiente.

—¿Y si no depende de ti?

—Seguro que podríamos escribirla juntas. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti?

—Dímelo.

—Que, incluso estando perdida, has seguido adelante. Has buscado respuestas, tu lugar en el mundo. Y eso te hace infinitamente más valiente de lo que imaginas.

Me dejo abrazar, por su voz y por su cuerpo, deseando quedarme aquí, escribiendo este momento a fuego sobre mi piel, aunque el reloj corra y Santa Mónica acabe convirtiéndose, con el tiempo, en un recuerdo.

. . .

Después de ducharnos y desayunar —un desayuno de los buenos, con tortitas incluidas—, salimos a dar un paseo breve por la playa. No necesitamos hablar demasiado para saber cómo nos sentimos; las palabras ya se han instalado en la piel, en los gestos pequeños, en nuestras miradas largas, en la sonrisa de Olivia cada vez que observa el mar.

El sol empieza a descender sobre el muelle de Santa Mónica, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados mientras caminamos descalzas por la orilla. El agua nos salpica los tobillos, el viento nos revuelve el pelo. El móvil suena y Olivia lo saca del bolsillo trasero de sus vaqueros cortos. Al ver quién llama, sonríe de inmediato.

—¿Videollamada? —pregunto, alzando una ceja.

—Christopher y Sam. Mis amigos. Hace días que quieren verme la cara —responde con voz serena, aunque sé que está nerviosa. Lo disimula bien—. ¿Te importa?

—No —respondo, aunque por dentro siento una punzada difícil de definir. Tal vez sea miedo. O inseguridad.

Pulsa la pantalla y, en cuestión de segundos, aparecen dos rostros familiares para ella y completamente desconocidos para mí. Una chica con unas gafas de sol enormes y un chico con la barba perfectamente perfilada. Ambos sonríen como si acabaran de ganar la lotería.

—¡Por fin apareces! —exclama ella, sin rodeos—. ¿Dónde demonios te has metido?

—En Santa Mónica. Acabo de terminar el artículo —responde Olivia con una sonrisa tan amplia que me duele un poco. Así de feliz la hacen su trabajo… y ellos. Así de lejos queda su mundo del mío.

—¿Y esa que camina a tu lado es...?

Olivia gira el móvil hacia mí con esa naturalidad suya que derriba todas mis defensas antes de que me dé tiempo a levantarlas.

—Os presento a Riley.

No tengo tiempo de prepararme nada. Sonrío por puro reflejo, aunque por dentro estoy deseando que una ola enorme venga y me trague entera.

—Hola —saludo, como puedo.

—Encantados. Ya teníamos ganas de conocerte —responde él con cordialidad. Sam asiente también, aunque su sonrisa es más

contenida, como si estuviera evaluando algo que aún no sabe si aprobar o no.

«Seguro que conocen toda mi historia», pienso, y me esfuerzo por mantener el tipo.

No sé qué decir, ni cómo comportarme en situaciones como esta. No tengo a nadie que me llame solo para saber si estoy bien. No recibo videollamadas de amigos brillantes y fieles que me conozcan desde hace años. No pertenezco a un mundo como el suyo. Lo único que tengo son kilómetros de carretera a mis espaldas y una larga lista de huidas de problemas que nunca he sabido afrontar de frente.

Y Olivia, que parece leerme con una sola mirada, lo percibe al instante.

—Bueno, os dejamos por ahora —dice, lanzándome una rápida mirada de reojo—. Luego os pongo al día, ¿vale?

—No te olvides de que prometiste enseñarnos el artículo antes de que salga publicado —le recuerda Sam, con tono solemne, como si fuera parte de un pacto sagrado.

—Lo sé. Palabra de periodista.

La videollamada se corta, pero yo ya me siento a medio camino entre esta habitación y algún lugar donde la nostalgia duele menos. Olivia guarda el móvil en su bolsillo y no tarda en interrogarme con suavidad:

—¿Estás bien?

—Sí. Claro. Solo… estoy cansada —miento, aunque su expresión me dice que no se lo cree del todo.

—¿Te ha incomodado la llamada?

—No. Solo me ha recordado todo lo que no tengo. Es una tontería, ya se me pasará.

Ella no insiste, y le estoy agradecida por ello. Porque si lo hiciera, probablemente me rompería aquí mismo, en mitad de la

playa. De hecho, no tardamos en regresar al hotel con una cena improvisada: una pizza y un par de cervezas del minibar. Olivia se sienta con las piernas cruzadas sobre la cama, el portátil sobre ellas, concentrada. Yo la observo en silencio mientras doy cuenta del último trozo de pizza.

—¿Sabes qué? —habla de pronto, sin apartar la vista de la pantalla—. Creo que este artículo es lo mejor que he escrito en mucho tiempo. Y no es solo por la Ruta, sino por lo que ha cambiado dentro de mí. Por cómo me siento. Incluso por ti.

Me sorprende. No tanto por lo que dice, sino por la serenidad con que lo afirma, con una honestidad tan clara que no deja lugar a dudas.

—¿Has vuelto a encontrarte, entonces? —pregunto.

Ella asiente lentamente, sin dejar de mirarme.

—Sí. Y no quiero perder nada de esto.

Trago saliva. Siento el nudo formarse en mi garganta, uno que amenaza con asfixiarme. Porque ojalá pudiera decirle lo mismo. Ojalá supiera cómo. Pero solo consigo pronunciar unas pocas palabras.

—¿Y si yo ya estoy perdida?

Olivia cierra el portátil con suavidad, como si el ruido pudiera quebrarme más. Se vuelve hacia mí y me mira con una intensidad que me desarma, como si creyera que el mundo se desmoronaría si yo me rompiera primero.

—Riley...

—No es que no quiera estar contigo —me apresuro a decir, porque necesito que lo entienda—. Es solo que… no sé cómo encajar en tu vida real. No tengo un plan. Ni una casa. No sé si voy a encontrar algo que me dé estabilidad. Solo sé que ahora, contigo, todo se siente más fácil. Pero también sé que no puede durar así para siempre.

Se acerca. Me coge la cara entre las manos y me obliga a sostener su mirada.

—No necesitas tener todas las respuestas ahora. Nadie las tiene. Pero hay una cosa que sí sé: no me estás arrastrando a ninguna parte. Porque hace días que decidí quedarme contigo. Porque te elijo, una y otra vez.

A pesar de sus palabras, de nuestros besos, de las caricias compartidas bajo las sábanas, del calor de su cuerpo buscando el mío como si pudiera guiarme a tierra firme, sigo sintiendo ese nudo persistente en el pecho. Uno que crece, que se hace más grande a medida que cae la noche, y que me mantiene despierta cuando ella ya duerme.

Me quedo en silencio, mirando al techo. Pensando. Dándole vueltas a una única idea, a esa pregunta que no consigo responder, que se clava como una espina bajo la piel.

¿A dónde se va cuando ya no queda carretera por delante?



42

Santa Mónica, California.

Vigesimoprimer día de ruta.

Olivia

El primer pensamiento que tengo nada más abrir los ojos es que hace frío. El segundo, que la cama está demasiado vacía. Estiro el brazo buscando el calor de Riley, pero solo toco una sábana arrugada. Me incorporo despacio y compruebo que el reloj de la mesita marca las 7:42. La luz de la mañana se cuela por las rendijas de la persiana, dorada y suave, acompañada por el murmullo lejano del tráfico, que me recuerda que sigo en Santa Mónica, en la última parada de este viaje que, en teoría, iba a mantenernos juntas.

En teoría. Porque Riley no está.

Tampoco veo su bolsa de viaje, ni su chaqueta, y el corazón comienza a latirme con violencia, como si algo se hubiese resquebrajado de golpe dentro de mi pecho. Me levanto y camino descalza por la habitación; abro el armario por si hubiera salido dejando algo atrás. Pero no queda ni rastro de ella. Solo hay una nota, doblada con esmero, colocada sobre la almohada donde, hace unas horas, aún dormía a mi lado.

La sujeto con los dedos temblorosos, un temblor que se extiende hasta los labios mientras leo lo escrito con una caligrafía

que delata la prisa, los nervios, y el corazón encogido de quien lo ha dejado todo en estas líneas:

Lo siento, pero no podía arrastrarte otra vez a mi caos. Este viaje ha sido lo más real que he vivido en años, pero ahora necesito descubrir si puedo enfrentarme al mundo sola, sin que tú me salves. Me voy con todo lo bonito que hemos sido durante estas tres semanas, antes de estropearlo por miedo y hacer que me odies. Gracias por enseñarme a no huir del todo, por quererme tal y como soy. Te deseo lo mejor del mundo. Justo lo que mereces.

PD: Cuando hayas publicado el artículo, seré la primera en leerlo.

Una lágrima se desliza por mi mejilla mientras permanezco en silencio, con el papel entre las manos. El dolor es tan tangible que necesito apoyarme en la pared más cercana para no caerme.

¿De verdad ha hecho esto? ¿Después de todo lo que hemos vivido?

Camino hasta la ventana y la abro de golpe. Afuera, la calle sigue tranquila, a pesar de ser época de vacaciones. Miro al cielo, tan azul, tan ajeno, y lo detesto por no darse cuenta de que alguien acaba de dejarme atrás, con una nota de despedida y el eco de unos días que ya no volverán.

Estoy cabreada. Y triste. Tanto que me abrazo a mí misma, mordiéndome el labio inferior mientras intento asimilar lo que acaba de pasar. Esto me ha roto por dentro. Porque, sencillamente… estoy enamorada de Riley Torres. Una mujer que ha preferido marcharse, otra vez, antes que intentar construir una realidad hermosa.

Abro el portátil. Necesito hacer algo, cualquier cosa, antes de perder la cabeza y ponerme a gritar. El artículo está ahí, esperándome, con cada palabra tallada a conciencia. Representa todo lo que he aspirado a ser como periodista. Todo lo que he querido escribir. Algo que no sé si me consuela o me hunde aún más, porque sé que no lo habría escrito sin ella.

Leo párrafo tras párrafo hasta que llego a ese fragmento que redacté después de nuestra primera noche aquí, en Santa Mónica. La parte donde, sin mencionarla, la convertí en algo más que la chica con la que compartí asiento en el coche:

«Al final del trayecto, uno no siempre encuentra lo que busca. Pero a veces, si tiene suerte, encuentra algo mejor. Algo que tal vez se escape entre las manos, pero que siempre deja huella. Y Riley fue eso para mí. Una tormenta dulce. Una brújula imperfecta. Y si este artículo tiene algo de alma, es porque ella me enseñó a escribirlo con el corazón, con paradas y apuestas improvisadas, con imágenes de postal y vuelos por todo lo alto…»

Cierro el portátil de golpe. No pienso quedarme aquí sentada viendo cómo se aleja. Puede que ella haya huido, pero yo ya no soy la Olivia que salió de casa en busca de inspiración. Y, por mucho que se haya cerrado esta puerta, no pienso permitir que se marche sin luchar.

Me visto con lo primero que encuentro. Recojo las maletas, reviso la habitación una última vez, y busco las llaves del Mustang. Salgo del hotel con el pelo recogido en una coleta alta y calcetines desparejados. Nada que ver con la «princesa» que empezó este viaje.

. . .

Sabía exactamente adónde debía ir. La estación de autobuses de Santa Mónica está abarrotada de gente que va y viene como pollos sin cabeza. He dejado el coche mal aparcado, pero me da igual. Solo tengo una idea en la mente: encontrarla.

Atravieso la estación esquivando maletas, carritos de viaje y turistas que no dejan de mirar los horarios en la pantalla. El corazón se me sube a la garganta cuando la distingo. Está sentada junto a la ventanilla de un autobús cuyo motor ya está en marcha. Lleva las gafas de sol puestas, pero sé —con total certeza— que detrás de ellas hay una mirada rota, fija en la mochila que descansa entre sus piernas, mientras se acaricia el colgante que le regalé. El cartel del vehículo reza: «Dirección: Bakersfield – Fresno – Sacramento», y está a punto de partir.

—Solo un minuto... —susurro, y echo a correr.

El conductor está a punto de cerrar las puertas, pero me da tiempo a subir. Las piernas me tiemblan y noto una gota de sudor

resbalar por mi nuca. El hombre resopla cuando le enseño el billete, pero asiente sin decir nada. Me abro paso por el pasillo, esquivando a los pasajeros, sin saber aún qué voy a decir, hasta que me planto frente a Riley y ella alza la cabeza.

Por la expresión de su rostro, está convencida de que está viendo un espejismo.

—¿De verdad pensabas irte sin mí? —suelto, sin pensar demasiado.

—¿Qué… qué haces aquí?

—¿Tú qué crees?

—Olivia, yo…

—No, déjame hablar —le pido, sintiendo que todo mi cuerpo tiembla. Noto las miradas ajenas sobre mí, incluso la del conductor, que nos observa desde el retrovisor, impaciente porque aún no me he sentado.

Inspiro hondo. Cierro los ojos un instante y reúno el valor necesario para decir lo que llevo días sintiendo, hasta que, por fin, sonrío.

—¿Crees que no sé lo que haces? ¿Que no entiendo por qué te vas? —le espeto, más afirmándolo que preguntándolo—. Claro que lo sé. Te asusta lo que sientes, la idea de lo que somos. Te da miedo fallar, fallarme a mí. Pero yo nunca te pedí que fueras perfecta, solo quería que fueras tú.

Riley aprieta los labios, en silencio. Creo que, por un instante, su corazón se ha detenido. Y yo estoy aquí para hacerlo latir de nuevo.

—No he sido yo quien te ha salvado, ¿sabes? Has sido tú quien me rescató de una vida que ya no sentía como mía, una existencia que no quería seguir viviendo. —Alzo la cabeza, pero noto cómo los labios me tiemblan—. En cada parada, en cada trayecto de este viaje, me has hecho recordar quién era. Me has devuelto a la Olivia de verdad. Me has empujado a volver a escribir con el alma, a

hacer un viaje auténtico. Y, joder, no pienso permitir que todo esto acabe con una maldita nota sobre una almohada.

Oigo una carcajada a mi espalda, también algún que otro suspiro. Pero no aparto la vista de ella.

Riley se quita las gafas de sol, parpadea, y descubro en sus ojos ese brillo líquido de quien lucha por no venirse abajo. Está procesando mis palabras, asimilando la emoción que por fin la obliga a mirar hacia delante sin miedo.

—Tienes razón —musita, y una pequeña sonrisa asoma tímida en su rostro—. Siempre has sido demasiado convincente con las palabras.

—Y tú experta en hacerte de rogar.

Ella ladea la cabeza, entorna los ojos y me recorre de arriba abajo con la mirada, como si necesitara comprobar que no soy una alucinación. Luego se incorpora, y mi corazón se transforma en un tambor incontrolable mientras la veo dar un paso hacia mí. El eco de sus botas retumba en el suelo del autobús, y el mundo entero se detiene. Solo existe su respiración, la mía… y ese parpadeo inseguro que la acompaña cuando me mira como si acabara de encontrar tierra firme tras meses a la deriva.

Busca mis manos y las sujeta con fuerza, esta vez sin titubeos. Y entonces, la veo de verdad: a la Riley que ha recorrido una vida entera en apenas veinte días. Con las heridas visibles, con el corazón en carne viva, valiente, sintiendo incluso cuando le aterra hacerlo. Con los labios entreabiertos y la frente apoyada contra la mía.

—Está bien, princesa —murmura, con esa sonrisa que cambió mi rumbo desde el primer instante—. Me quedo contigo.

Y entonces me besa. Me besa como en esas películas que te hacen creer que el amor de verdad no existe. Me besa con el alma entera, con el recuerdo de cada uno de los días que nos han traído hasta aquí. Me besa con las heridas, las despedidas, el deseo y la promesa de un futuro incierto. Sus labios tienen la urgencia de quien

ha estado a punto de perderlo todo, pero también la dulzura de quien sabe que ha encontrado su hogar. No hacen falta palabras, porque mi cuerpo responde: mis dedos se enredan en su nuca, su pecho se funde con el mío, y todo lo demás se desvanece.

Oigo aplausos. Risas. Una señora grita «¡sí, joder!» desde el fondo. Ni siquiera me había dado cuenta de que el autobús aún seguía en la estación, porque ahora mismo nada me importa más que este instante. Porque, por fin, estamos donde debemos estar: juntas.

En mitad de un beso que sabe a todas las rutas posibles, a destinos nuevos por descubrir. Y cuando nos separamos apenas unos centímetros, rozo su nariz con la mía.

—Tampoco eres tan buena en las despedidas, ¿eh? —bromeo, aún sin aliento.

—Calla —responde ella, mordiéndose el labio inferior—. Estoy teniendo mi momento dramático y vas a estropearlo.

—Dramatiza todo lo que quieras, pero bájate ya de este autobús.

Río, aunque los ojos se me llenan de lágrimas. Le doy la mano y la arrastro por el pasillo, decidida. El conductor casi sonríe mientras nos abre la puerta. Atrás dejamos los aplausos, los murmullos, y quizá también parte del miedo.

Lo único que sé es que sigo sujetando la mano de Riley cuando salimos corriendo hacia el Mustang, que nos espera bajo el sol como si siempre hubiera sabido que volveríamos.

—No se me da bien conducir sin copiloto —le digo entre risas, al abrir la puerta.

—Tampoco sin mapa, y aun así has llegado hasta aquí —replica ella, con esa sonrisa burlona que me desarma.

—Solo tenía que seguir tu rastro —respondo, y la beso sin pensármelo dos veces.

Subimos al coche. El aire de Santa Mónica huele a un millón de posibilidades. El sol brilla con fuerza, como si celebrase que seguimos vivas, y que estamos juntas. Que el viaje no ha acabado. Que solo hemos cambiado el rumbo.

Riley lanza su mochila al asiento trasero. Yo giro la llave y el motor ruge, como si también hubiera estado esperando este momento.

—¿Lista? —le pregunto, con una sonrisa que me cruza de lado a lado.

—Siempre lo he estado —aclara—. Solo me faltaba darte la mano.

Y entonces la carretera se despliega ante nosotras: infinita, impredecible, viva. No tengo ni idea de lo que nos espera, ni cuánto durará esta curva perfecta que compartimos desde el principio. Solo sé que no necesito mapas, ni finales seguros. Porque estamos en marcha, y viajamos sin miedo. Porque este ha sido, y sigue siendo, un verano sin frenos.



Epílogo

Oakland, California.

Cuatro meses después.

Olivia

Cuatro meses pueden parecer poco. O muchísimo. Todo depende de cómo los vivas. Y yo los he vivido como si hubiera renacido en una mujer completamente nueva. Cuando publiqué el artículo sobre la Ruta 66 en una plataforma independiente, no esperaba más que unas pocas lecturas, tal vez un par de comentarios de nostálgicos que disfrutan con este tipo de viajes. Pero en menos de una semana empezó a compartirse como si hubiese escrito algo importante, algo que había tocado el corazón de quienes lo leían. Como si mi historia —la nuestra— fuera el reflejo de muchas otras vidas.

Me contactaron desde varias revistas, pero fue Coastline Journal quien me hizo una propuesta imposible de rechazar: escribir con total libertad, con profundidad, desde mi voz y mi experiencia. Me ofrecieron un escritorio en una redacción donde la gente es encantadora, los colores llenan las paredes y el café sabe de maravilla. Y desde el último piso del edificio acristalado en Oakland, las vistas parecen sacadas de un sueño.

En resumen, fue una de esas oportunidades que no tienes que pensarte demasiado. Aunque nunca lo hubiese imaginado, no dudé

ni un segundo en decir que sí.

Mi escritorio está decorado con fotos que, para cualquiera, podrían no significar gran cosa: el Mustang —del que me costó mucho despedirme— fotografiado con el mar de fondo al atardecer contra el mar al atardecer, Riley sacándome la lengua con los labios cubiertos de nata y sirope de chocolate, una libreta manchada de tinta y café. Pequeños trofeos de sí, todo un verano sin frenos.

Y Riley… Riley también está aquí, conmigo.

Vivimos en un apartamento que aún no hemos terminado de decorar, porque no es fácil que dos polos opuestos coincidan en todos los gustos. Aun así, compartimos una terraza orientada al este, desde donde el amanecer parece encender el mundo solo para nosotras. Ese rincón se ha convertido en nuestro lugar favorito.

Ella trabaja en una nave de restauración de coches clásicos al norte de la ciudad, un taller con alma de museo, lleno de reliquias oxidadas que revive con sus propias manos. No es un sitio grande ni especialmente moderno, pero le apasiona. Cada día vuelve a casa con pequeñas manchas de grasa que olvida limpiar… y una sonrisa que sigue partiéndome en dos.

Ahora es libre, es feliz, y me elige cada mañana. Su madre falleció un par de días después de que dejáramos Santa Mónica y pidió que sus cenizas fueran esparcidas en el mar. Lo hicimos juntas, como tantas otras cosas. De su hermano no sabe nada, y es mejor así.

Cierro el portátil justo cuando el reloj marca las seis. Ha sido un día intenso, pero también gratificante. Tengo un nuevo artículo listo para entregar y, por fin, puedo decir que cada palabra que escribo me hace sentir en paz. Soy, al fin, la mujer que siempre quise ser.

Cojo la chaqueta y bajo por las escaleras en lugar de usar el ascensor. Es una costumbre que repito casi a diario, una especie de ritual íntimo.

La ciudad, a esta hora, parece otra. Más sosegada, envuelta en una luz dorada preciosa. Me pongo los auriculares, camino al ritmo de una canción cualquiera y dejo que los pasos me guíen. En la cafetería de siempre compro dos cafés para llevar y un paquete de donuts con azúcar. Riley siempre protesta diciendo que no debería… y luego se come dos sin pestañear.

Cuando llego a su taller, la encuentro con la cabeza metida bajo el capó de un Corvette del 67. Lleva la camisa arremangada, dejando ver algunos de sus tatuajes, y un manchurrón de pintura decora sus vaqueros.

—Hoy se me ha olvidado el café —anuncio desde la puerta.

—Entonces no tienes derecho a molestar —responde sin alzar la vista. Pero ya puedo adivinar desde aquí la sonrisa que se le escapa.

—Qué pena. Tendré que beberme los dos —bromeo, acercándome.

Cuando se gira, veo que tiene las mejillas manchadas de hollín y el flequillo pegado a la frente. Está preciosa. No puedo evitar rodearla con los brazos y besarle los labios con suavidad.

—¿Me esperas cinco minutos? —pregunta, con ese brillo travieso en los ojos que tanto me gusta.

—Claro.

Me siento en una de las sillas junto a una moto desmontada y la máquina de aperitivos que, como siempre, parece estar estropeada. La observo mientras limpia sus herramientas, se lava las manos y, sin decir nada, se cambia la camiseta por una limpia, justo allí.

—Podrías avisar antes de hacer eso —murmuro, alzando una ceja.

Pero le da igual. Siempre le da igual. Porque sabe que no puedo evitar mirarla, ni quedarme enganchada en cada centímetro de su piel.

—¿Y perderme tu cara? Ni hablar.

Arrastra una silla y se sienta a mi lado. Coge uno de los cafés sin preguntar cuál es el suyo. Nunca falla.

—¿Día duro? —quiere saber.

—¿Comparado con desmontar un motor? No mucho. Pero ha sido un buen día. Tengo el artículo casi listo y esta mañana la editora me ha ofrecido una sección mensual.

—¿De qué trata?

—De lo que yo quiera.

—¿Vas a hablar de mí?

—Ya lo hago —admito—. Todo lo que escribo desde ese viaje habla un poco de ti. De nosotras.

Bebe otro sorbo, se pasa la lengua por el labio inferior y me regala una sonrisa de esas que siempre consiguen desarmarme. Sus ojos ahora brillan de otro modo, aunque nunca ha habido un solo día en que no haya visto algo magnético en ellos.

—No ha sido fácil, ¿verdad?

—Nada que merezca la pena lo es —respondo, y busco su mano para entrelazar nuestros dedos con fuerza.

—A veces me despierto con la sensación de que esta vida aún me queda grande. Como si todavía pudiera fastidiarlo todo en cualquier momento —confiesa con sinceridad. Lo veo en sus ojos. Pero yo le espanto el miedo con un beso suave.

—Y para eso estoy yo. Para recordarte que esto es tan tuyo como mío.

Compartimos un poco más de ese silencio tan nuestro antes de terminar el café, recoger nuestras cosas y abandonar el taller. Las calles de Oakland nos reciben con el sol descendiendo en el horizonte, y con cada paso que damos, lo tengo más claro: quiero esto. Cada uno de nuestros días, ya sea aquí o en el rincón más

remoto del mundo. Porque, aunque aún esté lejos de mis viejos amigos, este es el sueño que siempre perseguí.

—¿Qué hacemos esta noche? —pregunta Riley, ya sin rastro de tristeza, con una sonrisa que me atrapa.

—Tengo una propuesta.

—Eso suena a que me vas a liar.

—Quiero que empecemos a planear nuestra propia ruta. Sin mapas. Sin finales escritos de antemano. ¿Qué te parece?

Riley se echa a reír. Se acerca a mí, me besa en la mejilla y me deja un cosquilleo cálido recorriéndome entera.

—¿Como otro verano sin frenos?

—Y sin miedo.

Nos quedamos quietas. Riley se gira, pega su frente a la mía y roza mis labios con la dulzura de una promesa. Después, se separa y me mira a los ojos sin apartarse ni un solo milímetro.

—Contigo… viajaré hasta que se acabe el asfalto.

AGRADECIMIENTOS

Dedicado a las personas que una vez tuvieron que hacer un gran viaje para reencontrarse. Gracias por dedicar un poco de tu tiempo a leer esta novela, porque sin ti, ninguna de estas letras tendría sentido.

Como siempre, quiero agradecer a mi mujer, por estar siempre ahí, por ser mi apoyo eterno. Gracias por tus consejos, tu paciencia, y por darle color a las portadas de mis novelas.

Gracias a mis lectoras/es porque después de todos estos años os habéis convertido en mi segunda familia. Me encanta recibir vuestros mensajes y compartir charla y risas de vez en cuando. A vosotras, porque estáis a mi lado cada segundo.

No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de ***Amazon*** *o* ***Goodreads****.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.